REZA GHASSEMI
EL ENCANTAMIENTO DE LOS CORDEROS

La pobreza, la humillación, la privación, las creencias y las supersticiones, las penas y las alegrías del pueblo que habita la patria perdida de Ghassemi se reúnen en esta novela en una sola ciudad sureña, la correspondiente a la infancia del escritor. París, la ciudad del exilio, es el espacio y el tiempo en los que él se apoya como punto de partida en el presente para realizar múltiples viajes hacia el pasado en busca de los trozos perdidos de su existencia. Esta existencia cuyos fragmentos se materializan, entre maravillosos toques de humor, en forma de monólogos internos, diálogos, personajes, sonidos, luces y sombras es tanto individual como compartida; no sólo en el sentido de que integra una parte de la herencia cultural y la diversidad étnica, lingüística y social de la patria de un escritor quien por experiencia propia y por años de estudio es un buen conocedor de ellas, sino también porque refleja la fragmentación de la identidad de una generación que, desterrado y radicando en tierra extraña, sigue luchando para reconstruirse y encontrar su lugar en el mundo: como iraní y como ser humano.

Reza Ghassemi

El encantamiento de los corderos

ePub r1.0
Titivillus 20.11.2021

Título original: *The spell chanted by lambs*
Reza Ghassemi, 2002
Traducción: Shekoufeh Mohammadi Shirmahaleh

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo 1

Prologo

REZA GHASSEMI pertenece a la generación de escritores, artistas e intelectuales errantes a causa de la insurrección popular iraní de 1979. Una generación que vivió en carne propia dos de las etapas históricas más significativas de Irán en cuanto a la influencia que ejercieron sobre su cultura y artes y sobre su identidad nacional: por una parte, la occidentalización del país en la década de los sesenta y la tendencia a la modernidad de los últimos monarcas y, por otra parte, la islamización del mismo que comenzó en la década de los ochenta.

Independientemente de las inquietudes políticas que podían poseer o no, los artistas e intelectuales de esta generación palparon la euforia que penetraba aquellos años que prometían una revolución con ideales democráticos, y experimentaron la decepción y el engaño que siguió al triunfo de la insurrección. La sensación de pérdida y la incredulidad respecto a los acontecimientos, que fueron trazando día tras día la nueva e inevitable realidad que se apoderaba del país, derivaron en una abismal nostalgia de lo que habría podido ser.

El estallido del largo conflicto bélico entre Irán e Irak ennegreció más el horizonte, y la literatura de guerra y para la guerra desplazó a las literaturas de crítica y de esperanza cuyo embrión había estado creciendo en el vientre de la pasión revolucionara.

A consecuencia de las nuevas condiciones de vida y a causa de una violenta purga cultural y académica que afilaría hasta siempre la vieja cuchilla de la censura, los escritores, los artistas y los intelectuales que no deseaban comprometer su obra con valores impuestos en los que no creían o castrarla para que se adoptara al estrecho marco que establecía el intelecto miope de los vigilantes,

tuvieron que elegir entre la opción de migrar, la de morir encarcelados —bajo tortura o fusilados—, o la de dejarse morir junto a su creatividad en la cerca de las paredes del silencio. Afortunadamente, Ghassemi optó por la primera. Decisión que, como bien lo saben todos los creadores que han saboreado la amargura del exilio, favorece más a sus lectores, espectadores y alumnos que a él mismo.

El encantamiento de los corderos es la tercera novela de un escritor y artista que, gracias a su sensibilidad y talento, es capaz de convertir las más lúgubres nostalgias en palabras que al mismo tiempo que se disfrutan, se sufren y dejan huella. La pobreza, la humillación, la privación, las creencias y las supersticiones, las penas y las alegrías del pueblo que habita la patria perdida de Ghassemi se reúnen en esta novela en una sola ciudad sureña, la correspondiente a la infancia del escritor. París, la ciudad del exilio, es el espacio y el tiempo en los que él se apoya como punto de partida en el presente para realizar múltiples viajes hacia el pasado en busca de los trozos perdidos de su existencia. Esta existencia cuyos fragmentos se materializan entre maravillosos toques de humor, en forma de monólogos internos, diálogos, personajes, sonidos, luces y sombras es tanto individual como compartida; no sólo en el sentido de que integra una parte de la herencia cultural y la diversidad étnica, lingüística y social de la patria de un escritor quien por experiencia propia y por años de estudio es un buen conocedor de ellas, sino también porque refleja la fragmentación de la identidad de una generación y él desterrado y radicando en tierra extraña, sigue luchando para reconstruirse y encontrar su lugar en el mundo: como iraní y como ser humano.

Un rasgo más que destacar de la presente novela son sus matices mitológicos y místicos. Abundan en ella referencias a leyendas épicas y a criaturas míticas: no como simples citaciones sino como elementos ontológicos. El autor los convierte en materia para la construcción de su propia visión del mundo descrito en su obra, para que los personajes ordinarios de la novela se engrandezcan y tomen la forma de los héroes y los demonios de las antiguas epopeyas. De esta forma, el autor traduce en un cuento épico y mítico la batalla diaria en la que el protagonista debe participar para sobrevivir en el mundo hostil que lo rodea. Por otro lado,

desde el comienzo de la obra el lector es avisado sobre las intenciones místicas del protagonista: construir un instrumento mágico, un instrumento que debe construirse en cuarenta pasos (será el cuadragésimo instrumento), uno capaz de reproducir los sonidos del Paraíso. Si bien este paraíso resulta ser terrenal y sus sonidos son los de las pequeñas y profundas alegrías que se han dejado atrás, prevalece el carácter sagrado del número cuarenta, evidente en el misticismo: cuarenta fracciones del tiempo, usualmente cuarenta días, es la duración del periodo de iniciación de los caminantes del sendero hacia el encuentro con la divinidad, y su culminación significa cierta madurez y preparación. Pero esas intenciones místicas no le pertenecen sólo al protagonista sino al autor mismo: los 39 capítulos que conforman la obra son los treinta y nueve escalones que dice haber recorrido el protagonista para alcanzar el instrumento mágico; pero éste abandona su sueño a un paso de cumplirlo para que no exista el capítulo cuarenta, para que la obra termine entre decepción, dudas y una constante, real y reforzada sensación de pérdida.

Por otra parte, *El encantamiento de los corderos* tiene una característica que la hace todavía más atractiva. Es la primera novela en farsi escrita como «novela en línea», es decir novela escrita y publicada por partes en un blog durante más de un mes. Esta peculiaridad además de reflejar que Ghassemi ha tomado consciencia de los cambios que supone la era digital en nuestra manera de leer y de pensar, llama la atención a su sorprendente cohesión mental y a su valentía e inteligencia al exponer su proceso creativo a los comentarios de los lectores. El autor afirma que su idea de esta manera de escribir se basa en los dos otros campos artísticos en los que se especializa, a saber, la música tradicional y el teatro tradicional persas. En ambas disciplinas la improvisación es uno de los fundamentos básicos y muestra de la maestría del artista; pero improvisar en la literatura enfrenta mayor complejidad debido a la multiplicidad de los personajes, tiempos, espacios y líneas y focos de narración. Ghassemi en la nota que publicó en su blog previo al comienzo de la escritura en línea de «El loco y la torre de Montparnasse», la novela fundacional de *El encantamiento de los corderos*, señala recordando esta problemática que en ese proceso novelístico que pretende «la creación de una estructura y

una forma narrativas en la oscuridad» piensa guiarse sólo por su sentido de la estética y que pulirá su obra muchas veces antes de publicar una versión impresa, es decir, la versión que tienen ante ustedes.

Estas afirmaciones sirven de explicación para la desafiante estructura de la obra que se presenta como un rompecabezas: en un solo capítulo se hallan varios niveles y líneas de narración, adheridos a diversos contextos espaciotemporales y situacionales. Sin embargo, los múltiples narradores siguen un hilo común, el de los pensamientos del autor, y es gracias a ello que la novela luce una firme constitución y una refinada forma.

En mi traducción de esta obra, he intentado conservar al máximo todas las características que la hacen tan especial. Considero que la abundancia de las referencias del autor a elementos arraigados en la cultura, la literatura y el pensamiento iraníes, al tiempo de ser enriquecedora, puede suponer cierta dificultad para el lector mexicano no familiarizado; por lo tanto, además de la adaptación de algunas expresiones y términos del farsi a lo castellano, he utilizado las notas a pie de página como un recurso de conciliación. Esta traducción, la primera de las obras de Reza Ghassemi al español, apela además por una perspectiva verídica hacia Irán, por una mirada desde el entendimiento y la empatia hacia esta anciana y sabia patria que amamantará por siempre la creatividad de los hijos que ella misma parió y tuvo que abandonar. Dice Ghassemi que cambiamos de ciudad o de país, pero no de pesadillas, y yo añado que tampoco, de sueños. La literatura ha sido siempre e históricamente el refugio de la identidad iraní y de los sueños esperanzadores de su pueblo y *El encantamiento de los corderos* como las demás obras de su autor, ofrece asilo a todos los trozos de nuestro postmoderno ser fragmentado.

S. Mohammadi Ciudad de México

Noviembre de 2016.

1

¿Acaso no tiene un precio cualquier cosa?

¿CÓMO fue que me acordé, de repente, de aquel cuadragésimo escalón? ¿Y además después de tantos años? Es cierto que ahora, mientras estoy acostado en la cama, no tengo nada más que hacer que pensar en todo; en «F» que cuando viene a mi clase me hace temblar el corazón, y sé que también se le tiembla a ella el corazón, y un golpe, sólo un pequeño golpe, es suficiente para romper este muro de cristal; y no doy este pequeño golpe, ya que tengo miedo; le tengo miedo a todo…

«¿Por qué ninguna intimidad romántica es una intimidad, sino un enjambre de multitudes en una cama matrimonial? ¿Por qué cada persona es muchas personas, de rostros totalmente distintos? ¿Por qué nos enamoramos de una persona, pero nos acostamos con otra? ¿Por qué es el amor una copulación colectiva donde todos joden a todos, menos yo, que siempre acabo jodido? ¿A caso había apoyado mi cabeza en tu hombro, Mefistófeles, cuando de pena lloraba?».

Me encantan los hospitales. No porque sea masoquista, no. Me dan miedo los quirófanos; me da miedo el bisturí, incluso una simple inyección. Pero bueno, cualquier cosa tiene un precio. ¿La sala de anestesia? Es cierto, puede que uno ya no recupere la consciencia. Pero no, no me da miedo; no porque sea muy valiente, no, se debe a una absoluta cobardía. Sé que suicidarse es de personas valientes; o a lo mejor de personas muy cobardes, aquellos que buscan atraer la compasión. Pero, ¿y si la muerte ha anidado en tus venas y raíces, en lo profundo de tu existencia?

La verdad es que si todavía estoy vivo, si de vez en cuando hasta parece que estoy lleno de vitalidad, se debe única y solamente a mi cobardía. Ya sé que quien no se haya suicidado hasta mi edad, ya no lo hará; se conformará, para sobrevivir, con destruirse a sí

mismo diariamente: con el exceso en fumar; con el desorden en las comidas y en el descanso; con cualquier cosa que mate, pero a lo largo del tiempo; una muerte silenciosa.

¿Anestesia? No: ¡muerte en un estado de máxima inconciencia y letargo! ¿Qué sueño mejor que éste para un cobarde con quién camina la muerte hombro a hombro desde hace miles de años?

Me encantan los hospitales. Quizás porque nunca haya piropeado a una chica. ¿Cómo se atreven algunos a expresar en unas horribles palabras sus reprimidos complejos? ¿Convertir la palabra en un instrumento afilado y clavarlo en lo profundo del alma de una mujer? No, yo odio los piropos; aún cuando las palabras no son afiladas, sino sólo payasadas; un instrumento para intimidar al alma. Pero hay piropos en los teatros tradicionales iraníes que, a pesar de todo el deseo carnal del que están repletos, son el reflejo de algún tipo de buen espíritu iraní; repletos, según Nimá[1], de «tizonería y ligereza»: el hombre, babeando, sigue a la mujer y, mirando fijamente el movimiento de las nalgas, suelta: «¡No camines corazón, te vas a cansar!».

Ahora cada vez que piso un hospital me parece que un ejército de bellas enfermeras me dicen: «¡No camines corazón, te vas a cansar! Tú sólo acuéstate; acuéstate y ponte a pensar. Y nosotras te estaremos sirviendo continuamente: te llevamos la comida a la cama; cambiamos las sábanas cada mañana; les sacamos brillo al aseo, al baño y a la habitación; lo dejamos todo bien limpio. Y cuando necesites algo, ¿ves este botón encima de la cabecera?, toca el timbre. No te vayas a mover, ¿eh? Tú sólo acuéstate y piensa».

Mi seguro cubre todos los gastos: desde los honorarios del cirujano y los gastos del hospital, hasta los medicamentos y los tratamientos. Y yo, cuando veo que estas lindísimas personas les dan tanta importancia a mis pensamientos, cada vez que me tengo que operar, pago algo más de dinero de mi propio bolsillo para que me asignen una habitación privada. Paso voluntariamente de los beneficios del teléfono (deja que el señor Motamedí y yo estemos aunque sea unos días a salvo de estas llamadas telefónicas desgastadoras). Y no aviso a ningún amigo; no sólo porque odio la compasión, también temo que se me irrumpa la intimidad. Y es que el hecho de que un ejército de bellas enfermeras te cuide significa que tus pensamientos son muy importantes. ¿Acaso no es así? Y

bueno, digamos que circunciden una parte de tu cuerpo, ¿qué tiene de malo? ¿Acaso no tiene un precio cualquier cosa?

Me quito la sábana y bajo de la cama. Me paro frente a la ventana, mirando fijamente las ramas de los robles del patio del hospital; mirando fijamente la hoja que ahora mismo está dando vueltas hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia lo torcido, para caerse luego sobre la verde superficie del césped, junto a las demás hojas amarillas esparcidas aquí y allá, por todas partes. «¿Por qué siempre por caminos torcidos, llenos de curvas y pendientes que quitan la respiración? ¿Por qué siempre por caminos de no poder ser, de no podrá ser; caminos incapaces de ser; caminos de no llegar? ¿Por qué? ¿Será que tengo miedo? ¿Será que temo algo? ¿Será que me conformo con sólo andar? ¡Cómo detesto el fin de las cosas, el final!; el desenlace; el detenerse al borde de la corrupción; como una fruta al final del verano. Como la última parada del autobús; o el tren; aquí o en cualquier lugar. Como estos pulmones y este corazón que se han detenido al borde de la corrupción; y yo, incapaz de controlar la situación. He empezado a fumar de nuevo desde hace diez días. El primer día, tres cigarrillos, luego cinco, luego seis. El día siguiente me fumé el resto de los cigarrillos del paquete y me sentí avergonzado de mi derrota. Ahora, otra vez, ¡a volver a dejar de fumar! Toda mi existencia está impregnada de dolor por estos pequeños asuntos; cosas que cualquier persona podría superar fácilmente. Y yo, me tengo que quedar retenido en la primera o la segunda curva. Como si no me tocara nunca ningún momento de tranquilidad, excepto en sueños o en el mundo de la muerte. Y del amor, mi parte es nadar entre oscuros peces de las profundidades; a horas en las que el mar no es más que todo el horror de la existencia». Un Citroen azul, que está allí cerca, se pone en marcha sobre el estrecho asfalto junto al césped. Las hojas se levantan, salen volando y caen de nuevo. El Citroen da la vuelta y sale del patio del hospital.

2

El encantamiento de los corderos

IMAGINA haber bajado treinta y nueve escalones en una oscura cripta en busca del agua de la vida; treinta y nueve escalones estrechos, desiguales, resbaladizos; haberte resbalado en cada escalón sobre la superficie helada y oscura, cada vez temiendo la caída al fondo de la piedra y la oscuridad. Luego, al llegar al trigésimo noveno escalón, imagina haberte detenido sin poder recordar en busca de qué has recorrido todo este camino en la oscuridad. ¡Sin poder recordar que has bajado estos treinta y nueve escalones para llegar a aquel cuadragésimo escalón!

Miro las ramas y las hojas de los árboles, el borde del asfalto del jardín del hospital, la fila de los coches apagados y tristes que están aparcados. Como si también se les hubiera dado importancia a sus pensamientos. Como si éstos también estuvieran esperando. Igual que yo que ahora estoy esperando. Ésta es la octava vez. Cada vez me han cortado una parte del cuerpo. La primera vez, un trozo de la piel de mi pene. La segunda vez, mis amígdalas. La tercera vez, mi apéndice. La cuarta vez, parte del hueso de mi nariz. La quinta vez, un trozo de mi epiglotis…, y la última vez, parte de mi ojo derecho. Me gustaría tomar una foto del interior de mi garganta. ¿Qué aspecto tendrá ahora después de tanto cortar y raspar? Sólo faltaría que un día me quitaran la propia laringe, para que se pareciera al trasero de un asno. ¿Dónde están ahora todas esas cosas sobrantes y segundarias que han sacado y han tirado a la basura?

¿Sobrantes? Si me sobraran no me encontraría como me encuentro ahora.

—Ven, acuéstate. Quiero medir tu presión arterial.

Es una enfermera de Martinica. Una de aquellas negras mestizas finas que, al estar bien hechas (como ésta que ahora ha cogido tu

mano y está bombeando), podrías enamorarte de ella o, si como yo tu parte del amor está muy desgastada, podrías sólo mirar fijamente su delicada piel detrás de la oreja; el cabello acomodado tras la aurícula; y decir, en voz baja, como si tu voz saliera del fondo de una cripta oscura: «Tú no midas la presión arterial, corazón, te vas a cansar», y digas eso como si estuvieras pronunciando un viejo encantamiento. El mismo encantamiento que recitan los corderos cuando les ponen alheña en la frente para después llevarlos al matadero. El mismo encantamiento que yo recito siempre. Porque siempre cortan un pedazo de mí y se lo echan a los perros. Porque siempre hay algo en mí que sobra, algo absolutamente sobrante.

3

El pájaro que no ha estado nunca allí

TODO empezó con el pene del profeta Abraham. Dios le estaba persiguiendo. Quería matarle. Porque en su cuerpo había un trozo que sobraba. Y esto no lo digo yo, lo dice el Antiguo Testamento. Cuando Abraham vio que la cosa iba en serio, puso su pene sobre una roca lisa y, con una piedra puntiaguda, le hizo un corte (¡Ayyyy!) para circuncidar aquel trozo sobrante.

¿Por qué escribo todo eso? Quería hablar del cuadragésimo escalón; de aquel *setar*[2] mágico. Bueno, cuando dicen «tú no camines corazón, sólo acuéstate y piensa», eso es lo que les pasa a los pensamientos de uno…

Sigo acostado en la cama y no paro de pensar en aquel pene; en el día que me sentaron en medio del patio, sobre una desgastada silla polaca. Todos los parientes y familiares se habían reunido a mi alrededor; mirando fijamente mi entrepierna desnuda. Veía que cantaban hosannas y se reían. Pensaba que aquel lugar se había convertido en el centro del universo. Además le habían puesto algo como una pinza de ropa (un trozo de caña, partido a su largo, con una raja en el medio) a la piel de mi pene. Era como un cordero al que le untan alheña en la frente. Me parecía que aquél era también una suerte de pendientes, como los aretes de Nane Doshanbé, nuestra vecina negra. Ella se ponía aretes en la nariz; mi madre, en la oreja. Yo pensaba que, bueno, los pendientes se podrían poner en cualquier lugar y ahora me los habían puesto en la piel de mi pene. Me reí. ¿Cómo podía haberme percatado de que alguien iba a decirme: «Ala… ¡¡¡mira este pájaro!!!» y al levantar la cabeza hacia el cielo (¡Ayyyy!), de repente el universo se encendería por el ardor de la cuchilla, y yo toda la vida tendría que estar buscando un pájaro que no estaba o que no había estado nunca allí, o que sí

había estado y seguía volando hacia un planeta que no era el mío? ¿Cómo lo iba a saber? Me dijeron que ahora sí iba a ir al Paraíso, y yo sigo sin saber dónde está el Paraíso: en el cielo, bajo los pies de las madres, o entre sus piernas.

Aquél fue el primer trozo que separaron de mi cuerpo. Luego, pasaron un hilo por su hoyo y lo colgaron del clavo que había en la pared de ladrillos del patio; cerca del mismo agujero donde mi madre, al terminar de peinarse, metía los cabellos: se quedaba con la mirada fijada en un punto indefinido, sacaba los cabellos de entre los dientes del peine, los convertía en una bola con las palmas de ambas manos y los metía en el agujero, para así añadir un misterio más a los misterios de mi vida.

—Hijo mío, cuando se seque este trozo de piel, tu pichita estará curada.

Todas las mañanas al abrir los ojos, antes de todo, iba a revisar aquel trozo que colgaba del clavo. No me preocupaba curarme. Me preocupaba aquella cosa que habían separado de mi cuerpo, y al ver que aquel trozo se iba secando y torciendo en sí mismo, caí en tal depresión que un día, cuando todos en la casa estaban metidos en sus asuntos, cogí la pala discretamente, crucé sigilosamente el patio de cemento, abrí la puerta de hierro y empecé a cavar en el recinto de tierra frente a la casa. Y enterré aquel trozo sobrante en algún sitio justo al frente de la puerta del patio; en el mismo sitio donde, años más tarde, en una noche de otoño, mi padre enterraría algo, cuya sombra, como una pesadilla, se extendería para siempre sobre mi vida.

4

¿Viene de camino el Mesías?

setar es el instrumento de la opresión; el violín, el de la democracia. Y es que tiene un sonido tan débil; como si fuera una congoja sofocada; la resonancia oculta del miedo y la locura. Dicen que un solo oyente es poco para escucharlo y dos son demasiados. Pero había podido observar que, alrededor de las tres de la madrugada, cuando duermen todas los fantasmas de la modernidad, y no se oyen ni el ruido de los coches ni el ruido lejano y ambiguo de las fábricas, este sonido se hace tan altamente expresivo que hay que sofocarlo, por miedo a los vecinos. Sabía que si no lo utilizabas con fines lucrativos, te desvelaría sus secretos tono tras tono. Es una mujer pues, este instrumento (mírelo por detrás, es como si se hubiese trenzado el cabello); y es tan sensible como cualquier mujer. Se enoja contigo. Te rechaza si no lo tomas en cuenta. ¡Y es un instrumento bastante celoso! Cuando se pone intransigente, toma otro instrumento en mano y verás cómo empieza a ser tolerante. Me preguntaba cómo podía lograr que el rugido que sale de este instrumento en las madrugadas dure todo el día. ¿Cómo se podría fabricar un *setar* mágico? Un *setar* que con cada plectrazo, amarillo, verde, rojo y azul, esparciera en el espacio un arco iris de sonidos. Había visto que este instrumento hablaba con el lenguaje del secreto, pensé unirme a los sabedores del misterio, para así lograr aquel *setar* mágico; un *setar* que me dijera de repente: «tú no toques, corazón, te vas a cansar. Tú sólo tómame en brazos, yo tocaré para ti».

Así que me vestí con prendas de carpintería. Pensé echar mano a la sierra, la madera y al hacha, por si el Mesías venía de camino.

La oscuridad había caído sobre la ciudad. Miré a una estrella

lejana. «¿Vendrá algún rey mago hacia aquí?». Soplaba una brisa helada y sobre el césped las hojas murmuraban en un movimiento invisible.

Se abrió la puerta de la habitación y entró otra enfermera vestida de blanco: se multiplicó la blancura de la habitación y de las sábanas.

5

Tras las partículas suspendidas de madera

TE QUITAN del cuerpo trozo tras trozo para así convertirte en lo que desean. Justo como yo, que ahora, peleándome con este tronco de baya, que he mandado a partir en dos a su largo, y con la ayuda de un formón, estoy recortando pedazo a pedazo la madera sobrante para convertirlo en un *setar*; pero no mágico. Sé que todavía falta mucho para lograr aquel *setar* mágico. Éste es apenas el primer escalón. Sé que habrá que fabricar treinta y nueve *setares* más; sé que he de fusionar todos los trucos de los viejos maestros con la ciencia occidental. Sé que he de ser paciente y no emocionarme por mis pequeños logros. Sé que ningún engaño ha de sacarme del camino. Sé que he de empezar con una hipótesis, como los occidentales. Luego ensayo y error, para que si nada (de esas cosas terroríficas que cuentan) obstruye el camino, el cuadragésimo *setar* sea aquel *setar* mágico.

Cuando compré el tronco, lo llevé a una maderería:

—Maestro, haga el favor de cortar ese tronco en dos a su largo.

Apagó su sierra eléctrica. Le echó un vistazo a la madera, y luego una ojeada a mí: «¿Es baya?».

Me dio un vuelco el corazón. Dije: «Sí».

—«No señor. Llévela a otro sitio».

No sabía qué decir. Éste era el cuarto maderero que rechazaba el trabajo. Sólo podía mirarlo indefenso. Estaba de más preguntar. Me sabía la respuesta de memoria: «Señor, no estoy para maldiciones». Había ofrecido pagar incluso dos veces más de lo habitual, pero no habían aceptado. Y yo no pensaba desistir del sueño. Pensaba que se podría comprar a cualquiera, sólo que variaba el precio. Miré las tablas de madera que estaban acomodadas la una sobre la otra

hasta llegar al techo. Luego lo miré a él que ahora estaba junto a la sierra eléctrica, dándome la espalda a modo de decirme: «No moleste, por favor». Dije: «Maestro, le pagaré diez veces más si me hace el trabajo».

Volvió hacia mí. Diez veces más no era cualquier tontería. Se habría dado la vuelta aunque hubiera sido la mismísima reina de Saba. Empezó a rascarse la barbilla.

Dije: «Me he cansado de errar».

Volvió la cara hacia la parte claroscuro del fondo del taller y, tras las partículas suspendidas de madera que flotaban en la columna de luz, llamó a don Mustafá.

Si eres capaz de transmitir tu impotencia con toda tu alma, siempre habrá alguien que te eche una mano. Como aquel viejo y desgastado guardia de la empresa «Sirat al-Mustaqim» que al decirle con toda impotencia que se trataba de algo muy urgente, me dijo: «Motamedí se ha ido de aquí, hijo». Y luego, cuando le dije que desde hacía veinticuatro horas estaba buscándolo de desierto en desierto, se quedó callado. Luego, cuando dije que se trataba de su hija, que había ocurrido algo muy grave, me dijo que me esperara para que llamara a un colega suyo que era muy amigo de él; que él debería saber en cuál campamento estaría él ahora. Luego, dejó el auricular sobre el suelo y se marchó para que yo, después de diez años de lejanía de la patria, durante dos horas completas, con un costo de cinco francos y medio por minuto, pudiera escuchar el silencio de los desiertos de mi país; un silencio misterioso y sabido. Y al parecer había un perro también, alrededor de la caseta de vigilancia, que de vez en cuando se sacudía enérgicamente. Un par de veces me pareció escuchar el chasquido de unas ascuas. Se me llenó la nariz de olor a opio. Pero no, eso ya no podía ser. Era la alucinación del silencio del desierto. Después de dos horas, se oyeron los pasos de alguien que se acercaba corriendo, y después, la respiración agitada delviejito: «corre hijo, ¡el pobre lleva esperando un cuarto de hora!». Y los pies que había oído correr ahora hablaban para darle a este «pobre» el número de teléfono del campamento donde ahora vivía el señor Motamedí.

Sí, basta con transmitir tu impotencia con toda el alma. A lo mejor don Mustafá era un buen bebedor de aguardiente y por ello no le importaba cortar la baya; y la cortó. Y así, desde hacía unas

seis horas, me había metido al estacionamiento del edificio y me estaba batiendo con aquel tronco de baya. Tenía que vaciarlo por dentro y quitarle todo lo que le sobraba para que tomara la forma de una caja de resonancia. Me habían salido ampollas en las palmas de las manos en el punto de contacto con el mango de los formones, y me estaba quedando sin aliento por el olor a gasolina del coche de un vecino, aparcado justo al lado. Pero estaba pensando en otra cosa. Se decía que quien cortara la baya o la quemara, a excepción de los descendientes y los hijos del Profeta, se contagiaría de una enfermedad incurable. Yo no era ni hijo ni descendiente del Profeta; pero sí supersticioso a más no poder. Me preguntaba si la maldición iba a caer sobre mí. Dejé el tronco y subí. Mi mujer me preguntó: «¿Por qué estás tan pálido?».

No sabía qué responder. En un ademán de indecisión, giré la mano en el aire y vi de repente la sangre que goteaba de la palma de la mano.

6

Verbos irregulares

CUANDO ASIÉ empuñó sus finas manos y las puso a los dos lados de aquellos pómulos delicados, y lanzó tal chillido que todos sus cabellos dorados se pusieron de punta, comprendí que la lengua es traicionera. Sólo un cerrajero sabe lo que significa eso.

Era verano. Cuando mirabas el suelo o el asfalto ampollado de las calles o los grises tejados de las casas, veías el hálito que salía de ellos y lo envolvía todo en un halo fantasioso. Tras una temblorosa cortina de aire, se oía, de vez en cuando, el sollozo de algún gato cuyas patas se habían quedado atrapadas en el asfalto derretido de la calle y cuya silueta borrosa se vislumbraba. En aquellas horas infernales de la tarde, cuando no había nadie en la ciudad, entre las hileras de casas de diseño inglés del barrio, sólo había dos personas que, en vez de refugiarse bajo los ventiladores de techo de las casas, preferían despilfarrarse en las calles como dos gatos huérfanos. ¿«Gatos huérfanos»? No. Asié, aun despilfarrada, era un leopardo salvaje; de una belleza indomable que pude reencontrar, años más tarde, en las muchachas gitanas de Bretaña. Era árabe, pero aquellos ojos azules y la cabellera rubia hacían de ella una chica seductora de las que sólo se podía ver en las películas: Marilyn Monroe o Brigitte Bardot.

No, Asió, aun despilfarrada, no era una gata huérfana. El gato huérfano era yo que me sentaba en silencio a la sombra del muro del *lañe*, observándola atónito mientras giraba incesantemente el hula-hula alrededor de la cintura. Y yo, que hacía poco me había dado cuenta de la presencia de una bestia entre mis piernas, era desgarrado por las espinas de un deseo desconocido.

Oh, Dios, ¿por qué no existe esa palabra que se le pueda decir a Asié para ganarse su amistad?

«¡Cuándo te enfadas estás más guapa!». Esto era lo único que había aprendido de las películas. Pero, ¿acaso se enfadaba Asié? Y además, ¿qué garantía había de que, como la protagonista de la película, después de dar un bofetón diera también un beso?

No. No existía ninguna palabra. Por lo tanto, en vez de mi lengua, empleé mi cuerpo. Sentado en la sombra del muro, de vez en cuando arrastraba mi trasero unos centímetros hacia ella. Pero, ¿hasta dónde se podía llegar? Asié, desde el principio, me había parado los pies; mientras hacía girar el aro de hula-hula, con un giro de cabeza, y mirando de reojo, había trazado una línea en el aire, como un muro invisible, que bloqueaba el paso. Pensé probar, como los cerrajeros, todas las palabras posibles y dejarlo todo en las manos de mi destino. Algunas veces, Asié soltaba el aro, venía hacia mí e intercambiábamos unas frases, aunque la mayoría de sus palabras sonaban sólo como el chasquido del chicle que masticaba. Luego (no sé por qué) de repente me daba la espalda y de nuevo se ponía el hula-hula; como una prenda mágica. Y… giro… giro… giro…, El universo oscilaba en la órbita de un aro y el gato, cuyas patas se habían atrapado en el alquitrán fundido, lanzaba un desgarrador sollozo.

Ahora, Asié debe tener 52 años como yo. Dónde estarás Asié, para que vengas y me digas qué benditas palabras solté aquella calurosa tarde de verano para que me dijeras: «¡Piérdete mono estúpido!». No, no vengas corazón, ¡te vas a cansar! Sé que no he dicho nada malo. Y es que a ti no te faltaban excusas para pelear. Y yo, el «mono estúpido», no contaba con experiencia para comprender a un leopardo salvaje. Tenía sólo 13 años.

Con el cuerpo todo tembloroso, levanté la mano con una mezcla de deseo carnal y forcejeo de ira.

Quería decir «¡Te voy a matar!», la lengua me traicionó y en el medio del camino, sustituyó la «t» por «m». Y Asió, mientras llamaba a su madre sin cesar, empuñó sus manos finas, las puso a los dos lados de aquellos delicados pómulos, de sus salvajes ojos azules saltaron chispas, abrió la boca y lanzó tal chillido que todos sus cabellos dorados se pusieron de punta y todas las ampollas del asfalto se resquebrajaron: ¡*Yuuummmmaaaa* [3] !!

Y yo, avergonzado y asustado, me eché a correr a velocidad de la luz con la esperanza de que el chillido de Asié terminara cuanto

antes; pero desde hace treinta y nueve años, sigo corriendo y no termina ese chillido.

7

Paraíso e Infierno

CUANDO tu lengua materna cuenta sólo con 127 verbos que se conjugan directamente, y tienes que conjugar los demás miles de verbos con la ayuda de un verbo auxiliar, y este verbo auxiliar es justo el que se usa para referirse al acto de fornicar[4], entonces la lengua se vuelve traicionera. Y ahora bien, si tú eres alguien de cuyo cuerpo han cortado trozos continuamente, pues te haces un lío en la cabeza; así matar se convierte en mamar, mamar en matar; y acostarse con alguien se vuelve el sinónimo de asesinar. Es por eso que cuando «F» viene a clase, me tiembla el corazón, pero no digo ni palabra. Como si fuera parte de la esencia del universo el que los humanos despedacen a los humanos. A no ser que cojamos un tamiz, tamicemos todas las palabras del lenguaje una a una, tiremos todo lo que no es nuestro, y elijamos sólo aquellas que sí son nuestras; que corresponden a nuestros hechos; que reflejan nuestra alma.

No, no pienso patear este frágil muro de cristal. Deja que «F» se dé cuenta de que si algo ocurre entre nosotros, ha de ser de otra guisa. Deja que si ocurre algo entre nosotros, suceda de tal manera que en la cumbre del éxtasis, en vez de pulir el óxido del alma por medio del placer carnal, no recuerde de repente la esquinita del jardín y el cuchillo. No recuerde el látigo y el cuerpo desgarrado; no recuerde el agujero y la piedra…

Jessica, la enfermera de Martinica, vuelve a entrar. Tiene un expediente en la mano: «Vamos a hacerte una radiografía», y apunta con el dedo a su pecho.

Le pregunto si me van a circuncidar los pulmones. Se ríe. Le sigo como un niño obediente. Su andar es, como el de todos los africanos, como golpes de tambor en el aire. El mismo bailoteo de

las nalgas, el mismo apalanque del cuerpo. Me recuerda a Nane Doshanbé. «¿También le habrán circuncidado a ella?». No, los de Martinica son los negros más prósperos, los más cultos y los más arrogantes del mundo. Su aspecto se asemeja a los de Bandar Abbas. Tienen la piel de los negros y la complexión física de los blancos. Nane Doshanbé, sin embargo, era negra, negra. Como los sirvientes negros de las películas americanas de los cincuenta. Como si el día en que el único cine de la ciudad proyectaba una de esas películas, Nane Doshanbé se hubiera salido de la pantalla para venir y ser nuestra vecina. Al caer la tarde venía junta con Elma, al frente del patio de nuestra casa. Tenía unas nalgas enormes, pero su tamaño no significaba una deformación de su cuerpo, sino que era el estableciente del mundo materno en nuestro barrio; una pesa de equilibrio que no permitía que la triste inercia de la ciudad se derrumbara sobre el alma de las mujeres de la vecindad. En la negrura de su rostro brillaban dos filas de blanca dentadura cuando se reía. Mientras hablaba, a mí que estaba siempre cerca de ella me abrazaba y metía mi cabeza, como si la metiera a una almohada, entre sus rodillas. A veces, cuando se me resbalaba la cabeza sobre los carnosos muslos hasta la entrepierna me llegaba una fragancia desconocida que parecía pertenecer a un viejo baúl misterioso, y yo me acordaba de esta fragante aroma siempre que se hablaba del Paraíso. Luego, Nane Doshanbé agarraba mi pelo, levantaba mi cabeza, me miraba enfadada con los ojos engrandecidos, pero con una silenciosa sonrisa en la boca al mismo tiempo, y me decía: «Ahora vete a jugar». Y yo, que sabía que había llegado el momento en que Nane Doshanbé hablaría de los secretos femeninos mejor guardados, me iba al patio. Daba una vuelta para luego acercarme despacio a la pared de la cocina que estaba cerca de la puerta del patio, y escuchar al mundo lleno de fantasmas y dolores callados de aquellas mujeres cuyas charlas, empezaran como empezaran, siempre terminaban acerca de aquel mismo lugar que era mi Paraíso y su Infierno.

8

Cómo fabricar un *setar* con una caja de resonancia de una sola pieza

Versión 1/5

Fabricar un *setar* con una caja de resonancia de una sola pieza, no es tan complicado. Todo aquel que esté un tanto familiarizado con el serrucho, los formones y la lija, puede poner manos a la obra. Es como tallar una escultura. Basta con rebajar el tronco de baya por la parte exterior hasta que se asemeje a la cabeza de una mujer (no olvidad apretar su cuello). Luego, vaciadla con un formón, hasta que os salgan ampollas en las manos, como a mí, y se les arranque la piel. La parte más importante del trabajo es, sin embargo, unir el mástil con la caja de resonancia. Para llevar esto a cabo, basta con que hayáis visto, por lo menos una vez en vuestra vida, vuestro órgano sexual y el de vuestra mujer; y de no ser así, tampoco tiene tanta importancia. Bien; ahora, primero circuncidad el mástil y luego la caja. La expresión técnica para este acto es preparar una ensambladura de caja y espiga. Si se os olvida la expresión tampoco importa. Ahora, untadle pegamento al mástil y metedlo a la caja. Luego, cubrid la caja con una lámina de madera de baya de un grosor de dos milímetros, y ya está. Ahora bien, si os dais cuenta de que vuestras manos están tan fastidiadas que no podréis tocar en mucho tiempo, pensad en construir un *setar* de caja ensamblada. Pero eso ya no es tan fácil. Echad un vistazo a estos nombres: Zorufchí, Chaichí, Damirchí, Teiurchí, Bolurián, Yavajerián, Zomorodián, Jabazián, Halay, Alaf, Hadad (aunque no sea Adel[5]…) durante toda la historia, esta profesión se ha traspasado de padres a hijos de la familia. ¿Cómo esperar que os confíen los secretos de la profesión sólo por vuestra cara bonita?

Al que le gustaba el aguardiente, le llevaba güisqui. Al que fumaba opio, le llevaba opio en bruto (menos mal que ninguno era pedófilo). Fue así como cada uno me confió parte del secreto de su trabajo. Y además, era lo suficientemente listo como para mirar a escondidas y aprender parte de la técnica cada vez que los visitaba. Toda la cuestión consistía en saber cómo doblar diez láminas de madera de un grosor de tres milímetros para que tomaran la forma de un signo de interrogación; y cómo rebajarlas para que tomaran la forma de un pez; y cómo pegarlas, la una junta a la otra, para formar una caja de resonancia. Lo más importante era, sin embargo, pegar los gajos herméticamente. ¿Acaso te revelaban el secreto?

Os estoy agradecido, oh geometría, cálculo y matemáticas.

Os estoy agradecido, oh calibre, vernier y escuadra.

Te estoy agradecido, oh metodología occidental.

Te estoy agradecido, oh perseverancia mía.

Pero de ti me quejo, oh maldición de la baya, que llegaste justo cuando estaba a punto de alcanzar el truco final.

Tengo quejas de ti, oh maldición de la baya.

Tengo quejas de ti.

9

Algún lugar entre violeta y gris

PREGUNTÉ: ¿cuál es la verdad, doctor Pantier? Nadie nunca ha sonreído tan bellamente como este médico. Bueno, ahora podía estar tranquilo y seguro de que mañana, cuando me acostaran sobre la cama del quirófano, el doctor Pantier, a modo de venganza por los aviones que se estrellan contra las torres gemelas, no giraría el bisturí en el cuenco de mi ojo, como se giran los formones en el tronco de la baya, para vaciarlo de toda videncia.

El doctor Pantier no era racista. De hecho, el respeto que me mostraba él no me lo había mostrado ningún paisano mío. La vez pasada, que fui a verlo para operar mi ojo derecho, cuando me preguntó cuál era mi profesión y le respondí que era músico, su comportamiento cambió notablemente. Llevaba en la mano el cuestionario que antes me había pedido rellenar su secretaria; sabía a qué me dedicaba, y aun así preguntaba. A lo mejor quería asegurarse de que no había sido un error de escritura (y es que era un médico renombrado y todos los que esperaban en su consultorio vestían muy elegantemente). O quizás quisiera enfatizar que daba importancia a mi profesión de músico. Así son los franceses. Incluso el dueño de la cafetería del barrio, si llevaba al hombro la caja del *setar* cuando iba a tomar un café, me trataba diferente que otras veces. Ponía el café sobre la barra, como si dijera: ¡aquí está un estupendo café para alguien como usted, señor!

Bueno, así son los franceses. La cirugía está programada para las ocho de la mañana del día siguiente. Pero parece que saben que cuando uno pisa el hospital se comporta con su enfermera como si se tratara de su madre; y con su médico, como si fuera su padre. Tan pronto como le dan su habitación, se acuesta en la cama.

Todavía no lo han operado, pero se recuesta en la cama como si acabaran de extirparle los huevos. Son delicados estos franceses. Saben que el paciente que va a ser operado al día siguiente siente lo mismo que una oveja esperando ir al matadero. Así pues, visitan a la víctima antes de la operación. Así el médico consuela al paciente para que no se sienta como una víctima; para que vea al médico como el Mesías y no como un verdugo. Ahora bien, justo en el momento que se estaba despidiendo, me había dirigido a ese Mesías que había venido a consolarme al final de su agotador día, y le había dicho: «¿Cuál es la verdad, doctor Pantier?».

Frunció los ceños. Las arrugas se juntaron en el medio de la frente y su mirada volvió hacia algún lugar en el interior de la mente. Quería saber si estaba o no en mi sano juicio. Dije: «A los costados de la pantalla del monitor de mi ordenador hay dos altavoces y siempre veía de color gris la tela que los cubría. Cuando usted me operó el ojo derecho, me di cuenta de algo extraño: cuando miro con mi ojo izquierdo, los altavoces siguen siendo grises. Pero los veo de color violeta con mi ojo derecho; un color vivo y lúcido». Dije: «¿Violeta o gris? ¿Cuál de estos dos ojos me dice la verdad?».

Puso la mano en la barbilla. Su bonita corbata roja se escondió bajo la manga azul de la chaqueta. Aquella bella sonrisa se había metido ahora bajo la piel de los pómulos, como una chispa de admiración, y relumbraba como el brillo de una luz tras una nube.

«Ni el uno ni el otro. La verdad es algo entre violeta y gris».

Se fue el doctor Pantier. Pero mis preguntas acababan de empezar. Y es que uno se puede fiar sólo de sus propios ojos, y ahora también se estaba destruyendo ese único punto de confianza. Mañana, cuando operaran también mi ojo izquierdo, tendría que despedirme para siempre de cualquier verdad absoluta; y me quedaría abandonado en un incierto mundo de diversos colores y tamaños. Es cierto que últimamente había estado al borde de la ceguera y que ninguno de los colores y dimensiones que veía era verídico. Pero ¿quién puede asegurarme que mañana mis ojos artificiales sí me dirán la verdad?

Empecé a angustiarme. No sólo por la verdad, que se iba a perder para siempre, sino debido a una preocupación más primaria, algo más humano y más cercano. La otra vez, mi salida del

quirófano se produjo a las ocho y cincuenta y cinco minutos de la mañana y el impacto de los aviones con aquellas dos gigantescas torres, a las nueve. ¿Y si mi cita de la operación hubiese sido justo después del impacto de los aviones…? Claro, si yo hubiese estado en el lugar del doctor Pantier, ¡le habría sacado de su cuenco el ojo a la persona cuyo país había dado lugar a tal suceso!

—Bueno, tuve suerte aquella vez, ¿y esta vez qué? ¿Quién me garantiza que mañana, poco antes de mi entrada al quirófano, un hombre que ha alcanzado la verdad absoluta, no hará impactar un avión contra la torre de Montparnasse? ¿Quién garantiza que mi milagroso Mesías, en aquel momento de ira, de repente no girará el bisturí en el cuenco de mi ojo, como se giran los formones en el trono?

Me vestí rápidamente y me fui hacia la puerta.

10

Nane Doshanbé y la bufanda invisible de *Madame* Helena

YA ESTABA agobiado por el insomnio. Hacía tiempo que me desvelaba, atento hasta la madrugada, para poder desvelar el secreto de aquella terrible noche. Pero sólo a veces oía la voz de mi madre que susurraba: «¡No! ¡No! ¡Está despierto!», luego, hasta las cinco de la mañana cuando mi padre me despertaría con su voz tosca para rezar, ese niño de cinco años tenía sólo un par de horas para dormir. Así que no tenía más remedio que escuchar a escondidas las charlas de las vecinas.

Cuando caía la tarde, los habitantes del barrio mojaban con agua la tierra del frente de las casas y el angosto borde del asfalto delante de las puertas, para así disminuir el calor del suelo. Luego, Elma, que era *lor*[6] y el borde de su pañuelo estaba lleno de monedas y lentejuelas, venía de este lado y Nane Doshanbé, del otro lado. Se sentaban frente la puerta del patio; y mi madre, en el umbral de la puerta. Embriagado por el «olor del paraíso», salía de los brazos de Nane Doshanbé, daba una vuelta por el patio y luego iba a escondidas tras la pared de la cocina. Todo oído, acercaba la cabeza a la esquina de la pared, con la esperanza de que mi madre abriera la boca y que me liberara de aquella pesadilla de medianoche de otoño, cuando mi padre cogió la pala y se fue frente la puerta del patio para enterrar allí, justo donde estaba enterrada parte de mi cuerpo, algo que era parte del cuerpo de mi madre. Pero era sólo Nane Doshanbé la que hablaba. Cerca del ocaso, cuando mi padre volvía del trabajo en su bicicleta, las mujeres se levantaban. Nane Doshanbé se giraba como si con un solo movimiento recogiera en los pliegues de su vestido florido todo el universo invisible del alrededor; primero, giraba su cabeza, luego su medio cuerpo,

después las grandes nalgas y luego los talones de los pies. Y yo, al entrar mi padre, tenía que ponerme a estudiar el Corán y la ley islámica. Si tenía suerte y mi padre volvía a salir de casa (solía irse a la mezquita), contento por haber recuperado mi universo perdido, me iba al otro lado de la calle, me sentaba en la sombra de la pared y observaba absorto los movimientos de *Madame* Helena, que a cualquier hora del día cuando pasabas por allí la veías sentada, tejiendo una colorida bufanda que era una combinación de colores verdes, amarillos y color azufaifa; una bufanda cuya longitud no cambiaba nunca; siempre medía igual: medio metro.

Cada *lañe* consistía en una urbanización formada por dieciséis «bungaloes»: ocho casas pegadas, hombro a hombro, la una a la otra y ocho casas pegadas por la espalda a esas otras ocho. Un tejado color ceniza cubría los techos de todas esas dieciséis casas; un tejado de doble capa, que si te arrastrabas entre ellas, podías asomarte a las casas de los demás por los pequeños agujeros que se encontraban aquí y allá en la capa inferior, y ver cosas que sólo Dios, y nadie más, puede ver…

Cada *lañe* tenía un nombre. Pero ese nombre no era ni Zorufchí ni Zomorodián, ni Shahid Tabrizí. Era una letra y un número ingleses. Nuestro *lañe* se llamaba Fió; el de *Madame* Helena, F17. Helena vivía justo en la esquina y era la única mujer del barrio que no se ponía el velo. Las demás mujeres, o bien se ataban un pañuelo en la cabeza, como Nane Doshanbé, o bien llevaban un *minar* [7] como Elma, o un burka como algunas mujeres árabes. Mi madre llevaba un pañuelo florido que se ataba bajo el mentón.

Ir de donde estaba Nane Doshanbé hacia *Madame* Helena era un viaje del mundo invisible de las fantasmas de esa mujer negra de treinta años al mundo invisible de la bufanda de medio metro de aquella mujer cuarentona. En esta ciudad, que era un vivo museo de pueblos de Irán, la presencia de Helena, la armenia, era como una presencia occidental. Cuando me quedaba mirando fijamente sus manos desnudas y la veía tejer durante horas mientras todo estaba sumergido en un silencio eterno, el constante aleteo de sus manos me transportaba más allá de mi perdida existencia. Helena era el lado perdido de mi nacimiento. Un mundo que ni se recordaría ni se olvidaría.

Al llegar la oscuridad, Helena se levantaba, revisaba la bufanda,

me echaba una mirada, hinchaba los labios, los apretaba y entraba en el patio. Entonces, si mi padre todavía no había regresado, me iba frente a la puerta siempre abierta de Nane Doshanbé por si veía desnuda a esa mujer. ¿Pero qué parte sobrante se podía cortar de su cuerpo? Había observado el cuerpo de mi hermana y el de las hijas de los vecinos; me había dado cuenta de que algo les faltaba: un pedazo de carne inútil que colgaba entre mis piernas y no colgaba entre las piernas de ninguna mujer. Cuando Nane Doshanbé contó cómo su madre había agarrado sus manos y su tía, sus piernas y cómo la matrona le había circuncidado, me pregunté, pero… pero… ¿cómo se puede cortar algo que ni siquiera existe? ¿Algo que no ha existido desde el principio? Intentaba verla para liberarme de esa pregunta, hasta que una noche la vi parada en medio del patio, sobre una alfombrilla de mimbre; con los ojos desorbitados, la cabellera suelta; los pómulos hechos fuego. Estaba hablando; como si hablara con el aire, con la dispersa humedad; con alguien que no se podía ver:

—*Yes… Yes… I am sure Mr. Hawking. I am sure*.

11

La semántica de un texto perdido

TODA la vida por caminos torcidos…

Todo el camino por senderos torcidos…

La línea recta, era una línea que sólo existía en los libros de geometría.

Para emigrar hay que ser un tanto aventurero, algo ambicioso; y también odiar un poco la geometría. En este sentido, un emigrante es un jugador que en un último duelo apuesta todo el pasado, anhelando ganar el futuro. Los que no se mueven de su lugar o bien carecen de estas características o subvaloran las suyas propias. O puede que detesten los juegos de azar. De este modo «los buscadores de oro» son guerreros dispuestos a perder la vida en este gran juego de azar, sin tener piedad de nadie. Así pues, emigrantes de todos los rincones del país pisaron una ciudad recién fundada que en otros tiempos había sido el puerto de exportación de petróleo más grande del mundo, donde todo, desde la arquitectura de la ciudad hasta el estilo de vida de la gente, tenía sus raíces en la cultura inglesa.

Al caer la tarde, la diversión de la gente era el único cine de la ciudad que sólo proyectaba películas extranjeras, o el complejo deportivo de la Compañía de Petróleos que tenía desde mesas de billar y canchas de tenis hasta conciertos y tómbolas, facilidades que ni la capital poseía. Pero el corazón de la ciudad era el bazar; donde se podía pasear, encontrar algún amigo o conocido, o comprar productos extranjeros; productos emergentes con nuevos sabores y empaques seductores que se revelaban como interminables versículos sagrados para anunciar la presencia de otro mundo cuyo ambiguo imagen se podía ver en las películas que se proyectaban en el cine una vez a la semana. Pero el bazar contaba

también con otras cosas: era el campo de batalla de los emigrantes que, en grupos, en sus rincones marcaban cada cual su territorio. En este mundo, el sonido seco del seguro de las navajas era un temible sonido que convertía en escenas conocidas el ambiguo concepto de la muerte. Daba igual si habías ido a divertirte o a comprar algo; siempre sucedía que algo como una chispa hiciera estremecer todo el ambiente. Bastaba con que alguien levantara los talones de sus zapatos o que se oyera el seguro de una navaja, para que los relajados transeúntes que estaban en las tiendas o paseando por las calles cercanas, de repente se pegaran a la pared y esperaran a que el brillo de las navajas, el goteo de la sangre y manos y cabezas cortadas invadieran todo el bazar. Para nosotros, cuyo mundo de la infancia estaba lleno de héroes de Shahnamé[8], todos aquellos bandoleros *kurdos, lores, árabes o turcos*, eran los mismos héroes míticos que habían salido de entre las páginas de Shahnamé y entrado en la ciudad. Uno era Rostám, el otro, Esfandyar; uno era Saad al-Vaghas, el otro, Afrasyab[9]. Y nosotros, igual que dividíamos entre nosotros a los cantantes y los equipos de fútbol, cada uno estábamos de parte de uno de aquellos bandoleros y considerábamos su triunfo o fracaso como el nuestro. Aun así, si bien contaba el Shahnamé con Rostam y Sohrab, contaba también con Ekvan, el demonio, que cortaba circularmente el suelo bajo tus pies y te levantaba en el aire para luego preguntarte: ¿dónde quieres que te arroje, al mar o a la montaña?

Cuando Asié lanzó aquel chillido, un demonio cortó en círculo el suelo del bloque F15 y los callejones de su alrededor y los arrojó lejos. Si tenía que irme al bazar o a algún otro sitio, cuyo camino recto pasaba por los callejones cercanos a la casa de Asié, ahora tenía que torcer mi camino, no fuera a ser que mis ojos se cruzaran con los ojos de Asié. Todo mi anhelo era que algún día, o ella y su familia o nosotros, nos fuéramos de aquel barrio. Pero aquélla era una ciudad a la que nadie ni entraba ni salía.

Y por esta misma razón no contaba ni con funerarias, ni con cementerio. Todo estaba condenado a un eterno orden. Y el tren que estaba en los confines de los desiertos lejanos, parado frente al muro metálico color plomo que cubría todo el horizonte, a veces estaba y a veces no. Pero nadie nunca veía cuándo se iba ni tampoco que algún pasajero bajara de él. ¡Ojalá el demonio se

hubiese conformado con aquellos callejones de los alrededores de la casa de Asié! Ahora, cada esquina del bazar o cada esquina de la ciudad era el territorio de aquellos hombres que no pronunciaban palabra más que murmullos.

Y yo que apenas me había dado cuenta de la presencia de un agujero en mi cuerpo, tenía que ir por los caminos torcidos, no fuera a ser que viera a Isaac, el ciego, o a Mamdalí, el reparador de bicicletas.

El lugar más seguro, sin embargo, era estos bloques de viviendas; el lugar cuyos dos extremos eran Helena y Nane Doshanbé. Helena era rechazada porque, como todas las armenias, no llevaba velo y era «inmunda». Nadie hablaba con ella y su marido Bugus. Y tampoco tenían hijos. Los armenios que eran una minoría en el país, también lo eran en la ciudad, y en nuestro barrio eran una minoría absoluta. Tan pronto como Bugus cogía su fiambrera de tres piezas y se iba a trabajar, Helena se sentaba a tejer la bufanda. En una ciudad cuyo invierno era primavera y cuyo verano, un infierno, ¿dónde se podía encontrar lana? Había destejido las mangas de algunas prendas de lana que se había traído de Ispahán y que se habían quedado en desuso durante tantos años; de los hilos había hecho bolas y se había sentado a tejer la bufanda. Cuando la bufanda llegó a medir medio metro, ya no quedaban hilos. Destejió y volvió a tejer. ¿Pero cuánto tiempo se podía destejer y tejer de nuevo? Ahora, no ataba el primer nudo; a cambio, anudaba el principio y el final del hilo. Mientras iba tejiendo de un lado, los hilos tejidos se iban destejiendo del otro, para que así, en una rotación infinita, se convirtieran en una bufanda de medio metro; un texto escrito de penas incontables. Ella apretaba los labios para que los bordes de las agujas se tocaran chasqueando, y se creara un idioma cuyas palabras no sabría interpretar ningún lingüista.

El mundo de mi infancia, ya se había convertido en un sinfín de idas y venidas entre el mundo de Helena, que era culta y no pronunciaba ni palabra, y el mundo de la analfabeta Nane Doshanbé que hablaba en inglés con sus genios.

12

Caminos por senderos torcidos

A VECES, los caminos pasan por senderos torcidos. Asié me indicó hacia el primer sendero torcido. Pero nosotros no aprendemos de nuestra vida. Porque observamos los caminos que la vida nos abre desde la perspectiva de los que no han aprendido nada de sus vidas.

Las primeras cajas de resonancia ensambladas resultaron defectuosas, cada una de una manera. Criaturas miserables, jorobadas, malhechas. Los gajos no se juntaban como debían. Un gajo por aquí, un gajo por allá, con qué cautela, poco a poco y desde ambos lados, construía la caja como una bóveda. Cuando llegaba el turno del último gajo, veía que no se juntaba bien con los demás; veía que la caja era más baja de un lado que del otro. Me veía obligado a despegar los gajos que tanto me había costado pegar, y volverlos a colocar. Pero era inútil. Se mejoraba sólo la apariencia, y con mucho esfuerzo.

Un día fui a ver a Zangené; un discreto fabricante de *setares* que al hablar tenía una voz tan suave que parecía que volaban mariposas de sus labios y no palabras. Al principio del triunfo de la revolución le habían desterrado a Yazd; porque tomaba aguardiente. Ahora, había vuelto del exilio. Era invierno. Estaba sentado en un rincón de su tienda, junto a un bidón de hojalata lleno de fuego. Con la mano me enseñó un taburete. Me senté sobre su desnivel. Junto a cada listón o tronco de baya había una caja de resonancia inconclusa y otra completa. Del otro lado, sobre la pared, una caja unida a un mástil. Sobre la mesa, una caja y un mástil preparados como caja y espiga. Y en la prensa metálica de la mesa de la estufa…

¡Oh… Dios mío! ¿Cuántas veces tenía que ir para descubrir

aquel pequeño secreto? Había visto a tantos carpinteros en mi vida; todos, sin excepción, cogían el cepillo con ambas manos. Todos lo pasaban sobre la madera, como dios manda. Pero el camino hacia el *setar* pasaba por senderos torcidos: «Sujeta el cepillo al revés con una prensa y ¡pasa la madera por el cepillo!».

Fue así como a partir del décimo *setar* se solucionaron todos los problemas. Pero aquel *setar* mágico seguía estando lejos; fuera de alcance.

Un tiempo después, se me ocurrió un nuevo truco que, al resultar, lo cambiaría todo. De nuevo, le supliqué a Zangené. Cuando me dijo: «Lo siento, no puedo ayudar más», torcí mi camino hacia Bandar Abbas. En uno de los barrios antiguos de la ciudad, en un callejón solitario, me detuve frente la destintada puerta de una vieja casa. La cuchilla del sol había mandado a todo lo que se movía a las casas, menos a mí y a algunos perros callejeros que jadeaban en la sombra del muro. Miré el lado derecho del callejón: una humedad bochornosa y un trozo del cielo encima del mar que lo había sumergido todo en olor a conchas y en estanqueidad absoluta. Miré el lado izquierdo del callejón y la tierra quemada del suelo que se evaporaba por el calor del sol para suspenderlo todo, hasta las torres de viento de adobe de los tejados del frente, en la temblorosa ambigüedad del aire, para que yo recordara que el misterioso movimiento de los objetos significa la ausencia del hombre. Saqué la navaja del bolsillo. Los perros se pusieron de pie, jadeando; sus cabezas al sol hasta el cuello y sus negros cuerpos a la sombra. De repente, sus lenguas dejaron de moverse. Con las orejas levantadas empezaron a mirarme fijamente a los ojos. No, no se trataba de los latidos de mi corazón; alguien, desde dentro, me pegaba patadas con unas botas. Me acerqué sigilosamente. Mientras estaba pendiente de los perros, metí miedosamente la punta de la navaja bajo la madera podrida. Los perros empezaron a ladrar cada vez más alto. Tembloroso, corté una fina lámina de la superficie de la madera. Pero en este mismo instante, una sombra entró cojeando en el callejón. Me di la vuelta para esconder la navaja en el bolsillo y una voz me hizo estremecer. Más que una voz, la vibración de un trozo de metal oxidado, sacado de la tierra:

—*Oh my god, you finally came* [10] !

13

Un Edipo sin premeditación

ANTES del descubrimiento del número cero, el ser humano creía que el número uno era el principio de todo. Tardó muchos siglos en comprender que el cero tampoco era el principio de nada y que todo siempre empieza mucho antes del punto de inicio.

Atardecer del 31 de diciembre de 1949; en una de las habitaciones del «Hospital de los Cristianos de Ispahán», han colocado un abeto decorado junto a la ventana. Unas enfermeras están poniendo los platos de dulces, comida y el *champagne* sobre una mesa cubierta con un mantel blanco estampado de flores. Todo brilla por el resplandor de lo limpio y lo colorido. En otro rincón de la habitación, el doctor Hawking está cortando en tiras los coloridos papeles de aluminio con unas tijeras. Primero se oyen unos pasos y luego, la puerta de la habitación al abrirse. Helena, la gordita mujer de servicio, que ha empezado a trabajar aquí hace apenas una semana, entra jadeante. Más que entrar, como si una mano invisible le haya empujado hacia dentro. Los pechos hacia arriba, hacia abajo, acelerados. Como si las palabras se hayan atrancado en los músculos y las venas y se hayan convertido en movimientos acelerados y pistónicos del cuerpo.

El doctor Hawking, con las tijeras abiertas en la mano, la mira fijamente: «Jesús Christ!».

Helena dice con su marcado acento armenio: «Se ha caído… por las escaleras… está embarazada…». De afuera se oye el resoplo de un caballo; y luego, un carricoche alejándose. El doctor deja caer las tijeras sobre la mesa. El chasquido de las tijeras al caerse, como el sonido de un interruptor, moviliza de nuevo a las tres enfermeras que se han quedado perplejas. Las manos se alejan de la mesa y de los objetos. Del pasillo se escucha un gemido: «Oh, Fátima al-

Zahra!», es la voz de una chica joven.

El doctor Hawking y las enfermeras se ponen en marcha. La última enfermera parada cierra las tijeras, se santifica y sale rápidamente. Una de las enfermeras, una mujer muy delgada, corre para agarrar por detrás una cama con ruedas que se está moviendo hacia el pasillo de la izquierda. Otra enfermera, una mujer robusta, recoge los cabellos de la mujer menor (parece tener unos dieciséis años), que está acostada en la cama, bajo la manta de crepe estampada con flores que la cubre. Helena, mientras empuja la cama, dice con aquel acento marcado armenio: ¡*Oh, Hazraat-e-Aab-bas*[11]!.

Un hombre joven vestido de un traje a rayas estilo Al Capone, anda tras ellos como si tuviera muelles bajo los pies. Continuamente empuña su mano derecha y golpea con el puño la palma de su otra mano. Cuando llegan al final del pasillo, la enfermera que va delante abre la puerta izquierda. La habitación, como un agujero succionador, se traga la cama, al médico y a las enfermeras. El hombre joven, indeciso, inclina su cuerpo hacia delante. En el umbral de la puerta, una mano femenina vestida de blanco se interpone en su camino a la altura de su pecho: «Usted quedarse aquí, ¿OK?».

El pasillo está vacío. No se escucha nada más que el zumbido de las lámparas de neón. El hombre joven pasa la mano por sus cabellos engomados con brillantina. Mira la palma de la mano. No le gusta la mano grasienta. Le apetece echarse un poco de agua a la cara. Camina hacia el fondo del pasillo. Los gemidos de la mujer se oyen más altos. El hombre joven le pega una fuerte patada a la pared. Vuelve a mirar hacia el quirófano, y camina hacia el fondo del pasillo. La puerta de una de las habitaciones está abierta. Hay un hilo de luz sobre los mosaicos blanquecinos del pasillo. El hombre joven se asoma. Ve el borde de un lavabo blanco desde el marco de la puerta. El borde brilla por el reflejo de la luz. El hombre se frota los ojos. Cuanto más avanza, más fuere se hace el zumbido de la lámpara de neón encendida que está encima del lavabo. Al abrir el grifo, algo empieza a temblar en su corazón. Se llena las manos de agua y la echa al hálito de alcohol que se ha pegado a la mucosa de su boca y su nariz. Se enjuaga la boca varias veces y reza. Se quita los zapatos y los calcetines y realiza una

ablución. Entra de puntillas al pasillo. Mira hacia la izquierda, donde la cama, la mujer, las enfermeras y el médico han desaparecido en una habitación.

—«Oh, Fátima al-Zahra!».

Empieza a caminar hacia el lado opuesto. Al final del pasillo se abre la puerta de una habitación. Un anciano, con un ojo cubierto con una gasa blanca, sale gimoteando. Su cuerpo está encorvado como un signo de interrogación.

—¿En qué dirección está la *alquibla* [12]?

El anciano cíclope le mira atónito.

—¡La *alquibla*! ¡La *alquibla*!

Y lo pregunta como si del número de teléfono de las ayudas sobrenaturales se tratara.

El anciano, como una marioneta, va girando poco a poco el cuerpo, estira el brazo apuntando hacia el baño, y con una voz agonizante como un aullido, mueve la mano insistentemente como señal de inocencia. El hombre joven se queda estupefacto. El anciano desaparece en el marco de la puerta del baño. El pasillo se sumerge en un silencio repentino. El hombre gira varias veces a la izquierda y a la derecha. Con una voz que no se sabe a quién se dirige dice: ¡La *alquibla*! ¡La *alquibla*! Y se detiene frente al baño. Alza las manos hasta la altura de las orejas [13]: «Allahu Akbar… La ropa. La ropa».

La mujer estaba subiendo a la azotea para tender la ropa lavada. Llegando al último peldaño, la escalera se había movido. «La ropa… la ropa… ¡vaya mala suerte!». Ahora, la mujer está en el quirófano. Pero el resto está en manos de Dios. De momento lo único que él puede hacer es pedirles ayuda a las fuerzas sobrenaturales. Alza las manos hasta la altura de las orejas.

Aleluya. Aleluya.
Aleluya. Aleluya.

Se abre la puerta del quirófano y Helena se acerca corriendo al hombre: «¡Buenas noticias! ¡Buenas noticias!».

A medio camino de postrarse, el hombre de repente salta. No sabe si correr o ponerse los zapatos. Corre y se calza. Helena pone

la mano sobre la barriga; sus hombros temblando de la risa, vuelve al quirófano. Cuando el hombre entra, la enfermera rechoncha cierra las tijeras y se corta el cordón umbilical:

—*Don't cry my baby, don't cry* [14].

El hombre, sorprendido y enojado, mira al doctor Hawking.

El bebé, con el ombligo envuelto en gasas, se arroja en el aire, y de mano en mano, va de la mano vestida de blanco de una enfermera a la mano vestida de blanco de otra, hasta llegar al hombre joven.

—Allaho ma sal e ala mohammad va aleh mohammad (Bendiga Dios a Mahoma y a su pulcro progenie).

Yo nací en territorio británico; en el hospital de los cristianos. Ahora se llama el hospital de «Isa ibn-Maryam». Fueron los ingleses quienes me cortaron el cordón umbilical. Ése fue el primer pedazo que cortaron de mi cuerpo. Yo, antes de ser musulmán, he sido cristiano. Luego, una fría mañana del mes de enero, mi padre recitó el Adhan [15] en mi oído derecho y llamó a esta oreja Reza. Luego recitó la Iqama [16] en mi oído izquierdo y llamó Siyawash a esta otra oreja, para que así me quedara perdido entre los tres vértices del triángulo, siendo uno mi ombligo y los otros dos mis orejas. Es por ello que siento angustia en mi interior y me tambaleo entre voces que vienen de tres direcciones y se convierten en un tornado justo en el medio del pecho. Es por eso que siento que alguien se ha aferrado a mis pulmones. Alguien dice enmiorejaderecha:

والعصر، ان الانسان لفى خسر [17]

… y alguien murmura en mi oreja izquierda: «*La madre es portadora delsecretodelbuscador* [18]» y una voz desde el ombligo: «*No place of grace for those who avoid the face* [19]».

Pero entre el tornado de voces en diferentes lenguas, hay una voz ambigua que parece que saliera de una garganta cortada; un confuso murmullo cuyas letras parecen haberse desgastado y demolido por dar tantas vueltas entre mis visceras: *cccccoooooogggggggaaaaazzzzóooonnnn*.

14

La maldición de la baya

SE ABRE la puerta. La enfermera entra con la bandeja de la comida. Es iraquí; se parece a nosotros en el aspecto. Es autoritaria y ágil. Deja la bandeja sobre la mesa y se va. Le doy las gracias. Pero antes de que yo haya levantado la tapa metálica roja del plato, vuelve. Coloca sobre la mesa de al lado la bata azul claro de quirófano y el recipiente con el jabón antiséptico: «Mañana, debe estar listo para ir al quirófano a las ocho de la mañana. Cuando se haya duchado, se pone la bata». Y con los dos dedos mueve autoritariamente la bata quirúrgica en el aire: «No debe llevar puesto nada más que la bata».

Me da rabia su autoritarismo. Digo: «¿ni calzoncillos?».

—¡Ni calzoncillos!

Ni que fueran a circuncidarme, me van a operar el ojo; eso le digo.

Me responde tajantemente: «¡es una orden!».

No le ha gustado. Como si hubiese sentido algo de picardía en mi pregunta. Rápidamente se da la vuelta y mientras va saliendo, exhala el aire por la boca como si dijera: ¡puñetero cretino!

Y yo me quedo mirando la bata y el recipiente de jabón como si dijera: «¡Puñetera cretina!». El año pasado, cuando vine a operar mi ojo derecho, había más delicadeza en los comportamientos. Me trajeron la bata y el jabón un par de horas después, ¡no a la hora de la comida!

El olor de la carne me llena la nariz. Pero me quita el apetito en vez de agudizármelo. Me siento como un cordero al que preparan para llevarlo al matadero. Me encojo de hombros: «Le habrá dado pereza. Los dos venimos de la misma maldita zona. ¿Qué sabemos de delicadeza?».

Desganado, llevo un trozo de carne a la boca. Y me acuerdo de mi exmujer. Iba a la puerta del baño, me decía: «La comida se va a enfriar». Le decía: «Voy». Pero no iba. Seguía lijando la caja de *setar*; ¡y venga a lijar!

—¡Se enfrió la comida!

—Comed vosotros. Yo no puedo ir hasta que no acabe esto.

Y de nuevo, ¡venga a lijar! Pero parecía interminable. No quería usar la lija eléctrica como los que sólo piensan en fabricar y vender. Me decía a mí mismo que si quería que mi *setar* sonara bien debía hacerlo todo manualmente, como Stradivarius. Tampoco podía usar una lima. El grosor de la caja es apenas tres milímetros y uno debe rebajar un milímetro del grosor de la madera con una hoja de lija. Parece sencillo, pero un milímetro significa decenas de horas de lijar. Además yo pulía también el interior de la caja; me decía que tenía que ser totalmente alisado, como un espejo; sin escarpaduras ni recodos, para que el sonido reverberara por la caja y saliera de ella sin ningún estorbo. Pensaba que tenía que tomar como ejemplo a los diseñadores de moda que dedican varios meses a la ropa. A veces trabajaba dieciséis horas seguidas; sediento y hambriento. Mi mujer me suplicaba. Le decía: «¡Tú me conoces!»; sí me conocía. Se amargaba pero no insistía. Hasta aquel día cuando vino y dijo: «Ven, he servido la cena». Los ojos casi se le salen de las órbitas cuando vio que, a diferencia de siempre, dejé la lija inmediatamente y apoyé la caja en la bañera. Una chispa de alegría brilló en sus ojos. Vino a darme un beso; volví la cabeza. Claro está que se ofendió. Pero cuando me tapé la boca con el antebrazo se dio cuenta de que no había tenido intenciones de molestarla. Se trataba de un estornudo. El primer estornudo de los interminables estornudos que se reanudarían con mi sinusitis crónica para dar comienzo a la bronquitis crónica que nunca me dejó en paz. Tal era la magnitud del asunto que incluso a la hora del descanso, si veía un *setar* incompleto colgado en la pared volvía a estornudar. Más bien estornudaba siempre que veía cualquier *setar*. Y estornudaba también cuando se nombraba el *setar*. El estornudo era el comienzo del dolor. Dolor… ¡*aaaa-chhíiissss*!… resonaba en la caja de la cabeza… ¡*aaachhíisss*!… ardía el pecho… ¡*aaachhíisss*!… y un río de agua… ¡*aaachhíisss*!… me salía de la nariz… ¡*aaachhíisss*! Tenía heridas en las ventanas nasales por tanto limpiarme la nariz con el

pañuelo… ¡*aaachhíisss*! Eran los primeros años después de la revolución ¡*aaachhíisss*!… en vez de los antibióticos hechos por las compañías Pfizer y Roche… ¡*aaachhíisss*!… importaban antibióticos de… ¡aaachhíisss!… Yugoslavia que parecían… ¡*aaachhíisss*!… estar… ¡aaachhíisss!… caducados. Había acabado… ¡*aaachhíisss*! Inyectándome penicilina… ¡*aaachhíisss*!… y corticoides que, según dicen, causan osteoporosis. El día que puse un trozo de opio bruto, envuelto en una funda de plástico, sobre la mesa, junto a la prensa metálica y dije: «un detallito para usted, maestro». Zangené me miró. De una manera sin precedentes. Como si hubiera estado esperando todo este tiempo. Esperando no a mí, sino algo que él sabía y yo ignoraba. Dijo: «Hacía un tiempo que no le veía por aquí».

Había algo extraño en sus ojos. Una mezcla de compasión y hartura. Miré los *setares* que colgaban aquí y allá de la pared. Pero no estornudé (afortunadamente). Hacía ya unos tres meses que me había curado. Y además, no había tocado las maderas, por miedo. Cuando escuchó lo sucedido, movió la cabeza con consternación; dijo: «Lo mismo le pasó al maestro Abbas, qué en paz descanse. Tuvo que dejar la fabricación de *setar*. A algunos no les sienta bien. Desarrollan alergia a la baya». Y me miró como si me dijera: dile adiós al *setar* mágico. Quería decirle que sólo faltaban veintisiete *setares* más, que seguiría fuera como fuera. Pero Zangené seguía moviendo la cabeza con pesadumbre: «Lo mismo le ocurrió al maestro Rahmán, qué en paz descanse. Lo mismo le sucedió al maestro don Ali, qué en paz descanse…».

15

Cambiar la correa del reloj del alma

«¡NO me traigas tantos regalos, corazón, te vas a cansar!».

No hace caso. Cada vez que viene me agasaja con algo; y siempre, justo lo que necesito. Está atenta a todo. Como si estuviera al pendiente de mi vida para ver de qué pie cojea y atenderla. La vez pasada había visto que mi mechero no se encendía. Ahora me ha traído un bonito mechero. En otra ocasión, al finalizar la clase, cuando me tendió la mano para despedirse, le dije: «Espera, salgo contigo. Mañana es domingo y si no compro pan, me moriré de hambre». Bajamos juntos las escaleras. Ahora, cada sábado que viene a clase trae en la mano un *baguette*. No quiere que me muera de hambre los domingos.

Está sentada en la silla. Justo frente a mí. Me gustaría lanzarme y poner su cabeza en mi hombro ybesarle esos cabellos. Cada vez, la misma historia. Cada vez, cuando respira de ese modo… es extraña la manera en que respira a veces. Todo el cuerpo se le mueve de un oculto estremecimiento. Como si un trozo de aire se hubiese perdido entre las venas y la musculatura y saliera del pecho repentinamente. No es hipo; es como el jadeo de un niño que ha estado llorando por horas: cuando se calma, las réplicas del llanto se convierten en una respiración sofocada que cuando sale del pecho hace estremecer cualquier corazón. Como mi corazón, que ahora se está estremeciendo. Como si estuviera sentado sobre un muelle; basta con que se libere el seguro para que salte y me deje caer a cuerpo completo en medio de sangre y fuego.

«F» no es bella. Es ordinaria. Pero hay algo en ella que hace agradable su presencia. A lo mejor es su extraño parecido a «E» lo que hace que me parezca bella. «E» era verdaderamente hermosa. Extrañamente bella. «F», sin embargo, es como su sombra.

Cualquier cosa suya se le parece a ella en algo. Los ojos son los mismos, pero más pequeños. La estatura es la misma, pero un poco más delgada. Y la edad… «E» ha de tener treinta ahora; como la edad actual de «F». Pero aquellos labios y pómulos… no. Aquellos pómulos altos y aquellos labios que eran inocentes y lujuriosos son irrepetibles. Ella también estaba atenta a todo. Me dijo: «¿Dónde está tu reloj?». ¡Qué atenta! Se había dado cuenta de que mi reloj se había convertido en parte de mi piel. Siempre lo lleva puesto.

—Se le ha roto la correa. Tengo que mandarla a cambiar.

No dijo nada. Salimos; cine, y luego un paseo. Después nos sentamos a cenar, charlamos y luego, diálogo entre los cuerpos hasta altas horas de la noche. Más tarde yo me puse a trabajar y ella se fue al dormitorio (a las siete de la mañana se tenía que ir a la universidad). El día siguiente, me desperté y me vestí para salir y cambiar la correa de mi reloj. No lo encontraba. Maldecía mi propio desorden. Cuando volvió por la tarde, le pregunté si había visto mi reloj por alguna parte. Sonrió picara y misteriosamente. Pensé que me estaba reprochando por mi desconcierto. Metió la mano en el bolso y sacó el reloj. Pensé que me estaba tomando el pelo. Pero cuando cogí el reloj, vi que se le había cambiado la correa. Una bonita y nueva correa marrón. Ella sabía que si lo dejaba en mis manos, podría tardar hasta el próximo año en cambiarla. Ella conocía mis puntos débiles; pero no me reprochaba. Sabía que siempre una parte de ti crece a precio del retraso de la otra. Así que me cubría los defectos para que yo no me reprochara a mí mismo por mis debilidades. Ella también respiraba como ahora está respirando «F». Y yo, que conocía la materia de la que estaban hechos esos jadeos, intentaba cambiar la correa del reloj de su alma para que ella tampoco sufriera por sus debilidades. Éramos felices y nos complementábamos. Pero toda la ciudad conspiró para llevarme al borde del abismo. Y lo consiguió.

«F» acomoda el *setar* en sus manos. Dice: «¿Empiezo ya?» y roba su mirada de la esquina del ojo para atarla a la sonrisa picara que se ha escondido en la comisura de los labios. Parece que disfruta al ver que estoy detenido a un paso del fuego.

Cojo mi *setar* en la mano y digo: «Empieza».

16.

16

Las puertas y los telares de mi país

COMO la bufanda de medio metro de Helena, destejimos de un lado todo lo que habíamos tejido del otro, para volver a poner manos a la obra, para no recordar que estamos fatalmente solos.

Durante todos aquellos tres meses que estuve en las garras de la maldición de la baya, alguien había cogido un formón y no paraba de rasparme la caja de la cabeza por dentro. Cuando respiraba, de los pulmones me salían sonidos de todo tipo, desde el canto de un ruiseñor hasta el graznar de un cuervo. Y agua… dios mío, en un país con una historia repleta de sequías, ¿de qué fuente brotaba tanta agua que salía de la nariz?

Seis meses. El paso de sólo seis meses desde mi tratamiento era suficiente para olvidarlo todo; para recordar que la bufanda de medio metro de Helena se destejía por un lado para volver a tejerse por el otro.

El *setar* decimotercero tenía un sonido extraño. Pero un nuevo instrumento musical, por más que suene bien, todavía no tiene un sonido maduro. Y el paso del tiempo no se logra por ningún otro medio. Había observado que Zangené tenía troncos que, a diferencia de la baya recién cortada que tiene un empalagoso color amarillo, eran casi negros por su antigüedad. Se me pasó por la cabeza que a lo mejor la antigüedad de la madera compensaría la no antigüedad del instrumento. No era un pensamiento disparatado. Puse un trozo de opio en bruto, envuelto en una funda de plástico, junto a la prensa metálica de la mesa de su estufa: «Aquí tiene un pequeño detalle, maestro». Después de explicarle lo que deseaba, le tendí un fajo de billetes: «Usted mismo coja la cantidad que crea que cuesta». Y para que no se sintiera incómodo, volví la cabeza hacia un tronco de baya de por lo menos cuarenta años de

antigüedad que estaba en otro rincón de la tienda. Cuando había tomado el dinero, me tendió tres piezas de madera antigua de las que ya había cortado partes para la tapa armónica de *setar*: «Lo siento, no puedo darle más que eso».

En la forma de sus ojos, en los músculos contraídos de su cara, se notaba que en el fondo de su corazón no se sentía a gusto. Se veía que se sentía en un compromiso, y que a partir de entonces si quería madera antigua, tenía que buscarla por otro lado. Fue así que un día cogí el coche y me encaminé hacia Bandar Abbas. Es que había observado que los *setares* cuyas tapas armónicas había construido con las maderas antiguas de Zangene, tenían un sonido extrañamente maduro. Pensé que si quería que aquel *setar* mágico tuviera un sonido tan maduro como el de un *setar* de cien años de antigüedad, además de la tapa armónica, también la caja y el mástil tenían que estar hechas de una madera de cien años de antigüedad. Así que empecé a deambular por los callejones de Bandar Abbas, Naín, Ispahán y Yazd. Mientras caminaba en la sombra de los muros o bajo los arcos del techo de algún callejón, no paraba de resonar en la caja de mi cabeza un sonido cuya mágica reverberación no se debilitaba en los altibajos de los callejones. Me repugnaba ver las puertas de hierro. Pero si veía la puerta de madera de algún jardín o de alguna antigua mansión, el sonido se aumentaba de repente, como un detector de minas cuando detecta el hierro y la pólvora; y un arco iris de cantos mágicos hacía vibrar deleitosamente el tímpano del oído. Como el momento del orgasmo. Entonces sacaba la navaja y cortaba cuidadosamente una fina lámina de la superficie de la madera para asegurarme de que era de baya, y para averiguar su antigüedad. Esa misma experiencia de sonidos y puertas, posteriormente me dio la idea de calcular bien, a diferencia de otros, los agujeros que se hacen en la caja armónica del *setar*. Pegaba el diapasón contra el suelo para que empezara a vibrar y luego lo apoyaba en la tapa armónica del *setar*. Cuando se empezaba a oír el sonido continuo de su vibración, lo movía sobre la caja armónica. Donde se aumentaba el sonido era donde se debía crear el agujero. Fue de este modo que yo, que siempre sufría por las cosas sobrantes que de pedazo en pedazo cortaban de mi cuerpo, me lanzaba con la navaja sobre las puertas de madera de mi país. Cortaba un trozo para, si me aseguraba de que era de baya, pagarle

al dueño el coste de una puerta de hierro y llevármela. Y para el mástil del instrumento me iba a cualquier casa donde había un telar. Sabía que solían ser de madera de nogal.

«Señora, ¿me vendería este telar?».

—Ay señor, ¿y de qué viviremos? Sólo nos queda ese telar que fue la dote de nuestra abuela.

—Entiendo; veo que está desnivelado.

—Bueno, qué remedio, señor. No tenemos dinero para comprar uno nuevo.

Les daba dinero para un nuevo telar y un poco más. Y sujetaba los listones de madera a la baca portaequipajes de mi coche.

Fue así como yo, que había nacido en un hospital inglés y que a los seis meses de edad mis padres me habían cogido en brazos y se habían emigrado a una ciudad donde todo era inglés, descubrí de repente la arquitectura de mi patria. Pero en vez de disfrutar de tanta belleza, empecé a saquear, por un sueño, las puertas y los telares de mi país; hasta que un día, en uno de los callejones de Bandar Abbas, cuando metí la punta de la navaja en la puerta de madera de una casa antigua, me encontré a Nane Doshanbé, después de treinta años, para que me desvelara el secreto de la destrucción de los sueños.

17

La imagen de un suceso eterno

EL NOMBRE del primer fonógrafo de mi vida no era ni His Master'sVoice niTopaz. El primer fonógrafo de mi vida se llamaba Yom'é[20].

Hacía unas dos semanas que caminaba hacia atrás hasta el fondo del patio y luego me impulsaba corriendo, pegaba el pie al muro de ladrillo, pero por más que estiraba el cuerpo no alcanzaba el borde del muro. Dos metros no era poca altura; y menos para un adolescente como yo. Desesperado y desalentado me sentaba bajo la sombra de la balaustrada y maldecía a mi padre. Después de Asié que había cogido las tijeras y había cortado el primer trozo de la ciudad, después de los bandoleros y los pedófilos que habían cortado trozo a trozo la ciudad, le había tocado el turno a mi padre de coger las tijeras y cortar de cuajo todos los alrededores de la casa, para que mi parte de toda la existencia se resumiera en aquel terreno de cemento de cuarenta metros que era nuestro patio. Cada mañana cuando cogía su fiambrera de tres piezas, le ponía un candado a la puerta del patio y se llevaba la llave, y así nosotros quedábamos prisioneros hasta la tarde cuando volvía de trabajar. Es que los colegios estaban cerrados por vacaciones y mi padre no quería que en su ausencia nosotros divagáramos por las calles y que alguien, qué Dios no lo permita, «nos echara mano al trasero». Fue mi padre quien, por primera vez, nos dio a probar el sabor de la cárcel. Mi madre nos dejaba en paz. En aquel calor de cincuenta grados se sentaba junto a su máquina de coser bajo el ventilador de techo. Yo, sin embrago, daba vueltas en el patio como un tigre enjaulado; me iba hacia la puerta, golpeaba con los puños el muro; y lloraba silenciosamente.

El cine de la Compañía de Petróleo, antes de la proyección de la

película principal, siempre proyectaba algunos dibujos animados y documentales sobre temas desde las invenciones hasta los partidos importantes. Cuando el campeón olímpico sobrepasó el obstáculo de dos metros y todo el estadio se estremeció, me dije: el tipo ha saltado por encima de un obstáculo de dos metros, sin la ayuda de nada; ¿no se podrá sobrepasar este muro con la ayuda de los pies y las manos? No, no se podía. Lo había estado intentando desde hacía dos semanas y no era posible. Hasta el día en que aquel sonido mágico resonó en nuestro callejón y yo, como un muerto al oír la trompeta de Israfel, me levanté y salté varias veces hasta que las yemas de mis dedos agarraron el borde del muro. Bastaba un solo movimiento para subirme, pero se me rompió la uña y me caí. No sé si era por el dolor o por la atracción irresistible de aquel sonido mágico que me acordé que los caminos a veces pasan por senderos torcidos. En frente de la balaustrada de cada casa había tres columnas cilindricas de hierro que sujetaban el tejado. La distancia entre una de esas columnas y el muro no era más de un metro. Vi que bastaba con apoyar un pie en la columna y otro pie en el muro, como cuando se sube por un pozo. Eso hice. Pero la columna era lisa y resbaladiza. Me caí un par de veces a mitad del camino. Pero la tercera vez, de repente me vi sentado sobre el muro. Qué alegría daba ver la ciudad desde allí arriba. Un exquisito paisaje que nadie podía cortarle un trozo y tirarlo a la basura. Me veía como el rey de un nuevo reino. Pero allí abajo, había un sonido que tiraba de mí como una red tira de un pez atrapado. Miré la acera asfaltada al lado del *Lañe*. Yom'é, el hijo de Nane Doshanbé, estaba sentado en la sombra. Tenía algo extraño en la boca; el hocico de un animal desconocido que besaba con toda fuerza. ¡Maldito sea! ¿De dónde se le salía aquel sonido? Con los pelos de punta, salté del muro.

Yom'é tenía el cabello rizado y una capa de polvo le cubría siempre la cara y la cabeza. Le dije: «¡Déjame verlo!».

Me sonrió con una mezcla de vergüenza y orgullo: «Eso me lo ha hecho Doshí».

Eran dos pedazos de caña pegados con algunos agujeros aquí y allá. Agujeros negros como marcas de quemadura de cigarrillo. Las cañas estaban conectadas a un odre; un odre de piel de cabra cuyo pelo habían rasurado y ahora, con el viento dentro, adoptaba formas específicas de cada lado. De frente era un pequeño oso con

piernas y manos cortas, como los leones marinos. De lado era la cabeza de un toro sin ojos ni boca en cuyos oídos soplaba Yomé unos encantamientos que cuando salían de las cañas se convertían en extraños sonidos que conmocionaban las venas.

Dije: «Entonces por eso era que no se te veía el pelo unos días».

Dijo: «Sí, estaba con Doshí».

Doshanbé era el hermano mayor a quien llamaban Doshí y era registrador de cargamento en el puerto Shahpur, a menos de un cuarto de hora de allí.

Dije: «¡Vuelve a tocar!».

Dijo: «Ya me he cansado».

Le conocía. No estaba cansado. Quería subir el precio. Recordé que tenía una moneda en el bolsillo; se la tendí. Sonrió alegremente y mientras movía la cabeza en señal de satisfacción, acercó el pecho para que yo echara la moneda en el bolsillo de su camisa. Cuando escuchó el tintineo de la moneda, acercó la cabeza al oído del animal y empezó a tocar. Con todos mis pelos de punta, los tímpanos de mis oídos vibraban de placer. No, aquello no era un sonido. Era el momento inicial de la Creación, y aquel sonido, el sonido lejano de un invisible pájaro extraño que aleteaba y por la garganta esparcía colores a las partículas del aire: la imagen de un suceso eterno, para que yo me sintiera no en la estanqueidad de la tarde sino en el corazón de un suceso que estaba teniendo lugar fuera del tiempo y el espacio.

Fue así como Yom'é, el mago, quien años después haría bailar a todo un país con el sonido de su cornamusa, se convirtió en mi fonógrafo personal.

Y yo tenía que estar al acecho para ver cuándo mi padre salía de la habitación para robarle una moneda de su bolsillo para las tardes que se volvían infernales sin el sonido de la cornamusa de Yom'é. Pero no mucho más tarde, llegaría una mujer llamada Sophia Loren y me obligaría a volver de nuevo al fondo de la estanqueidad de la tarde.

18.

18

Elma, Yom'é, Montani, Sophia Loren y otros

YOM'É era huérfano de padre, pero aunque era sólo un año mayor que yo, tenía un comportamiento muy maduro. En aquella triste mirada suya y en sus risas infantiles, como cualquier huérfano, estaba presente el vacío del padre, la ausencia de la columna que aguantaba el edificio. Cuando la moneda caía en su bolsillo se volvía un pájaro aliabierto que te transportaba a tierras invisibles. Y yo que había comprendido que todos los caminos pasaban por senderos torcidos, metía más la mano en los bolsillos de mi padre para echar más monedas al bolsillo de Yom'é, huérfano de padre. Es que mi padre era religioso dogmático y yo, para ir al cine, tenía que suplicarle a mi tío paterno o materno. Pero ¿cuán vasta podría ser la generosidad de los tíos? Así que, gracias a las monedas de mi padre, Yom'é, que era mi fonógrafo personal, poco a poco se convirtió también en mi cine personal. Tomaba la moneda y al día siguiente se ponía a actuar la película que había visto en mi representación. Todo lo generoso que era Yom'é en cuanto a la imaginación compensaba lo tacaño que era para revelar los secretos de su vida. Nunca pude saber, ni de su boca ni tampoco de la de su madre, qué le había pasado a su padre. Algunos decían que se había muerto quemado en el incendio del barco Panathinaikos; otros, que reparando uno de las decenas de contenedores metálicos gigantes, se había caído, condenándose así a flotar eternamente en medio de tanto petróleo. Elma, la mujer *lor*, cuyo pañuelo estaba lleno de monedas y lentejuelas en todos sus bordes, y era una de las participantes fijas de las reuniones de tres al frente de nuestro patio, siempre guardaba silencio y su modo de hablar era o bien una risa silenciada cuando todos reían a carcajadas, o bien continuos chasquidos de lengua a la hora de conmoverse. Elma era

incertidumbre absoluta. Yo aprendí de Elma la duda, antes de que la aprendiera de Montani. Habló sólo dos veces en toda su vida. La primera vez dijo: «Un día, no sé si tenía cinco o seis años, mi madre me dio diez *shahís*[21], creo, y un Corán; y me dijo, ve a comprar, no sé si cilantro o verdolagas…».

Y la segunda vez dijo: «Nane Doshanbé, al final no supimos qué le pasó a su señor». Y Nane Doshanbé, como todas aquellas veces que mi madre se lo había preguntado, se limpió la nariz con el pañuelo y dijo con una voz acongojada: «¡Ay, hermana! Metes el dedo en la llaga».

No se podía sacar nada de Yom'é, no sólo acerca de este tema, sino tampoco acerca de otros temas. Le dije: «Yom'é, dime la verdad. ¿Para qué compras esta revista? Nunca he visto que leas nada».

Towfigh era la revista humorística más célebre de aquel entonces. Si la leyera, contaría a los demás, por lo menos de vez en cuando, sus pasajes graciosos. Pero Yom'é sólo sabía tocar. Y yo que había aprendido que los caminos a veces pasan por senderos torcidos, un día robé otra moneda del bolsillo de mi padre (y es que mi fonógrafo personal, igual que la caja de música que había visto en las películas, sólo funcionaba con monedas).

Yom'é acercó su pecho izquierdo. Cuando oyó cómo caía la moneda en el bolsillo, dijo: «Por sus fotos».

Le dije: «¿Cuáles fotos?».

—Las fotos de los actores y actrices.

Y yo que no me había enterado, me di cuenta de que no, que a veces los caminos pasan por senderos derechos. Pensé que si al fin y al cabo iba a quemarme en el fuego del infierno, qué más daba si me metían también una maza caliente por alguna parte. Así que saqué otra moneda del bolsillo de mi padre y fui directamente a dársela en la mano al vendedor de prensa.

En la portada de la revista se había escrito: «Este número incluye la pieza 32 de la foto a todo cuerpo de Sophia Loren». Cuando abrí la revista por la mitad, vi una foto de un zapato negro de tacón, un tobillo extremadamente delicado y también unos centímetros de una agraciada pierna. Me desmoroné. ¿De qué me servía un solo zapato negro de tacón? No, los caminos sí pasan por senderos torcidos. Ahora buscaba a Yom'é de puerta en puerta para saber de

quién era aquel zapato. Pero Yom'é había desaparecido.

Las ciudades suelen construirse alrededor de algún río. Las casas de mimbre de los ciudadanos de Bandar Abbas, sin embargo, se habían construido alrededor de una llave de agua que estaba junto a la caseta del guardagujas del tren de la Compañía de Petróleos; el tren cuya silueta veíamos a lo lejos y cada vez que desaparecía, nos recordaba que fuera de allí existían otros lugares a los que se podía ir o de los que se podía volver. Aunque este tren nuca tenía pasajero alguno y nadie sabía qué llevaba o qué traía.

Cuando caía la tarde, la extensión del desierto que separaba nuestra ciudad de las casas de mimbre de los ciudadanos de Bandar Abbas quedaba bajo el dominio de los demonios del desierto: siluetas negras y temblorosas de criaturas vestidas de negro, altas y fantasmagóricas que cerraban los caminos hacia la ciudad. Cuando llegaban a los *lañe*, aquellas mujeres de Bandar Abbas, que llevaban negras charolas de cobre sobre la cabeza, daban vueltas en los callejones y vendían habas cocidas.

Una tarde de finales de verano, cuando Elma, Nane Doshanbé y mi madre estaban sentadas frente a la puerta del patio, metí la mano en el plato y Nane Doshanbé de repente me agarró la muñeca en el aire. Me volvió a llenar de habas el puño que había quedado vacío y me dijo: «Ve y llama a Yom'é para que venga y coma también; anda mi vida».

Dije: «¿Pero dónde está?».

Separó de sus labios la piel del haba: «En casa haciendo sus deberes».

La casa de Nane Doshanbé estaba justo detrás de la nuestra. Corriendo, di la vuelta al *lañe*. Las puertas de todos los patios tenían, por fuera y por dentro, manivelas en forma de molde de *setar*, como signos de interrogación. Bajé la manivela. La puerta se abrió. Cuando pisé el ardiente cemento del patio me quedé petrificado. Se oían gemidos. Gemidos débiles y aterradores. Quería volver, la curiosidad no me dejaba. Me acerqué sigilosamente. Cuando entré a la habitación de al lado, quedé boquiabierto. Sophia Loren, tan alta, se había parado desnuda junto a la pared de la habitación; oh Dios mío, ¡qué ojos! ¡Qué pechos!… ¡Dio…! ¡Qué… muslos! …¡Qué… tan bonitos! Estaba tembloroso. Mientras me iba hacia atrás tropecé con una almohada. El cadáver que estaba tirado

sobre la alfombra, gimió débilmente con la voz de Yom'é: «¡Lárgate, hijo de puta!». Y mientras apretaba con las manos la entrepierna, se dio la vuelta. Vi de repente la gota de sangre sobre su pantalón azul. Todo estaba ingrávido. La habitación me daba vueltas a la cabeza. Di un paso hacia él y volví de nuevo hacia Sophia Loren, quien me miraba con reproche. Pero, Dios mío… ¿Por qué sangre…? Justo a la altura de su entrepierna había un agujero en la pared con un diámetro de unos cinco centímetros; y dentro del agujero un pedazo de caucho negro, de cámara de aire de bicicleta, embarrado de sangre. Un hilo de sangre corría por su muslo izquierdo y llegaba hasta el tobillo delicado y aquel zapato negro de tacón; ahora entendía por qué la pared de mi habitación, justo encima de donde apoyaba mi cabeza, desde hacía un tiempo supuraba humedad; la pared junto a la cual colocaba mi colchoneta por las noches y cuando los ronquidos de mi padre se alzaban, encendía sigilosamente la luz, apoyaba la almohada contra la pared y leía, sin saber todo este tiempo dónde había estado mi cabeza.

19.

19

El viaje continuaba

EL DECIMOSÉPTIMO *setar* que se había construido con madera de telares o puertas de casas, tenía un sonido muy maduro; tan maduro como el sonido de un *setar* centenario. Pero no sólo faltaba mucho todavía para llegar a aquel *setar* mágico, sino que día a día el proceso se asemejaba más a superar los siete desafíos de Rostam[22]. Si aquella vez mi enfermedad había durado tres meses, esta vez me estuve retorciendo cuatro meses hasta que me liberé de los estornudos, el goteo nasal, la sinusitis y la bronquitis. Lo peor de todo fue que mi alergia se hizo crónica y ya no sólo el polvo de la madera de la baya, sino cualquier polvo u olor provocativos para el olfato, me hacían estornudar a mí y, gotear a mi nariz. Si usaba insecticidas, me moría yo antes que el insecto. Cuando andaba por la calle, si había alguna obra cerca o estaban haciendo algo que levantaba polvo tenía que desviar mi camino. Como si estuviera batallando con un invisible dragón que continuamente aparecía delante de mí, cortaba la ciudad a trozos y los tiraba a la basura.

El viaje continuaba. De cada diez listones de madera de puertas y telares que compraba tenía que tirar nueve, porque o bien tenían fisuras o bien estaban podridos y llenos de agujeros de clavos y polilla. Yo mismo poco a poco me estaba asemejando a los fantasmas. Cuando me iba al taller de carpintería del maestro Ramadán o a los talleres de alfombras de los pueblos, me ponía una máscara blanca de lino. Mientras con una sonrisa sarcástica miraban fijamente a este ridículo fantasma, me preguntaban para qué quería la madera. Y yo, que incluso en la mismísima capital tenía que portar mi *setar* escondiéndolo en una bolsa de basura, respondía: «Me dedico a construir marcos antiguos para fotos».

Había llegado a un punto que sólo me quitaba la máscara para dormir. Mi mujer me decía: «Déjalo. No pasa nada, comemos menos. No vale la pena que arriesgues tu salud». Ella sabía que yo pensaba que si construyera cuarenta *setares*, el cuadragésimo *setar* sería un *setar* mágico. Pero no sabía hasta dónde era yo capaz de llegar para realizar este sueño. Los precios estaban por las nubes. Ya no bastaba ni con el sueldo de ella ni con el mío. Cuando el próximo *setar* salía algo mejor, vendía el anterior para tapar algún agujero de nuestra vida. Al ver que mis *setares* se vendían a un precio tan alto que igualaba nuestros dos sueldos juntos, mi mujer me veía como un hombre dedicado que estaba sacrificando su vida para sacar adelante a su familia. Y a mí no me disgustaba echarle más leña al fuego de esa imagen suya de mí. Y es que es más comprensible desvivir por el pan que desvivir por un sueño. Un día, después de haberme suplicado varias veces que lo dejara, cogí delante de sus ojos el trozo de carne que acababa de comprar en la carnicería: «¡Mira! La semana pasada costaba ciento setenta tomanes y ¡ahora cuesta doscientos setenta!». No mentía. Pero ¿qué se podía hacer? Tenía que hablar en el idioma de la tierra. Creía en el carácter sagrado del número cuarenta, pero sabía que si no me esforzaba, ese «cuarenta» carecería de sentido. Había oído que Stradivarius le había dado dos trozos de madera a una persona que anhelaba ser su alumno: «Mira a ver cuántas diferencias encuentras entre esos dos». El alumno, después de revisarlos un rato, había respondido: «Siete».

—¡Vete! No estás listo para fabricar violines. Cuando hayas encontrado setenta diferencias, vuelve a venir.

Había oído que para extraer la savia de la madera, algunos de los fabricantes iraníes de *setar* cubrían la tapa armónica con estiércol y la dejaban reposar mucho tiempo; algunos otros la tostaban sobre el fuego, y otros la hervían siete veces. Pensé que así no estaba bien; que todo tenía que ser bien calculado. Dejaba reposar láminas de un mismo tipo de madera en diferentes soluciones: una en alcohol, una en vinagre, una en cal, una en…, Luego las pesaba con la báscula para joyería y comparaba los resultados. Tenía un pie en la ciencia y otro en la mitología. Me decía que tenía que sacrificarme para alcanzar el secreto de la fabricación de aquel *setar* mágico, pero que una vez hubiese hecho

mi sueño realidad tenía que dejar de construir *setares* para siempre, aunque me ofrecieran millones. Y ahora, apenas a mitad del camino, el mundo de la mitología me había atrapado en su enroscadura de otra manera. Mi alergia se agudizaba más día a día. Como si el *setar* mágico fuera un tesoro y la alergia, un dragón sentado sobre éste: «¡Vuélvete! ¡Abandona ese sueño imposible!».

¡Aaaacchiiiiisssssss!

Le digo a mi mujer: «Huele a quemado. ¿Tienes algo en la estufa?».

Deja lo que está tejiendo sobre el sillón y apresura hacia la cocina: «¡Ay! Había dejado el pan para que se tostara».

Ésta era la mismísima muerte que advertía: «¡Vuélvete!».

20

Los ojos, las manos y las nalgas

SE ABRE la puerta. Rápidamente tiro el cigarrillo al jardín, exhalo el humo y cierro la ventana. La enfermera iraquí me mira con enfado: «Sabe que está prohibido fumar en el hospital».

La batalla de al-Qadisiyah estaba entrando en su milésimo cuadringentésimo año. No le contesto. Del lado de la ventana voy hacia la cama y me acuesto. Alrededor de las diez de la noche, cuando me había puesto el pantalón y me había ido al patio, la puerta de la entrada funcionaba. Cuando acabé de fumar mi cigarrillo, me puse en marcha para volver, pero me di en la cabeza con el vidrio de la puerta de la entrada. Por más que me moví hacia atrás y delante frente la cámara de seguridad, no sirvió de nada. «¿Será que la han programado de tal manera que nadie pueda entrar a partir de las diez de la noche?». Retrocedí. Sabía que los enfermeros estaban despiertos hasta el amanecer. Miré las ventanas de las habitaciones. En todos los seis pisos del edificio había unas pocas luces encendidas. Por mucho que miraba, no veía pasar a nadie. En una de las habitaciones del cuarto piso, una enfermera con una carpeta en la mano, cruzó la habitación y se detuvo frente a un armario. Por mucho que hice señales con la mano, no sirvió de nada. Era natural que no me viera. Donde estaba yo, estaba muy oscuro. Volví a pararme frente a la puerta. No se oía ningún ruido en el pasillo. Estaba haciendo más frío y yo, que había salido sólo para fumarme un cigarrillo, no llevaba suficiente ropa. El pasillo de la sección administrativa estaba a media luz. Pero salía una línea de luz por debajo de una de las puertas. A la hora de salir había oído algunas risas que procedían de allí. Di unos golpeemos en el vidrio, y pegué mi oído al cristal. Había absoluto silencio. Mis pies desnudos estaban congelados en las zapatillas. Volví a tocar, esta

vez con una pequeña piedra. No se escuchó que se abriera una puerta ni se vio el resplandor repentino de alguna luz que pudiera ser señal de que alguien venía. Me entró miedo. «¿Y si nadie me salva? ¿Y si me resfrío y sufro sinusitis?». Allí era un hospital y yo no tenía el derecho de hacer ruido y despertar a tantos pacientes; sin embargo, empecé a tocar la puerta con fuerza. Más fuerte. Agudicé el oído, no se escuchaba nada. Pensé ir y llamar por teléfono desde la calle. Vi que no me había traído la cartera. ¡Vaya mala suerte! Es que, antes de la operación, mi médico había insistido que el dentista y el médico general certificaran que no había en mi cuerpo infección alguna, porque en el caso contrario no me operarían… me había cuidado tanto estos días. Y ahora… «¿Y si me resfrío justo la noche antes de la operación? ¿Y si la infección alcanza los ojos y me quedo ciego?». Me dio un golpe de locura. Golpeaba fuertemente el vidrio y al mismo tiempo gritaba para que alguien me salvara. Bueno, digamos que a la porra con la operación; ¿acaso podía quedarme en aquel frío temblando como un perro hasta el amanecer? Cuando vi que en aquel lugar reinaba tal caos que no había ni un guardia, por si un loco como yo se encontrara en apuros pudiera salvarle, decidí abrir con el diente el nudo que no se abría con la mano. Había medio centímetro de distancia entre el par de puertas de vidrio. Tan pronto como metí la yema de mis dedos en la abertura y presioné hacia ambos lados, la puerta dio un chasquido y se abrió automáticamente.

Tanta angustia para fumar un cigarrillo… y ahora esta superviviente de los comandantes de la batalla de al-Qadisiyah me estaba diciendo que ¡estaba prohibido fumar en la habitación! «¿Y que la puerta eléctrica del hospital no se abra, qué? ¿No está prohibido?». Eso me dije por dentro. ¿Acaso se podía discutir con ella?

—Tómese esta pastilla.

«¡Me la tomaré! ¿Qué se ha creído? ¿Se cree que por una estúpida batalla arriesgaría la operación de mis ojos?». Eso también me lo dije por dentro. ¿Acaso se podía reñir con ella? Se puso en marcha para irse; en la puerta se dio la vuelta: «A partir de las doce de la noche ¡no debe ni beber agua ni comer nada!». No, ya no era posible callarse. Me dije: deja que en esa batalla milenaria, por el amor de Dios, también demos unas estocadas nosotros. Pregunté:

«¿Y fumar?».

—¡Ni agua, ni comida, ni cigarrillos!

No, en serio; no le habría sido posible encontrar en este país un trabajo mejor que éste. ¿Dónde podía hablar con este tono de autoritarismo sin que nadie pudiera demostrar que estaba actuando contra los principios de la democracia?

—Entonces, ¿puede hacer el favor de darme un somnífero?

Se la llevaban los diablos.

—Está bien.

Se dio la vuelta para irse. Miré las nalgas. Sí, lo había adivinado correctamente. Seguramente era madre de unos cinco hijos que le temían a morir. Estoy seguro de ello. Las nalgas no mienten; la lengua sí; es capaz de engañar. Pero los ojos no. Las manos no. Las nalgas no. Y es igual para hombres o mujeres. Desde hace años me dedico a eso. Primero, miro a los ojos; es la primera oportunidad que se presenta. Para ver las manos hay que buscar otra oportunidad. Por ejemplo, cuando le estás ofreciendo té a alguien en una bandeja, es normal que extienda la mano para cogerlo. Entonces la puedes mirar. Pero las nalgas… para éstas hay que esperar una mejor oportunidad. No es cuestión de echar miradas lujuriosas, sino de ver el documento de identidad; esa parte del cuerpo que es el armario de la existencia; el escondite del alma. No existen dos nalgas iguales, como tampoco hay dos huellas digitales iguales. Imaginen no tener nalgas. Como los hambrientos de África; o los judíos en los campos de concentración Nazi. Todos parecidos, sin ninguna señal distintiva humana. Es sólo en las condiciones normales cuando se perciben las diferencias: nalgas humildes; nalgas orgullosas; nalgas malvadas; nalgas cariñosas; nalgas desvergonzadas; nalgas desgraciadas.

Cuando «F» se dio la vuelta para meter su *setar* a la caja vi aquellas nalgas inocentes y me di cuenta de que nunca debía patear aquel frágil muro de cristal. Ya basta. Ya no puedo más; no puedo ni con la inocencia de otra ni con la destrucción de mí mismo. Estoy condenado a la soledad. ¿Acaso sufría poco cada vez que veía las nalgas de «E»? Se encerraba en la habitación como un ermitaño abstinente y durante horas las frotaba contra el suelo porque sentía que eran demasiado grandes. Sentía que aquélla era no una parte de su cuerpo, sino un malévolo monstruo que le perseguía

constantemente.

21

Fiesta interminable

DESDE el mismo principio de su casamiento con Sophia Loren, Yom'é desapareció. Pero durante todo el tiempo que estuve divagando por los callejones de mi país, el sonido de su cornamusa resonaba en mi oído. Ahora que lo pienso, veo que la imagen que tenía yo del sonido de aquel «*setar* mágico» era un lienzo tejido de diversos colores, cuyo principal color de fondo era ese mismo sonido de la cornamusa de Yom'é, y cuyos otros colores eran una combinación de los sonidos de *Surná, Dozalé, Balaban* y el instrumento de los *Ashiques*, a los que se veía siempre por la ciudad. Hemingway, en sus notas correspondientes al tiempo que residía en París, describe así esta ciudad: «París, una fiesta interminable». El puerto de Mah-Shahr era también, sin exagerar, una fiesta interminable, excepto en el periodo de la conmemoración de Ashura, que era, también, un mundo en sí: un festival colorido de siglos de luto de los pueblos de una nación. Todos los viernes del año había ceremonias de boda. Y a veces hasta varias bodas en una sola noche. Cada pueblo tenía sus músicos y sus rituales específicos. Los *lores* tocaban el *Toshmal*, el *Sumó*, el *Kurná* y el *Dohol* que se acompañaban alternativamente con el baile de pañuelos de las mujeres y el baile de palos de los hombres. Mientras que el baile de las mujeres tenía delicadeza, y el color de los vestidos y el género de los movimientos sabían a montaña y desierto, este otro (el baile de palos de los hombres) tenía una resonancia épica que recordaba las batallas de Rostam, Giv, Gudarz y Afrasyab[23]: un hombre tenía que darle con una vara en la pierna a su adversario, y el adversario, con un palo grueso (tan largo como el mango de una pala), tenía que bloquear el golpe. Luego cambiaban de palo, y el

atacante y el defensor también cambiaban de papel. No se solía pegar en serio, sino más bien como una actuación, pero a veces ocurría que algunos lo aprovecharan para ajustar cuentas personales. Cada uno bailaba unos turnos y luego les tocaba a otros adversarios. Se nos quitaba la respiración cuando llegaba el turno de alguno de los bándalos y gamberros de la ciudad. Entonces veías que la vara que debía bajar suavemente y a modo de juego, de repente se volvía cuchilla; surcaba el aire y le pegaba con toda fuerza en el pie al adversario. La guerra era la misma, sólo que el palo había sustituido el cuchillo. Y luego todos esperaban que se cambiaran los papeles del juego para ver cómo vengaría el otro aquel golpe cuyo dolor se había difundido como una electrocución en el espacio y en la musculatura de la cara del adversario. La boda de los de Bandar Abbas también contaba con el baile de palos; pero era totalmente diferente. Cada bailador tenía dos palos de medio metro. Formaban un círculo de unas cuarenta o cincuenta personas y cada bailador, con movimientos armónicos que recordaban el bailoteo de las olas del mar, golpeaba los palos del de al lado y recibía un golpe del bailador del otro lado. No sólo nadie salía lesionado, sino que estos golpes se mezclaban con los golpes al tambor del músico que estaba en el medio del círculo, que tenía el cabello largo y suelto y era muy alto, y que mientras retorcía el cuerpo al son de los golpes del tambor, a veces se inclinaba hacia atrás, hasta el borde de la caída, para mantener el equilibrio de la tacita que algún bribón había colocado sobre su frente. Era una combinación de la danza sufí de Sama' y heroísmo, no una batalla. O más bien sí era una batalla, pero una batalla contra los fantasmas. El baile más terrenal, sin embargo, era de los gitanos cuando los árabes trasladaban a la novia. Fue allí donde por primera vez en mi vida vi los muslos, los pechos y el vientre desnudos de una mujer y supe que a partir de entonces se había despertado en mí un monstruo. Una mujer viva, de carne y hueso, que hacía recorrer por las venas algo que eran incapaces de provocar las treinta y dos piezas del cuerpo de Sophia Loren, con toda su belleza. Nosotros éramos niños y la bailarina hacía más caso a su castañuela izquierda que a nosotros. Pero válgame dios cuando al lado nuestro había algún hombre que más o menos andaba bien de dinero. Entonces el sonido de las castañuelas llegaba a su auge y la mujer

giraba para que las treinta y dos piezas del cuerpo relucieran bajo la falda abierta; y todos apretaran los dientes. Luego, seguía tocando las castañuelas tras nosotros y se inclinaba hacia atrás hasta que los dos desnudos pechos fervientes se movieran delante de nuestros ojos, y el hombre, con las manos temblorosas cuya piel de los dedos y cuyo pelo desprendían vapores lujuriosos, metiera un billete en el sujetador movedizo de la bailarina.

A lo mejor había sido por ver esas cosas que Yom'é había decidido casarse con Sophia Loren.

Nane Doshanbé dijo: «A lo hecho, pecho».

Mi madre exclamó: «¡Qué dios nos ampare!».

Y ella secó sus lágrimas con el borde del pañuelo: «¿Qué sabía yo? Un día pensé ir a ver si esa mujerzuela de la foto de la pared, llevaba o no bragas. Es que este maldito Yom'é había pegado la foto de su majestad sobre las partes de la señora. Pensé que eso no estaba bien. El primer mandatario del país… tiene un elevado lugar, allí no es su sitio. Bueno, a Dios no le es oculto y a ustedes tampoco se lo voy a ocultar, la verdad es que también me picaba la curiosidad. Quería ver si esa mujerzuela extranjera estaba circuncidada como yo o era hereje como esos cristianos impíos. Cuando saqué las chinchetas, la foto de su majestad se ladeó… y vi… Dios mío…».

Mi madre y Elma se reían. Nane Doshanbé secó sus lágrimas con una esquina del pañuelo.

—Ay Dios, Dios mío, ya decía yo que este niño se volvía más amarillento y huesudo cada día. Me dije, Nane Doshanbé, ¿cómo le quitaste la teta a tu niño? ¡Pues! usa el mismo truco. Le unté pimienta y no sirvió. Pensé que tenía que hacer algo bien hecho. ¡Qué Dios me maldiga! ¿Qué sabía yo…? Había visto la de su maldito padre que parecía una cola de ratón, ¡a Dios tomo como testigo que no miento! Además, ni fuerzas tenía; ¡cómo un lombriz! ¡Qué Dios me maldiga! ¿Qué sabía yo que este niño no ha salido en nada a su maldito padre?. ¡Queda atrás la de un burro! En fin, ¿para qué hacerte el cuento tan largo? Eché un poco de cristales rotos en el agujero. ¡Qué Dios no me perdone…! ¿Qué sabía…? ¡Ay de tu polla destrozada, hijo…!

Elma no hacía preguntas. Echaba miradas de las que siempre echaba cuando alguna pregunta se le clavaba como una espina en la

mente; un amargo brillo cuajaba sobre sus dientes dorados, y allí se enterraba para siempre.

Volví la cabeza del rincón de la pared de la cocina, y pensé en el cadáver que estaba condenado a flotar hasta la eternidad en uno de aquellos enormes y tapados contenedores metálicos de petróleo.

22

Corazón

UNO CAMBIA de ciudad, cambia de país, pero no de pesadillas. Y da igual a qué tren te hayas subido y en qué estación del mundo te hayas bajado; ésta es la única guardarropa que siempre que la abres está repleta de la misma pesadilla. Como la bufanda de medio metro de Helena: no paras de mover las agujas, tejer los puntos, uno derecho, uno revés, y luego te das cuenta de que siempre estás tejiendo la misma bufanda.

Finalmente, ocurrió lo imposible. Mi padre, con el mismo tono autoritario de siempre dijo: «Carga esa alfombra en el hombro y vente».

¿A dónde? ¿Qué alfombra? ¿Cuál hombro? Aquella mañana neblinosa en la que había abierto los ojos y no sabía por qué toda la mobiliaria de la casa estaba tirada aquí y allá en el patio, sólo pude frotarme los ojos somnolientos y preguntar confuso: «¿Adónde?».

Mi padre, llevando una colchoneta en la espalda, respondió: «A F2, junto a la casa del señor Salarí». Y se puso en marcha.

No entendía nada. Todavía tambaleaba. Mi madre, mientras se colocaba bien el chador, me apretó suavemente el brazo: «Vamos hijo, que si no se pone de mal humor, eh». Y mientras levantaba una palangana llena de vasija de cristal y diferentes cacerolas, dijo: «Nos estamos mudando».

Cogí algunas cosas y me puse en marcha. Me alegraba que nos fuéramos de aquel barrio y que ya no tuviera que dar toda una vuelta para evitar cruzarme con Asié.

F2 era un *lañe* unas calles más allá, cerca de la plazoleta; sobre una calle a cuyo costado empezaba otro barrio con casas grandes de una arquitectura distinta, que como las casas inglesas bien construidas, tenían una puerta con un bonito porche que daba a la

calle y otra puerta que daba al patio trasero. A estas casas, construidas específicamente para los técnicos, se las llamaba «Siberenyí».

El orden jerárquico de las clases sociales no se había restregado en la cara mediante la arquitectura de la ciudad en ninguna parte del mundo como en esta ciudad. A los bordes que daban al desierto y a los enormes tubos de petróleo, existían casas en forma de un medio cilindro horizontal a las que daban el nombre de «Tunilí» donde vivían los trabajadores que se dedicaban a trabajos mal valorados: los barrenderos y los obreros cuyo trabajo era abrir los tubos de aguas negras; como el padre de Allou, que un día murió por asfixia provocada por gases tóxicos en una de esas fosas sépticas, y así Allou, bajo cuyos párpados y piel de la cara había siempre un llanto cuajado, porque le avergonzaba el trabajo del padre, lanzó un respiro de alivio. Justo en el medio de la ciudad, una línea que iba del este al oeste separaba las casas de los barrios obreros de las casas de los barrios de los funcionarios que se parecían a algunos barrios de Londres y frente a ellas había grandes jardines con el suelo cubierto de césped y llenos de flores, con un seto de boj y un columpio de hierro en medio del jardín, y muebles totalmente ingleses. Fue en una de esas mismas casas donde vi por primera vez un somier de muelles y un colchón. Fue allí donde supe que existía algo llamado aire acondicionado capaz de convertir el clima de cincuenta grados del verano en la frescura del clima de un amanecer primaveral, y que allí nadie tenía que tender su colchoneta en el patio y tener pesadillas, y luego toda la vida sentir que oía voces procedentes del ombligo y de las orejas derecha e izquierda, anudándose allí en el medio para convertirse en un grito que parecía salir de una garganta cortada:

ccccccccccccccccccoooooooooooooooggggggggggggggggaaaaaaaaaazzzzzzzzóoooooooooonnnnnnnnnnnnnnnnn.

Era media noche cuando escuché ese sonido. Cuando abrí los ojos, el hilo de luz que salía de la habitación e iluminaba el patio dirigió mi mirada hacia atrás. Me di la vuelta; la luz de la habitación estaba encendida, pero dios mío… volví la cabez>a rápidamente. Miré hacia mi izquierda, a mis hermanas y hermanos que dormían al otro lado del patio, sumergidos en la blancura de las

sábanas y en la oscuridad. Volví de nuevo hacia la habitación…

—Corarán… corarán…

Incluso ahora me da miedo, y más entonces que tenía sólo cinco años. Ahora, si viera la misma escena, también volvería la cabeza rápidamente y cerraría los ojos, no vaya a ser que mi padre se dé cuenta de que estoy despierto.

—Corarán… corarán…

Apretaba los párpados y escuchaba los gemidos de mi madre que había caído sobre el piso y mi padre con aquella alta estatura y corpulento cuerpo se había puesto sobre su frágil y delicado cuerpo. «¿Por qué como un buitre, por qué se ha puesto sobre el pecho de mamá, por qué quiere sacarle el corazón como un buitre, por qué?».

—Corazón… corazón…

Había sólo dos pasos hasta el cuchillo que sabía estaba en un rincón de la cocina; junto a la estufa. Sólo había dos pasos hasta el cuchillo de la cocina que era afilado, cuando mi padre lo deslizaba sobre el cuello de la gallina… que era afilado, cuando lo coja… que era afilado, si lo cojo… que era afilado, si lo meto… que era afilado, si lo meto entre las costillas… pero sólo el temblor del miedo… el afilado temblor del miedo…

Mi padre se levantó; el chasquido de las rodillas. El sonido de levantarse. El sonido de los pasos… cerca… más cerca… ahora a mi lado…

Ahora, por los párpados cerrados, entrecerrados, la silueta de mi padre pasa de la oscuridad del patio; pasa al lado del miedo, al lado de mi temblor. Del rincón del patio, el tintineo de un trozo de hierro que se restriega por el suelo. El sonido de una pala que se mete en el suelo. Me medio levanto lentamente. Justo allí en frente de la puerta del patio hay un fantasma sentado que me da la espalda. Justo allí donde he enterrado algún día un pedazo de mi existencia. Cava, cava, cava el suelo de tierra. Me medio levanto. Entierra allí el corazón de mi madre.

El sonido de tierra que cae.
El sonido de tierra que cae.
El sonido de tierra que cae.
El sonido de golpear la pala sobre la tierra.
Ningún sonido desde la habitación.

23

Observaba fijamente la madrugada, solamente

«F». SE parecía a «E». No, no era tan parecida. Aquellos pómulos altos y aquellos labios inocentes y lujuriosos son irrepetibles. Por eso, era como acostarse con la propia hija cuando empezaba el diálogo entre los cuerpos. Por eso, se hacían compañía los dos sentimientos de pecado y placer para desgastarme por dentro; para que lleven ese amor imposible al borde del abismo. Y cuando toda una ciudad se unió para separarnos, acepté caer de cabeza en medio de sangre y oscuridad.

Dije: «¿Ves? No sirve de nada».

Dijo: «¿Qué crees que podamos hacer?».

Dije: «¡No te malgastes! Mañana cuando seas una mujer cuarentona…».

Puso la mano sobre mi boca. No quería oír más. Luego bajó la cabeza para ocultar la lágrima que estaba a punto de derramarse. Luego jadeó. Como ahora jadea «F»; no es hipo; es como un… déjalo.

Es todo repetición. Como si el que está allí arriba o, yo qué sé, aquí abajo, haya programado mis genes para que, aunque viva tantos años como Noé, todo se repita siempre, como hasta ahora.

«E» decía que había en mi voz un tono cariñoso y paternal que atraía a los que estaban heridos. Puede ser. Pero ¿y Parvín? En aquel entonces no tenía un tono paternal; ¡tenía sólo trece años!

Cuando nos mudamos al lañe F2, todas las mujeres y niñas vecinas eran nuevas para mí. Especialmente Dey Mammad, una mujer alta y robusta. Nosotros vivíamos en la esquina y ella justo al frente de nosotros; al otro lado de la calle en las casas siberenyí. Al caer la tarde, se sentaba en el balcón de la casa como una noble. No hablaba; miraba fijamente al frente y observaba el movimiento de

las personas y los objetos; miraba como si al dejar de mirar el mundo parara de girar. Toda la ciudad conocía por su nombre la plazoleta que estaba al lado de su casa: la plazoleta de Dey Mammad; una mujer que cuando el ejército había atacado a los trabajadores huelguistas de la Compañía de Petróleos había ido hacia delante y había desgarrado el cuello de la blusa para que todo un ejército viera algo que nadie debería ver. «¡Disparad si tenéis agallas!».

Por las tardes, nuestra casa estaba al sol y el balcón de la casa de Dey Mammad, a la sombra (como todas las casas del frente). La plataforma de cemento del frente del balcón tenía una cómoda altura; se podía sentar y cruzar las piernas; como si fuera un sillón de cemento. Y como estaba en la esquina y cerca de la plazoleta, tenía ventilación. De vez en cuando soplaba una brisa, un gran alivio en aquel calor. Pero más importante que todo eso era que a Dey Mammad no le molestaba el ruido. Los demás se quejaban cuando los niños iban delante de sus balcones.

Una tarde de los últimos días de la primavera, estaba sentado a ese lado del balcón, leyendo un libro, cuando llegaron. Eran tres. Se sentaron al otro lado. Algo como una corriente eléctrica corrió por mis venas. Era la primera vez que veía a una chica desde una distancia tan corta. Es que el otro barrio no tenía balcones; sólo tenías la posibilidad de pasar al lado de una chica. Era sólo un momento. Y una sola mirada. Y todo acababa al pasar.

Parvín se sentó justo al frente y las dos otras chicas a sus ambos lados. Echaban unas piedrecillas en el suelo, luego tiraban una piedra al aire y antes de que la volvieran a atrapar tenían que haber cogido otra piedra del suelo; una suerte de maniobra juglaresca. Parvín estaba a unos cuatro o cinco metros de distancia de mí. Había llegado a un punto muy interesante en el libro. El detective Mike Hammer estaba descodificando una frase escrita sobre un trozo de papel: «Etse on se le nalp ed im epacse». No sé cuándo y cómo levanté la cabeza del libro; y me quedé viendo su juego atónitamente (¡Al diablo con el detective Mike Hammer!). ¡Qué ágil era! Antes de atrapar la piedrecilla en el aire, cogía sutilmente y con un solo movimiento todas las cinco piedras del suelo. Cualquier descripción de su rostro carecería de sentido. Su cara era como la madrugada, si la madrugada fuera una mujer, y brillaba entre todas

aquellas caras sureñas quemadas por el sol. Yo miraba sin ninguna expectativa. No, no miraba. Observaba fijamente la madrugada, solamente. El chillido de Asié me había enseñado que aunque me pusiera a probar todas las palabras una por una hasta la madrugada del día del juicio final, no hallaría palabra que sirviera para romper el candado. Ahora bien, si al hablar con la señora Ebadí, aunque habláramos hasta la madrugada del día del juicio final, habría siempre qué decir, era por la mismísima señora Ebadí. La presencia de esa mujer de treinta y cinco años en esa ciudad, y justo en nuestra vecindad, era un inesperado malentendido. Su casa estaba justo detrás de la nuestra. No era Armenia, pero como Helena, que sí lo era, no llevaba velo (normalmente vestía blusa y falda) y como Helena era de las pocas mujeres alfabetizadas de los barrios obreros. Tenía ojos azules y cortaba bellamente su cabello claro. Tenía una piel deslumbrante por su limpieza y suavidad. Como si fuera una de las mujeres de los barrios de los funcionarios a la que habían desterrado al barrio obrero. Ahora, al caer la tarde, en el lugar de Elma y Nane Doshanbé, era ella quien venía a la puerta de nuestra casa; más bien por mi hermana que, aunque no era tan mayor, igual que yo, estaba en el sexto de primaria y entre tantas mujeres analfabetas, sí estaba algo alfabetizada. Pero era conmigo con quien más hablaba. Y cada vez que venía, pedía un libro prestado y luego, al devolverlo, discutíamos sus aventuras. Al anochecer, mi padre volvía de trabajar, la señora Ebadí se iba y allí me quedaba yo con el recuerdo de un par de piernas esplendorosas y unos labios abiertos siempre en una afectuosa sonrisa. Era extraño que a mi padre, con toda su religiosidad, no le cayera mal. No sólo no fruncía el ceño, sino que incluso le saludaba cálidamente y luego mandaba recuerdos al señor Ebadí. La señora Ebadí que sabía que mi padre estaba en contra de la radio, por las noches subía el volumen de su radio de tal modo para que yo, que dormía en el patio de nuestra casa, escuchara el cuento de la noche. Al finalizar la nana que cantaba Viguén, cuando todos se quedaban dormidos, yo pensaba en una sola cosa: «Dios mío, ¿cómo se llamará ese líquido que anestesia? ¿Dónde se podría conseguir?».

No, no había palabra. Observaba fijamente la madrugada, solamente. Y ella jugaba continuamente. Bastaba con no coger la piedra a tiempo para que perdiera y le tocara a la siguiente persona.

No sé si ya se había cansado o por qué otra razón tiró la piedra hacia arriba, pero en vez de llevar la mano hacia las piedras que estaban en el suelo, levantó la mano y, mientras me miraba fijamente, empezó a agitarla en el aire.

Se detuvo.

Se me detuvo el corazón.

Y se detuvo también la piedra que se había tirado al aire.

Y ahora hace treinta y siete años que aquella piedra sigue detenida en el aire.

24

Rojo como dos gotas de sangre

ME SENTÍ avergonzado. Cuchillo en mano, mi mano temblaba en el bolsillo. Miré la sombra de la anciana. Miré a los perros que ahora, mirándome fijamente, estaban de pie, frotando sus lenguas contra el aire con una enloquecedora velocidad. Miré a la anciana. No era una sombra. Era una sombra, pero la sombra de Nane Doshanbé.

Dije: «Soy el hijo de doña Sadigué».

Dijo: «Sé para qué has venido».

Temblé. Metió la mano y sacó del invisible pliegue de la blusa un manojo de llaves: «Entra». No había más remedio que obedecer. Conocía el mundo invisible de esas ancianas. Aun frágiles eran monarcas de un reino invisible. Como mi propia Nane Habibé. La madre de mi madre: medía una palma de mano. Nada de carne, era sólo unos ciento cincuenta gramos de huesos y un puñado de piel. Era tan pequeñita esa mujer que la podías meter en el bolsillo y llevártela al colegio. Sin embargo, esa anciana hacía cosas que ningún mago podría hacer. Yo pensaba que aquello era otro de los trucos de aquellas ancianas viudas para conseguir un trozo de pan y un sitio para dormir. La parte que recibían de la herencia era tan escasa que, después del fallecimiento del marido, no les quedaba un techo bajo el que pasar el resto de su vida. Inevitablemente, pasaban unos días en casa de ese hijo, otros días en casa de aquella hija; bajo el chador desgastado, llevaban consigo la humillación y la soledad de una casa a otra, hasta el día en que Dios respondiera a sus plegarias y les mandara al ángel de la muerte. En la casa del hijo rendían cuentas a la nuera; y en la casa de la hija, alyerno. En cada casa que pisaban, rezaban desesperadamente que alguien pidiera un vaso de agua; y entonces, aunque les dolía todo el

cuerpo, se levantaban como una niña de catorce años para demostrar que su presencia era útil en la casa. Su vida consistía en tragarse el dolor; luego, al morirse, eran una piel extendida sobre unos huesos; un saco arrugado de vergüenza y humillación.

Le decía: «Nane, ¿a que no puedes leer eso de aquí?».

Ella leía: «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso».

Le decía: «Bueno, claro, todos los suras comienzan así». Y movía el dedo sobre las mágicas palabras del libro, y me detenía en un punto: «¿A que no puedes leer eso de aquí?».

Leía: «*Juro por la época que, en verdad el ser humano va hacia su perdición*». Todo mi ser empezaba a temblar. Luego, metía el dedo entre las páginas del libro y abría otra página: «¿Aquí?».

Ponía su dedo donde estaba el mío y lo empezaba a mover. Como si no fueron sus ojos sino la yema de su dedo índice que convertía en imágenes las palabras escritas:

"الرجال قومون على النساء بما فضل‌الله بعضهم على
بعض و بما انفقوا من اموالهم فاصلحت قنتت حفظت
اللغيب بما حفظ الله والتى تخافون نشوزهن فعظوهن
و اهجروهن فى المضاجع و اضربوهن فان اطعنكم
فلا تبغوا عليهن سبيلا ان الله كان عليا كبيرا". *

[24]

El que alguien sacara un pájaro del sombrero no era tan raro como lo que ella hacía. ¿Será que mentía? Sacaba mi libreta de los deberes y escribía en una página: «No lo entiendo; Nane Habibé es analfabeta pero lee el Corán línea por línea». Se la ponía delante: «Lee eso».

Me miraba por encima de sus gafas de montura de cuerno y como una niña de cinco años respondía avergonzada: «Lo siento hijo, es que no sé leer».

Ahora Nane Doshanbé decía: «Sé para qué has venido». Volví y miré los perros que ahora se habían sentado en la sombra del muro y frotaban rápidamente sus lenguas contra las partículas de aire. Abrió la puerta: «Adelante».

El cacareo de las gallinas junto con el olor a adobe y estiércol nos dieron la bienvenida. Desde la oscuridad de la entrada, un

grupo de gallos y gallinas empezaron a andar delante de nosotros hacia el sol que se había tendido en el medio del patio; sus movimientos diagonales hacia dos lados (un grupo hacia la derecha, otro, hacia la izquierda) eran como la apertura de un portal invisible. Pisamos el sol que se había tendido sobre la tierra del patio. Los gallos y las gallinas, lentamente volvieron por los dos lados, cerrando el portal. Al frente de la sala de estar, Nane Doshanbé dijo: «Adelante, siéntate, voy a traerte sandía».

Un sol diagonal dibujaba una línea amarilla desde la alfombra rosácea del suelo hasta el nicho que estaba lleno de diferentes fotos de Yom'é, y se reflejaba en la mitad izquierda de uno de los marcos; como si la mitad derecha de la cara hubiese estallado. Me quedé absorto viendo las fotos: Yom'é a los dieciséis años, Yom'é a los veinte, Yom'é a los veinticinco, Yom'é a los treinta…, Tenía que estirar el cuello e inclinarme hacia la derecha para que el reflejo del sol no hiciera estallar su cara para ver a Yom'é a sus cuarenta años.

Una sandía, jadeante, rodaba en una bandeja en las manos de Nane Doshanbé y se acercaba. Cuando bajó las manos, le miré el rostro. Estaba muy deteriorada. La bandeja aterrizó sobre la alfombra y la mirada de Nane Doshanbé, que no se sabía bien si me miraba a mí o a dónde, se perdió en la habitación. Aquella sonrisa cariñosa que se había extendido por su cara hablaba de que había estado mirándome a mí. Me acordé del día que estaban sentadas frente a la puerta del patio. Decía: «Bueno, pues lo cortan».

Mi madre preguntaba: «Pero ¿qué es lo que cortan?».

—La virilidad de la chica.

En el marco de la puerta del patio mi madre se movió como si le fuera a salir el alma del cuerpo: «¿El chichi…?».

Elma llevó la mano hacia los labios para ocultar el brillo de los dientes y la vergüenza que se había expandido por las pequeñas arrugas de su rostro. Sin parar de reír silenciosamente se dobló tanto hacia el suelo que toda la vergüenza se escondió en el cuello de su blusa.

Nane Doshanbé respondió: «¡Pues sí!».

Y mi madre llevó los dedos, plegados por el asombro, hacia los labios: «¿Pero por qué?».

—Bueno, si no les cortan la virilidad a las chicas no se convierten en mujeres. Igual que si no cortan la feminidad de los

chicos no se hacen hombres.

Incrementó el asombro de mi madre y de repente un gallo chilló desde su garganta: «¿la feminidad de hombre?».

—Pues esa piel que está en la cabeza del bálano es la feminidad; ¡tiene un agujero!

Nane Doshanbé cogió el cuchillo:

—¿La cortas o lo hago yo?

Espantado, quité la mirada de las fotos. Dije: «Nane Doshanbé, ¿ése es Yom'é?».

Suspiró y dijo: «sí».

—¿Dónde está ahora? ¿Qué hace?

Había metido el cuchillo en la sandía. Su mano y el cuchillo dibujaban un medio círculo que ahora temblaba y se torcía: «Hijo, ¡no metas el dedo en la yaga que sangra!».

Puso sus dedos en la raja, las dos mitades se separaron; rojas como dos gotas de sangre.

Me dio un vuelco el corazón; dije: «¿ha pasado algo?».

Secó sus lágrimas con la esquinita del pañuelo, dijo: «¿Quieres la puerta? ¡Llévatela! Es madera de baya, de cien años; pero no me preguntes nada».

25

El loco y la torre de Montparnasse

EL DEMONIO que cortó en círculo el pedazo de la tierra donde Rostam estaba durmiendo, cuando lo levantó en el aire, por lo menos le preguntó: «¿A dónde te arrojo? ¿Al mar o a la montaña?» y Rostam, que sabía que si decía al mar le arrojaría a la montaña, respondió: «A la montaña». En tiempos de desilusión, te arrojan, pero sin preguntar.

Miré los mosaicos blancos y el suelo de hormigón. Si en vez de trescientos francos por noche hubiese pagado cuatrocientos cincuenta, me habrían acomodado en una habitación también provista de ducha. Pero aquí, en este gran recinto que era el baño público de la sección, nada se parecía a un cuarto de ducha o una bañera. En la esquina había un destartalado y mojado taburete, pero no había ni un gancho para colgar la toalla. Además, ¿cuál toalla? A las siete y media, una enfermera había abierto la puerta de la habitación y se había detenido junto a mí como Shimr ibn Zil Jawshan (era portuguesa):

—Dúchese rápidamente, a las ocho hemos de ir al quirófano.

Se me había olvidado traerme una toalla de casa. Se lo dije. Apuntó a la sábana blanca y medianamente gruesa que se había traído y había puesto junto a la bata del quirófano: «Séquese con esto mismo, luego traigo otra. Es para el quirófano, le van a tapar con ella a la hora de llevarlo».

Miré el taburete mojado. «Su… madre…». Al no tener otro remedio, puse la sábana sobre el radiador; aunque sabía que no estaba muy limpio. Y ahora, con este suelo mojado de hormigón, con aquella rejilla metálica que era la coladera, con esta toalla que no era una toalla y se parecía a una mortaja, con ese jabón que era un líquido baboso de un terrorífico color marrón… allí parecía más

un matadero que un baño. Y especialmente porque nada más entrar al hospital me habían puesto un escrito delante y me habían pedido que lo firmara:

—Existe la posibilidad de que el ojo se inflame y haya que volverlo a operar más adelante.

—Existe la posibilidad de que la intervención quirúrgica no sea exitosa y que pierda la visión actual para siempre.

—Existe la posibilidad de que…

Al pisar tierra parisina me había despedido de los sueños. Me decía: incluso en el propio *Mantiq at-Tayr*, cuando los pájaros comienzan su viaje con la ilusión de encontrarse con el ave Fénix, en cada etapa hay pájaros que se rinden y no pueden continuar. Me decía: imagina que tú eres uno de aquellos pájaros; cuando no tienes fuerzas, cuando no has tenido fuerzas desde el principio…

¿Hasta cuándo sonarse? ¿Hasta cuándo abandonar los senos paranasales en manos de los virus en una batalla desigual? Con cada brisa fresca, sentía un dolor punzante en los senos paranasales. Digamos que, en casa, uno se podía meter en una habitación y cerrar la ventanilla del aire acondicionado para no hacer sufrir a la mujer y a los hijos. Pero en otros sitios a los que se debía ir, ¿acaso se podía decir al dueño del sitio que por favor apagara el aire acondicionado? (mi padre decía: apaguen la radio, sin decir por favor). No era problema suyo que con cada brisa fresca alguien cogiera un formón y raspara mi cráneo. Abandoné el sueño. Me dije, piensa que eres uno de aquellos pájaros; incapaz de continuar.

Al pisar París, apenas llegar, unos seis alumnos se habían apuntado para tomar clases. Y yo que había emprendido el viaje con apenas cuatro mil francos, al ver que el primer día me dieron tres mil francos en la mano para la cuota de un mes de los alumnos, me sentí un rey, tanto que invité a mi anfitrión a una cena real en uno de los restaurantes del barrio latino. Cuando trajeron la cuenta me di cuenta de que todo el sueldo mensual de este rey no era suficiente ni siquiera para pagar un mes de alquiler de un piso de treinta metros. Irremediablemente, llamé a Irán y le pedí a mi mujer que por favor me mandara las maderas.

Me respondió: «No juegues con tu salud. Mientras vendo la casa para conseguir algo de dinero, dime cuánto te hace falta para pedirlo prestado».

Le dije: «No, corazón, no te estés cansando. Aquí hay médicos, todos como Mesías; me soplaron y ya estoy perfectamente bien».

Y no decía bobadas. Aquí no era Irán, tampoco estaban hechos en Yugoslavia sus antibióticos. Me curaba en una sola semana. Y luego me daban tales pastillas para la alergia que el agua se lo pensaba dos veces antes de gotear por la nariz: a medio camino lo agarraban de la camisa y le decían: «¡Oye, hijo de puta! ¡Deja en paz a este pobre místico científico!» y el agua retrocedía con los brazos cruzados y decía: «¿Quién soy yo para ofender la ciencia?». Fabricaba *setar* es rápidamente y los vendía a los alumnos. Cada uno mejor que el anterior. Fue así que al acercarme al cuadragésimo *setar*, se volvió a encender aquel sueño y con ello, el mismo diablo que les había visitado muy oportunamente al Sheyj San'an y Barsisa, de repente le cerró el camino a nuestro místico científico:

«Idiota, ¿pero por qué te has puesto esta condición? Cuando hayas fabricado aquel *setar* mágico, apenas habrás conseguido ser todo un maestro; ahora digamos que el número cuarenta sea sagrado, ¿y qué? ¿Por qué te has prometido dejar de fabricar *setar* es después del cuadragésimo *setar*?».

—Es que cualquier cosa tiene un precio. Los místicos también sacrificaban el yo para alcanzar la unión.

—¡¿Cuál unión, imbécil?! ¡Aquel cuadragésimo *setar* es la unión misma! ¡Una vez lo hayas fabricado, nadie te lo puede quitar!

—Es que la técnica no lo es todo. Si no aceptas hacer una ofrenda no te dan aquel *setar*. ¡Aunque construyas mil *setares*, no alcanzarás el *setar* mágico!

—Bueno, tú di que no construyes más; ¡luego incumple!

—Pero es que una oración dudosa no logra acercamiento…

Había llegado a aquella curva peligrosa a causa de la cual habían escrito tantos libros y versos en estos mil años. Me envolvió el miedo, ¿y si por esta incertidumbre el viento se lleva el sueño?; ¿y si no alcanzo aquel *setar* mágico?. ¿Y si el cuadragésimo *setar* es mediocre como estos que ahora rápidamente fabrico y vendo a los alumnos?

Untaba al cuerpo el apestoso líquido marrón y sentía que era cedro y alcanfor. Es que allí todo olía a muerte. Todos los pacientes de esta sección eran hombres y mujeres mayores de setenta años. Al

venir me había encontrado con un par de estos muertos vivientes con una venda redonda en un ojo. Me pregunté: ¿qué hago aquí? ¿Cincuenta años y cataratas?

Miré el mojado suelo de hormigón: «¿Y si me he resfriado anoche, cuando me quedé detrás de la puerta sin poder entrar? ¿Y si se me infecta el ojo y se jode la poca visión que me queda? ¿Y si mañana mismo un loco hace impactar un avión contra la torre de Montparnasse, y el doctor Pantier, como venganza, gira el bisturí en la cuenca del ojo, como se gira un formón en el tronco de la baya?».

26

Como la caída de una moneda en el agua

PARA mí la revolución ocurrió no en mil novecientos setenta y nueve, sino en mil novecientos cincuenta y siete; aquella noche cuando mi padre lloraba hasta el amanecer:

الفوت، الفوت، خلصنا من النار يارب [25]

Después de aquello cada vez que iba a la casa de algún familiar, lo primero que decía era: «¡Apaguen esta radio!».

Cuando la señora Ebadí supo que teníamos prohibido escuchar la radio mostró una sonrisa cuyo significado no comprendí. Pero había en esa sonrisa un tintineo de esperanza. A partir de entonces, cuando se terminaba la nana de Viguen, dejaba que la radio siguiera encendida varias horas más. Los techos de las casas eran de doble capa: una capa exterior con una pendiente de cuarenta y cinco grados, la cual era el tejado, y una capa interior totalmente plana, cubierta de una gruesa capa de polvo. En invierno, este techo de doble capa se convertía en el refugio de los gatos que a veces maullaban toda la noche. El espacio entre las dos capas del techo, que daba al patio de las casas, era de unos sesenta centímetros. Los gatos, daban un salto de la pared, pasaban por el espacio entre las dos capas y, si les daba la gana, aterrizaban en el patio de la casas de atrás. Oh, queridos gatos… Ojalá pudiera yo pasar de un salto entre las dos capas del techo… y sentarme a mirar; acercarme más; acostarme entre los brazos; poner la cabeza sobre los pechos… sumergirme en el abrazo afectuoso.

La señora Ebadí no era una mujer. Era la dueña de mi lengua y la aguja de mi reloj. Mis días y noches eran diferentes a los de

todos; a veces duraban veintiuna horas, a veces veintidós, y a veces veintitrés y media. Eso dependía del tiempo que la señora Ebadí se paraba delante de la puerta. Ella era el ama de la llave que abría el candado de mi lengua. No era toda habla como Nane Doshanbé ni tampoco todo oído como Elma. Bastaba con que aquel alegre rostro cariñoso pronunciara un par de frases y se pusiera a escuchar para que te desplazaras de un salto de este extremo del día a su otro extremo. Cuando dijo: «¿Puedo pedirle prestado *La Pluma* de nuevo?», oí de repente un sonido en la profundidad de mi ser; algo como el sonido de la caída de una moneda en el agua. No hacía ni dos días que me había devuelto ese libro tan romántico. ¿Qué habría pasado para que quisiera volver a pedirlo prestado? ¿Sería aquello un mensaje transmitido en un halo implícito?

Puede que ningún amor sea posible sin expectativas de una próxima unión. Pero no hay nada más ambiguo que los sentimientos de un niño que acaba de llegar a la pubertad, pero no sabe todavía lo que es el amor. La señora Ebadí era veinte años mayor que yo. Además, estaba casada. Y era además suficientemente decente como para no darles pie a los mirones. A pesar de toda su ternura, siempre mantenía la distancia; trataba de «usted» a un niño de trece años. Así que era sólo mi cuerpo que iba tras ella. Cuando el sonido de la radio pasaba entre las dos capas del techo y resonaba en nuestro patio como si la radio estuviera en nuestra casa, yo pensaba en una sola cosa: en la droga de la anestesia. No quería perder para siempre a la dueña de mis horas. Deseaba abrazarla sin que supiera que había sido abrazada. Deseaba que pasara algo sin que ella supiera que había pasado. Deseaba…

Dijo: «Lo quiero para alguien». Y mientras sonreía, bajó la mirada como queriendo decir: no me preguntes.

Otra moneda cayó en la fuente. Un sonido que sobrepasaba la tolerancia del alma. Un muerto se levantaba de la tumba.

Dije: «¿Para quién?».

Mi madre estaba en la puerta y mi hermana al otro lado; escuchaban nuestra conversación. Mis otros hermanos y hermanas estaban un poco más allá; absortos en los juegos y las bromas.

Dijo: «Para Parvín».

¿Decía la verdad? ¿O me engañaba?

En aquellas dos semanas que habían transcurrido desde que una

piedra se había detenido en el aire, Parvín era una constante presencia ausente. Un fantasma errante que venía y se paseaba por las venas. Cuando se iba, como el rastro de la neblina, dejaba atrás un desconocido aroma para que yo me preguntara interminablemente qué estaba pasando. Sentía su presencia, pero no su ausencia. Como si un fantasma viniera y cambiara de sitio los objetos de la casa.

Dijo: «¿No le importaría, verdad?».

¿Tú qué opinas, querida «F»? ¿Me importaría? ¿Hay algún problema en que libere como un muelle ese deseo indomable que se ha retenido en los músculos, para que se rompa esa frágil pared de cristal que hay entre nosotros, y te coja en mis brazos? No, no me mires así. Cuando bajas la cabeza… antes de que bajes la cabeza… no, no mires así de reojo… no, así cuando bajas… así de reojo… no te rías así. ¡Sí hay un problema, querida! No debo seguir dando vueltas en un círculo que gira circularmente dentro de un círculo que infinitamente gira circularmente alrededor de un círculo… no, no me mires así. No debo patear este muro de cristal.

27.

27

Un trozo de tul blanco

¿PERO cuánta madera se podía conseguir de una puerta o telar viejos? Cuando raspabas todo lo podrido y eliminabas los trozos donde había agujeros (como marcas de bisagras, cerraduras o de picaportes), de una puerta tan grande no conseguías madera suficiente ni siquiera para un par de *setares*. Así que me la pasaba yendo de un extremo de la tierra al otro extremo. Cuando llamó mi hermano para decir que muy cerca de ellos había una puerta antigua, fui enseguida. Mi hermano vivía en Yolfá; el barrio armenio de Ispahán. Pensé: ellos no creen en esas tonterías. Si allí es una mina de maderas antiguas de baya… ¡vaya fácil tesoro! Cogí el coche y fui hacia allá. ¿Cómo podría saber que la casa de la que hablaba mi hermano pertenecía a *madame* Helena?

Estaba al volante y había una voz que resonaba en mi cabeza. Miraba las montañas y los desiertos de ambos lados de la carretera y la resonancia de esa voz mágica se alzaba. Cómo iba a saber qué años después, de estos desiertos que ahora veía, sólo podría escuchar, a través de la línea del teléfono, su misterioso silencio como fondo para la voz rota del señor Motamedí, y sentir que algo se derrumbaba: una bella roca erguida hasta el cielo a la que un terremoto estaba convirtiendo en un puñado de polvo que caía al suelo; «Mi hija… cualquiera te puede quitar la vida, o la riqueza; cualquiera puede quitarte hasta a tu mujer. Pero una hija de tu sangre… ni siquiera Dios puede quitarte su parentesco contigo».

Helena, al ponerme delante la taza de café, dijo: «Ojalá nunca hubiese pisado aquella ruina de barrio. Total, ¿cuántos armenios había allí? Los dos o tres armenios que eran funcionarios no nos consideraban uno de ellos. Y la mujer de Hakopian, el que vendía

licores, tenía que estar detrás del mostrador día y noche para ayudar a su marido. No me quedaba de otra que sentarme a tejer la bufanda todo el día. Y luego, cuando Bugus volvía de trabajar, se sentaba a jugar *backgammon* consigo mismo».

—¿No jugaba con usted?

—Al principio sí. Pero yo no tengo talento para el *backgammon*. Es decir, no me gusta, la verdad. Siempre perdía y él se aburría. Decidió jugar sólo. Y los armenios, ya sabe… cuando el marido vuelve de trabajar han de sentarse a tomar aguardiente y jugar *backgammon*; y la mujer ha de servirles. Una noche me dijo: ¡Helena!, dije: ¿Sí? dijo: Estoy perdiendo todo el tiempo. Estaba confusa, dije: ¿contra quién? Dijo: contra mí mismo. Me dio miedo. Tenía los ojos raros. Luego, fui, metí la cabeza en el armario y lloré. Mi vestido de novia se había manchado porque metía la cabeza entre la ropa todos los días y lloraba. Luego dijo: Helena, todo fue culpa mía. Dije: dejémoslos, ya lo he asumido. Dijo: Entonces, ¿por qué vas siempre al armario y lloras, Helena? Bugus me daba pena. Sabía que él estaba sufriendo más que yo. Pero ¿qué se podía hacer?

Miré el chalet que estaba sobre el tablero encima de la estufa: una casa de madera con tejado y un patio cubierto de césped con verjas a lo alrededor: uno de esos artículos de regalo. Era tan triste como la vida de Helena. Más allá, sobre la pared, estaba la foto de Bugus en un marco de madera con bajorrelieves: el mismo rostro redondo y rechoncho; con los ojos perdidos en algún lugar.

Pregunté: «¿Qué hace él ahora?». Y me acordé de aquellos tiempos cuando volvía de trabajar y de cómo balanceaba su fiambrera de tres piezas en su mano derecha. Cómo me gustaba la forma de esas fiambreras: tres cuencos uniformes que se montaban el uno sobre el otro y un mango provisto de una pinza que juntaba las tres. Para mí, este recipiente era una suerte de medidor de tiempo.

Por las mañanas, cuando todos se ponían sus «biller suit» y se iban de camino a trabajar, nadie mecía su fiambrera de tres piezas. El paso lento y solemne de las fiambreras era tal como si fueran las fiambreras las que se iban a trabajar y los obreros no fueran más que una prolongación tejida a una esquina del recipiente. Y por la tarde, cuando todos volvían, las fiambreras no eran más que una prolongación, moviéndose juguetonamente en las manos. Bugus

caminaba rápido. Pero con cada paso oscilaba todo su cuerpo hacia la derecha y hacia la izquierda. Como si tuviera que retirar el aire con los hombros para abrirse camino hacia delante. Aquellas nalgas redondas y resaltadas eran como una congoja acumulada en el cuerpo. Cuando giraba en el *lañe*, sólo veías el balanceo de la fiambrera y las nalgas que parecían estar hinchadas de un golpe ambiguo. Las nalgas de Helena no tenían forma; ninguna forma. No por ser pequeñas; no, Helena era robusta. Era como si todos los rasgos del cuerpo se hubiesen unido. Se habían perdido las nalgas entre tanta grasa y carne. Como la propia Helena que también se había perdido. Como su bufanda de medio metro que ya no se podía saber si se estaba tejiendo o destejiendo.

Helena alzó la cabeza y dijo: «Se fue al monasterio de sanTadeo».

Dije: «¿De peregrinación?».

Bajó la cabeza y empezó a jugar con sus dedos. Había inflado sus labios y los apretaba.

Para no ver sus lágrimas, volví la cabeza y me quedé mirando el dormitorio, cuya puerta estaba abierta y en cuyo marco se divisaba un armario marrón.

Levantó la cabeza. Dijo: «Cuando llegamos de Mahshahr me puso delante todo el dinero que le había dado la Compañía de Petróleos como reconversión. Me dijo, Helena, yo te hice desgraciada. Te separé de tu casa y de tu vida. Ahora estamos otra vez en la primera casilla. Esa casa y esa vida son tuyas. Yo quiero ir a encontrarme a mí mismo». Se fue al monasterio de san Tadeo. No hubo noticias de él en un año, luego llegó una carta de una ermita en Líbano. Se había vuelto monje. La carta decía:

Un hombre incapaz de hacer feliz a una mujer es incapaz de hacer feliz a sí mismo.

Pregunté: «¿Él era de Ispahán también?».

—No. Venía de Reza. Tenía un padre ya mayor que se estaba quedando ciego porque se le había metido la rama de un árbol en el ojo. Había oído que el doctor Hawking era un buen profesional. Se lo trajo a Ispahán. En aquel entonces, yo apenas había empezado a trabajar en el hospital de los armenios. Me pareció un buen joven. Era la noche del año nuevo. Estábamos preparándolo todo para la fiesta. Y Bugus, que acompañaba a su padre, ayudaba también. Una

de las enfermeras exclamó: «¡Jesús… las velas!… ¡se quedaron en el carro!». El doctor Hawking sacó un billete de su bolsillo y dijo: Helena, ve a comprar unas velas antes de que cierren, por favor. Hacía mucho frío. Mis manos estaban congeladas de tanto lavar y pulirlo todo. Parece que Bugus se dio cuenta. Le dio pena. Dijo «voy yo», cogió el dinero y se fue. En aquel mismo instante trajeron a una mujer embarazada que se había caído de una escalera. Cuando salimos del quirófano, vi que había vuelto Bugus: en una mano tenía las velas y en la otra un vestido de tul blanco. Me pidió que me casara con él.

Bajó la cabeza y mientras me miraba empezó a jugar con sus dedos. Entonces me di cuenta de que sus manos estaban vacías. Para mí, aquella bufanda de medio metro era parte del cuerpo de Helena. Quería preguntarle si ya no tejía. Bajó los ojos y se quedó mirando sus manos. De vez en cuando me miraba por debajo de las cejas. Cuando su mirada cruzaba con la mía, volvía a mirar hacia abajo. De nuevo, por la puerta que daba al dormitorio, miré el armario de madera marrón del que se veía sólo una parte. Un trozo de tul blanco se asomaba por la puerta del armario.

28

Mis saludos, oh nobles gatos

SI ESTUVIERAN suspendidos en la batalla entre el cuerpo y el alma, si como yo fueran un joven recién llegado a la pubertad cuyo cuerpo se inclinaba hacia la señora Ebadí y su alma hacia una chica de su edad, cuando vieran que esa mujer honrada de treinta y cinco años les ha traído el libro de vuelta y se lo ha tendido con ambas manos, el mundo empequeñecería para ustedes al tamaño de la edición de bolsillo del libro de «La Pluma» de Matissen.

Sobre sus finos labios había una sonrisa que hablaba de que había algún secreto. Y el nudo de sus cejas decía que ¡cuidado, el secreto no se ha de desvelar! Mi hermana estaba en el callejón y mi madre en el umbral de la puerta. Había también otras personas de la vecindad y algunas, como siempre, estaban reunidas frente a una de las casas. Y nadie estaba al pendiente de nosotros, pero la mera presencia de mi madre y hermana era suficiente para poner en peligro la honra de esa mujer si se desvelaba el secreto. Me quitó la mirada y la fijó en el libro; supe que el centro del universo estaba allí: entre las hojas del libro. «¿Pero qué puede ser?». Cada vez que pedía un libro prestado, a la hora de devolverlo, me lo ofrecía con una sola mano. Pero ahora que me lo tendía con ambas manos, no podía significar otra cosa más que yo tenía que agarrarlo con ambos manos: bien fuerte. No quería que la señora Ebadí dejara de ir a la casa. Quería que se quedara y que siguiera siendo la dueña de mi lengua y la medidora de mis horas. Cogí el libro y dije: «Con permiso…» y, como suelen hacerlo los sureños, expresé el resto de la frase con movimientos de los hombros; movimientos que significaban: «Voy a dejar el libro en la habitación y vuelvo».

Se le iluminó la cara. La botella que contenía el mensaje había llegado a salvo al destino. Ahora podía decir con una sonrisa de

alivio: «Claro, adelante».

Y lo dijo; con una sonrisa de alivio: «Adelante, claro».

Apenas entrar al patio, sabiendo que nadie me miraba, abrí rápidamente el libro. Era una carta. ¿Pero de quién? En mi oído resonaba el chillido de los gatos bajo los tejados, y ante mi ojo estaba la piedra detenida en el aire.

Entré corriendo a la habitación y abrí la carta:

«Mi amado, señor R».

La cabeza… vuellttaasss…

La habitación estaba oscura. Encendí la luz y volví a leer la carta:

«Mi amado, señor R».

Vaya extraña combinación: «Mi amado, señor R». ¿De parte de cuál de las dos sería? ¿De parte de una chica suficientemente atrevida como para hacerle signos con la mano a su amado y dejar que una piedra se detuviera para siempre en el aire? ¿O de parte de una mujer decente que siempre hablaba manteniendo la distancia?

Por primera vez en mi vida era el «amado» de alguien y eso me agrandaba. Mis dimensiones sobrepasaban las dimensiones de la habitación. Pero nada como el tercer componente de esa frase revelaba mi impotencia frente al caos de este ambiguo mundo: «R». Me había hecho tan pequeño e insignificante que toda mi existencia se resumía en una letra: «R».

«R» quería leer el resto de la carta pero su mirada volvía al principio apenas avanzar. Oh Dios… ¿de parte de cuál de esas mujeres será? «R» se volvía más pequeño y humilde. ¿Cuál de esas dos situaciones podía ser señal de dicha y cuál, el comienzo de un desastre?

«R» leía un par de líneas, pero se le acababa la paciencia e iba hacia el final de la hoja impacientemente. Luego, el miedo envolvía toda su existencia y volvía sin haber avanzado. Y ninguna de aquellas frases amorosas revelaba la identidad de su escritora. Si bien algunas palabras guiaban su mente hacia Parvín, algunas otras tenían el tono de la señora Ebadí. Como si una mano misteriosa al estilo «I-Ching» hubiese escrito un texto que podía significar cualquier cosa. Finalmente, cuando el aire ya se había encendido por el calor de las venas, «R» llegó al final de la carta y vio la firma de su escritora.

Ahora ya no hay necesidad de anestesia. ¡Mis saludos, oh nobles gatos! Ahora, cada noche, subiré por la pared y pasaré de un salto por medio de las dos capas del techo, pero en vez de irme directamente hacia el patio de la casa de atrás, caminaré sobre esa línea diagonal que es el eje de un gran rectángulo. Cubierto totalmente del polvo que viste el área debajo del tejado, llegaré al otro extremo del *lañe* y ¡aterrizaré en la casa de Parvín! No, ya no hace falta la droga de la anestesia. Es que Parvín estará esperando; ¡toda la noche! Ella misma lo ha escrito en su carta.

Oh, señor «R»; gatito mimoso… estás condenado a recorrer mil veces ese camino hasta el amanecer y no llegar nunca a aquella amada. Es que tus padres están durmiendo en la habitación. Todos tus hermanos y hermanas están durmiendo en el patio. Y toda la familia de Parvín está durmiendo en el patio de su casa. Y además ¿cuánto es el grosor de esos tejados? Es tan fino como las tejas. Cualquier pequeño movimiento perturbaría el sueño de tantos. Basta con que una sola persona se despierte y grite: ¡Ladrón!

No, tú estás condenado a sólo escribir cartas.

Ven, gatito mimoso… ¡deja de chillar tanto del fondo de tu corazón hasta el amanecer! Coge una pluma… escribe… ella escribe veinticinco páginas, ¡tú escribe treinta!

¡Coge la pluma!

Escribe:

Érase una vez un hombre
que tenía un gato
al que quería mucho [26] …

29

Como el balanceo de una cuna

DIJO: «Quite su mano».

La quité. La sangre empezó a fluir. Cuando separó la servilleta, un trozo de carne roja e inflamada se colgó de mi dedo.

Le dije: «Doctor, ¡dígame sólo una palabra!».

Me miró fijamente a los ojos. Como si no esperara tal autoritarismo. Cambié el tono para que se asegurara de que no se trataba de una orden sino de una petición humanitaria: la reverberación de la impotencia que se halla en la voz de cualquiera que esté al borde de un abismo; dije: «¿Podré volver a tocar?».

—¿Es usted músico?

—De eso vivo.

Bajó más la lámpara y presionó los dos trozos separados de carne para que se distanciaran completamente. El dolor recorrió los nervios de los dedos. La enfermera puso un recipiente de acero bajo mi mano para que la sangre que chorreaba no se derramara sobre la blanca cerámica del piso. El médico presionó el algodón en la hendidura y volvió a examinarla. Pero ¿Acaso decía una palabra?

Debí haberlo pensado antes, la culpa era mía. Mi experiencia me decía que cuando estaba cansado y no tenía ganas de trabajar debía parar que si no algo saldría mal. Cada detalle de ese trabajo ha de realizarse con paciencia y mucha atención. A la hora de pegar el mástil a la caja de resonancia, bastaba con equivocarte un décimo de milímetro para que el sonido del instrumento cambiara totalmente. Al pegar cada uno de los gajos de la caja al otro, has de prestar mucha atención para que se peguen herméticamente que sino quedarán desalineados; entonces tendrás que lijar para arreglarlo. Y si consigues alinearlos, sólo has resuelto la apariencia exterior. Si la caja tiene altibajos en su grosor y su grosor no es

homogéneo, entonces el sonido del instrumento depende de tu suerte y no de tus cálculos.

La culpa era mía. Con todo el cansancio… era evidente que algo saldría mal. Pero es que no podía dejarlo. Había estado esperando dos semanas enteras. Bastaba con pegar aquel pequeño borde para que estuviera listo para tocar. Sabía que un buen instrumento es un regalo que obtienes por tu paciencia. Pero ¿qué se puede hacer? Desde el primer día, cuando empiezas a remojar la madera para luego montarla sobre el molde, empieza: una voz de ensueño que resuena continuamente en tu cabeza. Durante todo el proceso del trabajo, esa voz te acompaña. Te vuelves tan soñador como una mujer embarazada. Estás esperando impacientemente dar a luz. Quieres ver cómo es ese niño. Ahora bien, después de dos semanas de duro trabajo, por la mañana y todavía medio dormido, había empezado a barnizar el *setar*. ¡Venga a barnizar y pulir con un pañuelo para sacarle brillo! A las ocho de la noche, todo estaba listo menos el fino borde que va alrededor de la caja de resonancia. Bastaba con pegarlo y listo. Lo pegué. Le sobraban dos milímetros. Tenía que cortar lo sobrante. Me daba pereza ir al baño y hacerlo sobre la misma tabla que colocaba sobre la bañera y usaba como mesa de trabajo. Lo puse sobre la inestable orilla de la fregadera de la cocina y presioné sobre él la cuchilla para cortar moquetas. La caña es una madera consistente y dura; no es fácil de cortar. Por las prisas, presioné la cuchilla con todas mis fuerzas. Quería terminar con un solo movimiento. El *setar* se resbaló y ¡toda la fuerza destinada a cortar el borde se gastó para cortar el dedo a la mitad! El segundo dedo de la mano izquierda, que juega un papel crucial en tocar un instrumento.

Dije: «El próximo mes tengo conciertos en algunas ciudades de Holanda».

Pegó los dos pedazos de carne y mientras miraba el dedo fijamente y con seriedad, dijo: «Aguja, por favor».

La enfermera le dio rápidamente el hilo y la aguja al doctor.

—¿Hay esperanzas, doctor?

Me miró: «Sería mejor que cancelara sus conciertos».

Me empalidecí. Como si me hubiese dicho que tenía cáncer y que tenía que ir pensando en mi tumba.

—El corte es muy profundo. Pero no hay por qué preocuparse.

Tardará unos cinco o seis meses hasta que esos nervios cortados vuelvan a establecer conexión y mientras tanto, las yemas de sus dedos estarán insensibles. Pero se arreglará poco a poco.

Como si fuera poco el dolor por el corte, se le añadió la tortura de la aguja. Pero, sorprendido, sentí que el dolor de la aguja era más aguantable que el del corte. Basta con aceptar que esa aguja ha de meterse a tu carne. Pero el cuerpo no acepta la cuchilla. Me acordé del pobre Yom'é. Habían rajado con cuchilla toda la parte derecha de su cara y las venas de su cuello. Nane Doshanbé decía: «Ya no puedo ni probar la carne. Me siento mal cuando veo un cuchillo. ¿Ves cómo me tiembla la mano?» y su mano temblaba tanto que el cuchillo se cayó sobre la alfombra, al lado de la bandeja de la sandía.

Desde el hospital de san Antonio hasta la casa no había mucha distancia. Ahora que le habían dado puntos a mi dedo, ya no era necesario apresurarse. Con lo que había pasado, tenía que esperar mucho todavía para poder sacarle el sonido al nuevo instrumento. Me apetecía irme a algún café y tomar algo. Pero no llevaba la cartera. Considerando toda la fuerza con la que se había producido el corte, había temido lo peor. Tenía tanto miedo que había envuelto rápidamente una servilleta alrededor de mi dedo y le había pedido a mi mujer que me atara los cordones de los zapatos. Cuando los había atado me dijo que le esperar para que ella también se vistiera. Le había dicho que no era nada, y que el hospital de san Antonio estaba allí al lado. Y había salido rápidamente. En una situación así, ¿quién pensaría en su cartera?

Al llegar a la plaza de Bastille me fui al canal. Después de dos semanas de estar encerrado en casa, ¡qué agradable era pasear! Pero una nueva preocupación me empezó a carcomer. Digamos que dejamos aparte la larga espera para poder oír aquel *setar* recién hecho, ¿y los conciertos? Cómo me había esforzado para poco a poco encontrar mi lugar. El primer CD había gustado y continuamente llegaban invitaciones de diferentes países. Pero ahora con ese dedo… la cancelación de los conciertos era un duro golpe.

Bajé las escaleras de piedra del verde borde del canal. A esa hora de la noche no solía haber nadie por esta zona. Había alguna que otra luz encendida en las lanchas. Me senté sobre el borde de piedra

del canal, mirando fijamente el roto reflejo de la luz de las lámparas en el agua. El ligero movimiento de las lanchas con las olas suaves, como el balanceo de una cuna: sosegado; tranquilizador. Sentía que la rueda en la que había caído, y que desde hacía mucho tiempo me daba vueltas con una velocidad enloquecedora, de repente se había parado de agotamiento. ¡Qué agradable calma! Una luz iluminaba poco a poco la oscuridad de mi interior y mis hombros se liberaban de la carga de una pesada pesa. Como si la grave herida del dedo fuera un aviso del destino. Había atado el carruaje delante del caballo y no lo sabía. ¿Para qué querría yo un *setar* mágico? ¿Para expresar mejor mis sentimientos más profundos? Muy bien, ¿pero con esos dedos cada vez más ásperos? Pero si un músico no debe hacer absolutamente nada que pudiera maltratar sus manos. Los demás intentan hacer algo para que sus dedos estén cada día más suaves, y yo, fabricando *setares*, los volvía más ásperos cada día.

¡Cuán fácilmente se aleja el ser humano de sus metas! Habría bastado con que el corte de la cuchilla fuera un poco más profundo: ¿de qué serviría entonces aquel *setar* mágico? Ahora veía que durante todos aquellos dieciséis años que había dedicado a bajar aquellos treinta y dos escalones oscuros, había confundido el camino con el destino.

Fijé la mirada en la luz de la luna sobre las olas. Me sentía dichoso por la guiadora luz que había iluminado mi corazón. Una ligereza aletargador conquistó todo mi cuerpo. Me dolía el dedo; como si la herida de este dedo fuera el precio que tenía que pagar para salir del camino equivocado. Me levanté. Me tenía que ir; mi mujer estaría preocupada.

30.

30

Una manera de jugar al golf

LA CASA de Parvín era el núcleo y yo un electrón errante. No paraba de darle vueltas al *lañe* y en cada vuelta pasaba una vez frente a su casa para ver cuándo salía Parvín para darle la carta. Su madre estaba sentada en la puerta y su hermano estaba en el callejón, chutando la pelota a la pared del *lañe*. En estas circunstancias, aunque Parvín saliera, ¿acaso podía uno atreverse a hacerlo ante los ojos de los demás? «Ay dios mío, ¿dónde puñetas estarás metida Parvín? ¡Estoy que enloquezco bajo el peso de las miradas de tu madre y del imbécil de tu hermano!». Su casa, como la nuestra, estaba en la esquina. Al pasar frente la puerta giraba a la izquierda al callejón trasero. Echaba una mirada desesperada a la parte superior de la pared del patio y pasaba. Y a empezar de cero otra vez. Con cada vuelta, cambiaba más la manera de mirar de su madre y hermano. La primera vez eran miradas indiferentes. La segunda, curiosas. La tercera, enfadadas; un enfado que se prendía un poco más con cada vuelta. Pensé que Parvín podría estar en el patio. Quise tirar la carta al patio por encima de la pared, pero me dio miedo: «¿Y si hay alguna otra persona en el patio? ¿Y si ella ni siquiera está en casa?».

Pasé por debajo de sus miradas enfadadas y, repleto de ira y humillación, giré a la izquierda por milésima vez. Tiene un precio cualquier cosa. ¿Hasta cuándo podía la señora Ebadí ser nuestra cartera? ¿Acaso se podía, y más ahora que Parvín hablaba de los deseos del cuerpo, no hablar de los chillidos enloquecedores del gato que deambulaba toda la noche bajo los tejados y arañaba las paredes del alma? Y además, ¿cómo saber si la señora Ebadí leía o no las cartas? ¿Y cómo no avergonzarse al mirarle a la cara

entonces?

El electrón errante, que ya había alcanzado una velocidad de locura, se detuvo de repente. En aquel entonces, los insultos vulgares no eran necesarios. Bastaba con decir Ashraf, Shahnaz o Parvín, o pronunciar cualquier palabra que fuera el nombre de la madre o hermana de alguien; y la sangre correría. Pronunciar el nombre de la hermana se consideraba un insulto y yo, durante toda una hora, ¡había pasado una vez cada minuto frente a su casa! El hermano de Parvín, mientras me tenía sujetado del cuello de la camisa, dijo: «¿Qué es lo que quieres que no paras de pasar frente a nuestra casa, maldito gilipollas?».

No, esta vez no ha de traicionarme la lengua. Quiero decirle: «Te voy a matar» y la lengua no debe sustituir ninguna letra por otra.

—¡Te voy a matar, eh!

Su madre dijo: «¿Qué pasa, es que tú mismo no tienes madre y hermana?».

El puño del hermano de Parvín aterrizó en mi pecho. Yo también le golpeé en el pecho y el electrón errante salió de órbita, irremediablemente.

Otra vez, una mano cogió una cuchilla y cortó un trozo de la ciudad; ahora sólo me quedaba una larga calle de un kilómetro de largo que conducía a las escuelas secundarias de las chicas y los chicos que estaban la una al lado de la otra. Parvín siempre iba con Maryam; una chica flaca y pálida que vestía el chador y vivía en el *lañe* contiguo. Ellas iban delante y yo, a poca distancia, tras ellas. De vez en cuando, Parvín volvía la cabeza y me miraba. Maryam también volvía la cabeza. Y yo tenía que estar pendiente de esa mirada. Antes de llegar al cruce que separaba el camino hacia la escuela de las chicas, había tiempo sólo para unas cuatro o cinco miradas; una corta chispa que debía transmitir a través de un solo vistazo todo el anhelo y la impotencia de un cuerpo al otro. Un día, cuando Parvín y Maryam volvieron la cabeza, vi de repente que miraban diferente; la dirección de la mirada resbaló sobre mí y se dirigió a un lugar más lejano, detrás de mí. Rastreé la mirada y volví la cabeza. ¡Oh dios mío! ¿De dónde han salido éstos? Me pareció haberlos visto antes. Pero era sólo en este instante cuando me di cuenta de que nosotros éramos doce personas y que le perseguíamos a ella a diferentes distancias. Otra vez, el filo de la

cuchilla y los pedazos sobrantes del cuerpo. La señora Ebadí era la única que no veía nada sobrante en mi vida; era tan honorable como para no hacer preguntas cuando vio que ya no intercambiábamos cartas. Como si supiera que la vergüenza es una cuchilla que le despedaza a uno. Estoy seguro que se lo había contado a su marido; para atraer su empatia. Me di cuenta de ello por las sonrisas de su marido. Por las noches, cuando estudiábamos paseando bajo las farolas de la calle, el marido de la señora Ebadí estaba con nosotros. Él estudiaba para acabar el bachillerato y así conseguir que les trasladaran a los barrios de los funcionarios. Veía cómo me miraba con pura ternura. Seguro que sabía lo difícil que era estar enamorado en el barrio de las cuchillas. En el sofoco de los barrios obreros, hasta las ánimas tenían que llevar sus citas de amor bajo los tejados polvorientos; a altas horas de la noche para que no se volviera una espina envenenada la mirada de ningún extraño; en un lugar donde ninguna mano extraña se volviera cuchilla para cortar el cuerpo. Estudiaba para sacar a sus hijos de este cementerio, y llevarles a los barrios de los funcionarios; un lugar que se separaba de los barrios obreros por una calle ancha y larga. Allí mismo estaba el paraíso del que hablaba mi padre: grandes casas color ocre; con patios cubiertos de césped y setos de boj; y un columpio en medio del patio en constante bamboleo, y con cada bamboleo, una falda que se inflaba; el brillo de un tobillo en el aire; y cabellos que se soltaban a lo largo del viento; risas de niña que eran de otra materia: sin penas ni angustia. En cada uno de sus callejones, bicicletas que pasaban; chicas y chicos juntos; pedaleaban envueltos en un suave murmullo de risas. Los cuerpos relajados, sin penas ni angustia; sin gritos ni ruido. Cuando te alejabas más, en el fondo de los barrios de los funcionarios estaban las casas de los ingleses. Mujeres semidesnudas tomando el sol sobre el césped; y más allá, al borde de la ciudad, un campo de golf y los hombres ingleses que vestían gorras y jugaban al golf; y tras ellos, niños árabes que cargaban sus equipajes (una bolsa llena de palos de golf). Eran porteadores pero tenían mejor aspecto que nosotros. Y la mayoría tenían bicicletas *Hércules*. Pagaban bien los ingleses. Mi padre les detestaba; como la mayoría de los obreros. Pero a los árabes les daba igual: por eso todos los porteadores eran árabes. Motayar se acercó al verme. Habíamos sido compañeros de

clase alguna vez. Faltó tanto al colegio y fue tantas veces castigado que cuando le dio un puñetazo en el ojo al profesor de química, le expulsaron del colegio para siempre. Era alto; más alto que su hermano Hoveichem, la cabecilla de los bandoleros árabes del mercado.

Bajó del hombro el bolso y de él sacó un palo de golf. Sonrió. Pero bajo la gravedad de su mirada siempre aterradora, parecía una cuchilla esa sonrisa: «¿Te gusta?».

La cabeza del palo de golf era metálica y como cascos de caballos. Pensé que aquello era como uno de esos palos que llevaban algunos niños: desgastado e inutilizable. Creí, estúpidamente, que quería regalarme el palo. Me alegré un instante. Quería decir:…

Pero no. Había algo aterrador en sus ojos que me obligó a guardar silencio. Estábamos bajo la sombra de un enebro; junto a los bojes de una casa sobre cuyo césped había tomado el sol una mujer inglesa semidesnuda.

Dijo: «¿Ves su cabeza? Te voy a golpear la cabeza de tal manera que, como una pelota de golf, se vaya hasta aquellos tanques». Y apuntó con el palo a los gigantescos cilindros metálicos ordenados al fondo del horizonte; allí donde un cadáver estaba condenado a flotar eternamente en uno de aquellos contenedores de petróleo.

Miré su cuerpo musculoso y sus fuertes brazos. Me acordé del cuerpo más corpulento y fuerte de Hoveichem, su hermano. Y mi voz se rompió al salir de mi garganta: «¿Por qué?».

Sus ojos, ojos de águila; trasladaba rápidamente su mirada encolerizada de un punto al otro de mi cara. Como si buscara un lugar apropiado para golpear.

Dijo: «¡Vuelve a perseguir a mi novia, si te atreves!».

Entonces me acordé de que una de las doce personas que le perseguían a ella era Motayar.

Uno de los hombres ingleses que estaba en el campo de golf, con una mano en la cintura y la otra mano apoyada en el palo de golf, se había vuelto hacia nosotros. Quitó la mano de la cintura y le llamó con un tono autoritario: «¡Matayar!».

Motayer cogió el bolso. La ferviente piel de su cara echaba chispas. Me tembló todo el cuerpo. Mientras me miraba, agitaba su puño en el aire; era tanto una amenaza como un golpe.

31.

31

¿Qué diferencia había entre mi vida y una lavadora?

¿QUÉ diferencia había entre mi vida y una lavadora? ¿Por qué no se podía ir por otro camino?

Había ido a ver al médico que me trataba. Me preguntó qué me pasaba. Le dije que me iba a enfermar, que por favor me recetara unas cápsulas de amoxicilina y unas… ¿cómo se llaman?… de esas pastillas antihistamínicas. Sonrió, como sonreiría un sabio ante un ignorante, y se acercó un bloque de hojas.

¿Qué se podía hacer? Es que cuando me quitaron los puntos del dedo, empecé el trigésimo segundo *setar*. Cogí aquel maldito borde, sobre el cual se veían todavía manchas secas de mi sangre, y lo llevé al baño, como haría alguien en su sano juicio; lo fijé con una prensa metálica y corté los dos milímetros que le sobraban con la ayuda de un serrucho fino. Cuando hice sonar el instrumento, no sabía qué hacer de tanta alegría.

Sonaba mejor que cualquiera de los *setares* que había fabricado hasta entonces. De nuevo fui lanzado al mundo de la mitología. Pensé que, a lo mejor, el hecho de que sonara tan bien se debía a que lo había bendecido con mi sangre. Otra vez me conquistó el sueño de aquel *setar* mágico: «Sólo faltan ocho escalones, ¿no sería una pena? Has sufrido tanto, tantos años has esperado… si el trigésimo segundo *setar* suena así de bien, ¡imagina cómo sonará el cuadragésimo!». La tentación pudo conmigo. Pensé que pisaría cautelosamente los ocho escalones que faltaban; con cuidado. Pensé que para que mis dedos no se volvieran ásperos, trabajaría sólo una vez al año con el serrucho y el cepillo; y eso sería al principio del verano cuando no hay conciertos. Y cada vez fabricaría dos o tres *setares*, en vez de uno, y me dedicaría a tocar el resto del año. «¡Así

alcanzarás tu sueño en cuatro años!».

Así que al principio de cada verano acudía al médico que me trataba. Le decía: doctor, me voy a enfermar.

Me tendió la receta médica. No discutía. No era mi primera vez. Sabía la historia. Mientras yo estaba extendiendo el cheque, me dijo: «¡Juraría que estás loco!».

Respondí: «Sí, lo sé yo mismo. Mi única diferencia con los demás locos es que estoy consciente de mi propia locura».

Se rió. Dijo: «¿Qué materiales necesitas para hacer eso?».

Dije: «Cierta cantidad de madera de baya, algo de madera de nogal, algo de pegamento, veinte antibióticos fuertes, algo de corticoides y unos antihistamínicos».

Se rió. No discutía. Sabía lo difícil que es abandonar un sueño; especialmente si has oído una voz desde la profundidad de tu ser. Una voz que resuena imparablemente en tu cabeza y un oculto anhelo que te araña el hígado continuamente. Entonces subirías mil veces por la pared del patio durante toda la noche. Entonces pasarías de un salto por la rendija entre las dos capas del tejado para llegar a tu amada. Y ni la cabeza metálica y aterrorizadora del palo de golf ni el cuerpo musculoso de Motayar y su hermano bandolero Hoveichem podrían impedirte perseguir tu sueño.

Ahora me iba al gimnasio de la Compañía de Petróleos; tenía que fortalecer mis brazos; no sólo para defender el maldito agujero que dios había creado en alguna parte de mi cuerpo, sino para enfrentarme a Motayar y a otros muchos rivales que estaban sedientos de mi sangre. Y venga a levantar pesas para fortalecer los brazos. Venga a golpear el saco de boxeo. Venga a practicar la lucha para aprender la técnica de tirar al rival al suelo por la espalda.

Y todo eso a escondidas de mi padre. Si se enteraba no me dejaría. A lo mejor conocía mejor que yo a esa gente. El maestro de lucha quería enseñarme una técnica y veía que se ponía detrás de mí y se me pegaba, explicando otras técnicas durante horas. Y además me compré un cuchillo y un puño de acero. Ya no existía ningún punto seguro. Ahora cuando los bandoleros se peleaban, en vez de echarme a correr, me quedaba y les seguía, manteniendo la distancia. Hoveichem me caía bien. Tenía una cara atractiva y un cuerpo atlético; como los actores. Los demás más bien se jactaban, y a veces de manera ridicula. Como Bahmeí que se dejaba el bigote

como Hitler y era bajito, pero terriblemente ágil. Hoveichem se vestía con elegancia. Se untaba aceite Yardley en el pelo y con ademanes que sólo se podían ver en las películas *western*, torcía la cara y se bebía una botella de coca cola de un trago. Me caía bien Hoveichem; fueran los que fueran sus defectos, no era pederasta como Bahmeí y los demás bandoleros. Pero ahora que Parvín me había escrito: «Motayar me ha amenazado que si no te dejo me echará ácido a la cara» deseaba que esta vez Bahmeí le sacara las tripas a Hoveichem. Toda una ciudad había conspirado para llevarnos al borde del abismo. Lo mismo pasó con «E». Como si alguien desde allí arriba, o yo qué sé desde aquí abajo, hubiera escrito un plan para mi vida y aunque viviera tantos años como Noé, todo debería repetirse como había ocurrido hasta entonces. ¿Qué diferencia había entre mi vida y una lavadora? «E» dijo: «Mi madre ha amenazado que si no te dejo se suicidará».

—Bueno, ¿qué crees que podamos hacer? A lo mejor sería más conveniente que nos separáramos.

—Pero yo no quiero arruinar mi vida por ella.

—Bueno, entonces habla con ella.

—No se puede. Apenas pronunciar dos palabras acabamos gritándonos. ¡La odio!

Tenía ocho años cuando su madre la había secuestrado y había salido hacia París: «Iremos a un lugar donde tu maldito padre no te pueda encontrar». Cuando pasaban por el puente fronterizo de Estrasburgo en el Mercedes Benz de un contrabandista, su madre no paraba de rezar «Inna Anyalna» con los ojos cerrados. Tenía un aspecto a la última moda pero rezaba para que ella y su hija se volvieran invisibles a los ojos de la policía fronteriza francesa y alemana (y además decía «Inna Anyalna» en vez de «Inna Anzalna»). Decía: «Yo te traje aquí con uñas y dientes. ¿Cómo puedo permitir que abuse de ti este maldito hombre que tiene la edad de tu padre?».

Dije: «Comprendo. No quiere que le ocurra a su hija lo mismo que le ocurrió a ella. Quizás estuviera mejor que fueras a encontrar a alguien de tu edad».

—Los de mi edad no me comprenden. Son todos unos niñatos.

—Bueno, ¿entonces qué hacemos?

—Vayámonos a los Estados Unidos. Donde no nos crucemos con

nadie conocido.

No era posible. ¿Hasta cuándo tenía que irme de una ciudad a otra, de un país a otro? Mi vida se había convertido en una fuga interminable. Quería establecerme, aunque sea por una vez, en alguna parte de la tierra. Estaba cansado de esa vida que se estaba pareciendo a la bufanda de medio metro de Helena. Se destejía por un extremo para volverse a tejer de la misma manera por el otro extremo. Con los mismos hilos; con los mismos colores.

Mi médico me dijo: «Estás loco» y volvió a reírse. Cuando me acompañaba a la puerta, mientras tendía la mano para despedirse, se puso serio de repente: «Ten cuidado. Tomar tantos antibióticos y corticoides no es nada bueno».

32

Con los mismos hilos, con los mismos colores

HE INVITADO a cenar a «F». La semana pasada, al venir a la clase me había dicho: «Está usted algo apagado». ¡No se le pasa ni una! Justo como «E» que teniendo veintiún años era tan madura como una mujer de cuarenta. Ella también estaba atenta a todo. Una noche nos habíamos tumbado en la cama; ligeros por el éxtasis del dialogo entre los cuerpos. Flotábamos en el aire como plumas; libres de la gravedad del planeta. De repente, me levanté a vestirme.

—¿A dónde?

—Me voy a comprar un paquete de cigarrillos antes de que cierren ese último café.

Con una voz aletargada más por la coquetería que por el sueño, dijo: «No vayas».

—Sólo queda uno en el paquete; sufriré hasta el amanecer.

—No vayas.

Esa belleza desnuda que ahora movía el cuerpo como si bailara en el fondo del mar, le daba a esas palabras un peso que llevaba mi mente a otro día y a otra petición: «¡Deja de fumar!». Era alérgica al humo, pero no lo decía por ella; lo decía por mis pulmones. Dejé de fumar; por los pulmones de ella, no por los míos. No fumé durante seis meses; hasta el día que ella misma llegó a casa con una caja con diez paquetes de cigarrillos: «Hace seis meses que estás perdido. Quiero volver a ver a la misma persona de antes». Era verdad. Estaba deprimido, malhumorado y desganado. Ya no tenía ganas de tocar; no tenía ganas de hacer nada. Abrí la caja. Empecé a fumar otra vez. Pero esa vez estaba atento. Normalmente cuando ella estaba en casa dejaba la ventana entreabierta; o intentaba fumar menos. Y ahora, cuando decía «no vayas», pidiéndolo con tanta

coquetería, pensé que a lo mejor no me había dado cuenta y me había vuelto a pasar y le había irritado los pulmones. No sabía qué hacer. Para alguien que fuma dos paquetes al día y que está despierto toda la noche, es una tortura incluso imaginar quedarse sin cigarrillos hasta el amanecer. Aun así, preferí torturarme a mí mismo que torturarle a ella. Me desvestí. Justo en el momento de meterme a la cama para abandonarme en sus brazos con todo mi desamparo, salió de la cama. Me quedé confuso. ¿Por qué saldría de la habitación? Es difícil comprender a las mujeres. Al lado del dormitorio había una puerta que daba a un pequeño vestidor. Oí abrirse la puerta del vestidor. «¿Será que quiere vestirse e ir ella misma a comprarlo?». No sería la primera vez que cometía tales locuras. «¿Pero a esas horas de la noche?». Pocas chicas se atrevían a salir solas a altas horas de la noche. Pero también había cometido tales locuras antes. Bajé de la cama rápidamente. Todavía no había pisado el suelo que volvió. Con el mismo aspecto de cuando se había ido. Lucía una sonrisa de la misma materia que la misteriosa sonrisa de la señora Ebadí cuando me tendió el libro con ambas manos. Me empujó suavemente a la cama y metió la cabeza entre mis brazos; cuando su mano tocó mi espalda me dio asco. Como si aquellos dedos finos se hubieran convertido en garras de un animal: algo áspero y con esquinas que raspaba la piel. Sorprendido, me di la vuelta. Tenía una caja de cigarrillos en la mano. Me quedé con ella. En vez de trabajar, me quedé con ella toda la noche. Me quedé para olería y adorarla célula por célula, para aferrarme a ese mausoleo que era la mayor suerte de mi vida. Pero toda una ciudad conspiró para llevarnos al borde del abismo.

Un día levanté la cabeza y vi que estaba solo en el mundo. De los veinticinco alumnos de la clase, sólo quedaban tres bigotudos y con lo que pagaban no me alcanzaba ni para una cuarta parte del alquiler del piso. Siempre lo mismo; una bufanda de medio metro que se teje de nuevo interminablemente; con los mismos hilos; con los mismos colores. Saliendo de la casa de *Madame* Helena, me dijo: «Por favor, espere un momento». Me paré frente la puerta del patio. Toqué la superficie de la madera. Me daba pena meterle el cuchillo. Sus nervaduras se asemejaban a las de la baya pero no era baya. Y si lo fuese, ésa era una puerta que debía quedarse a salvo. Me quedé mirando las enredaderas del muro del patio; mirando las

ventanas que estaban apagadas y tristes como una boca que hubiese olvidado las palabras. Volvió. Llevaba un paquete en la mano. Dijo: «Sabes, cuando te sentabas junto al *lañe* y me observabas, tenía muchas ganas de hablar contigo. No he visto un niño tan silencioso como tú. Sentía que tú eras como yo. Quise llamarte unas veces, pero no me atrevía».

—¿Tan aterrador soy?

Se rió: «¡Para nada! ¿Se acuerda de lo que decían de nosotros?».

—Sí. Decían que los armenios eran «inmundos».

Y también cuando aparecían por allí los vendedores judíos de tela, mi madre, apurada, nos llevaba al patio y cerraba bien la puerta. Decían que los judíos secuestraban a los niños, los mataban y bebían su sangre.

—Por eso temía que si te llamara tendría problemas.

Dije: «Pero yo sí les estoy agradecido. Desde hace mil años los armenios nos han suministrado bebidas alcohólicas y los judíos nos han provisto de músicos para las fiestas. Si no fuera por ustedes, seguramente lloraríamos hasta en nuestras bodas».

Se rió: «Tenga, esto es para usted» y me tendió el paquete.

Estaba confuso. «¿Qué podría ser?». Cuando cogía el paquete me dijo: «Varias veces, en las mudanzas, quise tirar todo eso a la basura. Pero no sé por qué me daba pena. Es como si fuera destinada para usted».

Miré dentro del paquete. Era la bufanda de medio metro de Helena que por tanto tejerse y destejerse, sus hilos ya no tenían pelusas.

Dijo: «A mí ya no me sirve. Pero creo que a usted le gustaba».

Así es. La bufanda de medio metro de Helena estaba destinada para mí. Y por eso mismo apenas son las diez le digo a «F» que tengo sueño. ¡Y eso que le había invitado a cenar esta noche y, sin pensar en la bufanda de medio metro de Helena, pensaba patear aquel frágil muro de cristal!

Se sorprendió. La semana pasada cuando había venido a clase había dicho: «Parece usted desganado». Dije: «Todavía no he tenido tiempo ni de desayunar ni de almorzar». Eran las seis de la tarde. Se levantó preocupada: «Voy a comprarle algo de comer. Seguro que no ha tenido tiempo de ir de compras». Dije: «Gracias, tengo comida. Sólo que no he tenido tiempo para comer». Dijo: «Bueno,

entonces coma usted tranquilamente. Yo practicaré mi lección mientras. Además no tengo nada de prisa». Tenía «lubia polo»; le ofrecí: «Bueno, pues coma usted también un poco para que yo no me sienta incómodo». Comió. Dijo: «Hacía tiempo que no comía comida iraní». Dije: «Entonces la próxima semana que venga a clase le invitaré a cenar una comida iraní».

Y ahora, anda que le había invitado a una comida iraní: «¡Tengo sueño!».

Bueno, ¿qué se puede hacer? Cuando no quieres patear el fino y frágil muro de cristal, te da sueño. ¿No es así, Helena?

33

Momentos que están vacíos de palabras

SALÍ de casa. El gris era el color dominante. La niebla y la humedad por todas partes. No se veía nada. No se oía nada: ni el ruido del vaivén de los coches, ni el paso ocasional de los inspectores con sus motocicletas especiales que tenían un asiento para un pasajero extra (como las motocicletas de los alemanes en la segunda guerra mundial), ni la presencia fortuita de los obreros vestidos de plástico negro de pies a la cabeza con aquellas largas barras metálicas, que se montaban para hacerlas más largas todavía y meterlas en las coladeras y revolver hasta donde fuera necesario las profundidades de la ciudad para abrir camino y sacar tanta porquería del cuerpo de la tierra. No, no se oía nada. Ni siquiera una brisa moviendo una hoja. Tenía los libros del colegio en la mano. Giré a la derecha. Había algo en el aire que difundía miedo; como si hubieran conectado las partículas del aire al cable desnudo de la corriente eléctrica. Salieron de la neblina. Cuatro… cinco… seis… diez… doce. Primero vi el movimiento de las piernas y luego el amenazante balanceo de los cuerpos; luego las caras que se aclaraban más: el hermano de Parvín y algunos de los niños de su familia, todos pertenecientes a los pocos habitantes nativos como ella misma. Y al frente de todos estaba Allou, cuyo vandalismo había florecido de tal manera después de que su padre cayera al pozo séptico, que parecía que hubieran quitado la tapa de una olla a presión. Quise volver. La puerta de la entrada estaba cerrada. Miré hacia la izquierda. No se divisaba la puerta de la casa de Dey Mammad. Hacia atrás el camino estaba despejado pero el orgullo bloqueaba la escapatoria. Estaba atrapado en medio del aro de fuego.

Un agudo dolor punzó mi mejilla derecha.

Un agudo dolor punzó el huso de mi pierna izquierda.

Un agudo dolor punzó mi costado derecho.

El labio superior… roto.

Mi costado izquierdo… punzado.

Las costillas… doloridas.

Bajo mi ojo derecho… sangre.

Desde lo profundo de mi ser corrió de repente un asesino a los músculos de la mano.

Del bolsillo, una navaja suiza…

Por la presión del dedo… ¡un chasquido!… el sonido de la hoja de la navaja.

Saltaron, aterrados, al otro lado del pequeño canal; algunos escondiéndose tras los tamarindos.

Enderecé la espalda vértebra por vértebra. Nacía un asesino dentro de mí. Victorioso, giré la mirada a mi alrededor. Con quien se cruzaba mi mirada, se escondía tras el árbol. Pero de repente, un sonido desde atrás:

—¡¡¡Un chasquido!!!

¡Ese sonido era la llave del inframundo! Un chasquido y de repente se detenía todo.

Me di la vuelta. Era Allou acercándose con el brillo de la hoja de la navaja. Un chasquido: cerró y volvió a abrir: ¡un chasquido! Qué despreciable era el asesino que estaba dentro de mí: no se atrevía a matar. Allou se acercó, despacio; los movimientos de su cuerpo: todos amenazantes. Si me echaba a correr, ya ni mis sueños se atreverían a ver a Parvín. Es que ella también estaba allí, parada al otro lado de la niebla; en una mano se le temblaban los libros; y su otra mano temblaba sobre las lágrimas en los labios. También estaba Maryam; bajo el chador del miedo. Y temblaba toda la negrura del chador. Mi corazón repleto del instinto asesino y mi mano, toda duda… se escuchó un rugido; Allou se echó a correr; y los demás también, cada uno en una dirección. Comenzó de nuevo el movimiento de los objetos. Volví hacia el rugido. Era Dey Mammad corriendo con un palo largo y una voz enfurecida. Maldiciendo a aquellos «hijos de puta». Se abrió la puerta del patio. Y yo me perdí en la angustia de mi madre y en el cariño de los senos de Dey Mammad. Miraba las hojas de los tamarindos que se movían y la neblina que subía, y los rayos de sol que le devolvían el

color ocre a la geometría de la ciudad.

Una traía algodones, la otra agua caliente y la otra mercurocromo. Una me limpiaba la sangre de las mejillas. La otra sacudía el polvo de mi camiseta; y alguna otra me besaba los cabellos y las mejillas. Y yo, mientras volvía del cuerpo de un asesino, viajaba a mi infancia, al miedo a los genios que tocaban música en el fondo de la letrina, y pensaba en el día siguiente cuando, para ir al colegio o a cualquier otro lugar, tendría que pasar por islas que rompían en pedazos la ruta recta hacia la escuela; islas llenas de piratas sedientos de mi sangre. Y veía de nuevo a aquel pájaro que no estaba, que no había estado nunca allí, pero que anunciaba la cuchilla y el destrozo. Y otra vez, un gato chillaba en todas las células de mi cuerpo para que me metiera de un salto entre las dos capas del techo, por si al otro extremo de la neblina veía a Parvín, tumbada en el patio: los ojos fijados en el cielo y las manos sobre el vientre; como si abrazara el aire, sin dormirse, como yo; consumiéndose como yo cada día; ¡y todo ese sufrimiento por sólo ocho palabras! ¡Y todo ese sufrimiento por sólo dos oportunidades de encuentro! Encuentros a la sombra del *lañe*. Encuentros tan repletos de miedo y angustia por si llegaba alguien, que no sabíamos qué decirnos. Sólo nos mirábamos. Cuando nuestras miradas se anudaban, un doloroso deseo fluía por las venas y los músculos. El cuerpo se estiraba para formar un abrazo. Luego, miradas angustiadas a la derecha; miradas angustiadas a la izquierda. Luego, una mirada hacia arriba… luego… y el miedo estaba ya tan cerca que los músculos se contraían y volvían; como el derretimiento de la cuerda de un arco tensado. Luego se bajaban las cabezas, avergonzadas de su propia impotencia. Y los labios se cerraban a causa de las palabras que se escapaban, ya que no se había inventado ninguna para momentos así, tan carentes de dignidad humana. Fue allí donde comprendí el significado de la muerte: momentos que están vacíos de palabras. Momentos en los que no hay orden ninguna para los músculos.

Ya no quedaba ningún punto seguro. Cada callejón donde residía uno de los familiares de Parvín era ahora, no un posible camino sino un campo de minas. Ahora de nuevo, todos los caminos por senderos torcidos… todos los caminos por senderos torcidos… todos los caminos por senderos torcidos…

Ven gatito mimoso.
Ven, paseemos bajo las dos capas del techo.
Ven, rodemos en el polvo y la mierda.
Ven gatito mimoso.
No temas la herida de la frente.
No temas la abertura del labio.
No temas el dolor de los huesos.
Ven gatito mimoso…
Ven gatito mimoso…

34

El mundo horizontal de las literas móviles

—¿ERES iraní?

«¡Demonios! ¿Cómo se habrá dado cuenta?» yo mismo, en la calle o en el metro, reconocía a los iraníes por su mirada; por la forma de su cuerpo; era como si cargaran sobre sus hombros con el peso de un planeta.

Miré su bata blanca, su estatura alta y su cuerpo atlético. Era francés.

Le dije: «¿Cómo lo has sabido?». ¡Vaya pregunta tan estúpida! ¡Es que todos mis datos estaban en mi expediente!

—«Ven, ¡acuéstate, corazón!» y señaló con la mano una cama con ruedas que habían traído a la habitación.

Bajé de la cama. Tuve un sentimiento femenino: espontáneamente llevé la mano hacia mi falda, temiendo que vieran mis partes. Este movimiento femenino era nuevo para mí: me parecía drástico y ridículo, por ser un movimiento desconocido. No pertenecía a mi cuerpo. Y unos momentos antes, al verme en el espejo, me había visto con un aspecto femenino ridículo, con aquella bata quirúrgica (es que parecía un vestido de mujer) y aquella gorra verde de plástico que me habían dado para ponérmela (que se parecía a la gorra de ducha que usan las mujeres cuando se quieren duchar sin mojarse el cabello). ¡Menos mal que no nací mujer, considerando lo feo que soy! Me parecería a las prostitutas baratas. Cuando quise tumbarme sobre la litera, mi mano se fue, de nuevo, hacia mi falda para proteger la entrepierna. Cuando me tapaba con la sábana, apenas me di cuenta de algo extraño. Pregunté: «¿Qué ha dicho?».

Mientras empujaba la cama hacia delante, repitió en farsi: «Dije, ¡acuéstate corazón!».

—¿Es usted Iraní?

No eran pocos los iraníes que había visto evitar hablar en su lengua materna en el trabajo.

—«No», se rió. Dijo en francés: «Alguna vez tuve una novia iraní», y empujó la cama. Cruzamos el umbral de la puerta y giramos al blanco pasillo de la derecha. Qué diferente es la visión horizontal a la vertical. Desde esta perspectiva, el largo pasillo de esta sección parecía aterrador; especialmente porque a lo largo del pasillo, veía aquí y allá a unos muertos vivientes con un ojo tapado con una venda redonda y blanca. Al estar vertical, uno ve más el suelo; la realidad. Y al estar horizontal (como ahora que estoy tumbado sobre esa litera móvil), el techo; la fantasía; la plena blancura; una blancura móvil cuyo carácter de fantasía se expandía de vez en cuando por las curvas del pasillo o por la presencia del cadáver errante de algún pirata cíclope. La cama se detuvo. Creí que habíamos llegado. Una mano vestida de blanco se extendió. La seguí con la mirada: estaba pulsando el botón del ascensor.

El sonido de algo metálico, deteniéndose: ¡chalagh!

El sonido metálico de la apertura de la puerta: ¡chaaagh!

Nunca antes me había subido a un ascensor en posición horizontal. El techo estaba cerca de mi cara. Ahora entendía lo que era la presión de la tumba. Estaba frente a mí, mirándome fijamente. Los latidos de mi corazón aumentaron notablemente. Para romper ese silencio aterrador dije en francés: «¿No fue difícil aprender farsi?».

Dijo: «No sé mucho; sólo algunas expresiones».

—¿Por ejemplo?

—Hay una expresión que me gusta mucho.

—¿Cuál?

Dijo en farsi: ¡*Yigaret o bojoram*[27]!.

Me envolvió el pánico. Intenté cambiar de tema. Dije: «¿era buena chica?».

Suspiró y dijo: «Sí, era una buena chica. Pero qué lastima…».

«¿Porqué?».

—Me la quitaron.

No sé porque empecé a preocuparme. «E» había vivido con un chico francés antes de conocerme.

No sabía qué decir. Dije: «Entiendo, es muy doloroso».

Dijo: «Su comportamiento cambió desde que empezó a ir a clases de *setar*. Luego un día, dejó una nota y se fue para siempre. Creo que ahora vivirá con el maricón de su maestro». La palabra maricón la dijo en farsi: «Yakesh».

El techo del ascensor bajaba más y más y las cuatro paredes me presionaban cada vez más. Tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero no me atrevía a preguntar. Se abrió la puerta del ascensor: de nuevo la fantasía alargada y blanca del pasillo. Otra vez comprendí lo aterrador que ha de ser convertirse en esclavo: irse es voluntario; pero cuando te llevan…

Entramos por una puerta. De repente me vi rodeado de unos enanos vestidos de verde que todos llevaban unas gorras verdes de plástico. Me veía en otro mundo. El enano que estaba justo junto a mi cabeza dijo: «¡Hola!». Tenía un tono amistoso, pero un rostro totalmente desconocido. No sabía qué decir. Parece que se dio cuenta; se presentó. Era el doctor Pantier. ¡Cómo había cambiado en aquella gorra y bata verdes! Yo relacionaba siempre al doctor Pantier con un traje azul y una corbata elegante. Un color azul no existente (como hablaban de ese color anunciándolo). Para mí, doctor Pantier quería decir altura y cabellos plateados. Acostado y viéndoles a todos de cintura para arriba, el doctor Pantier era un enano parado sobre mi pecho que seguramente me sacaría el corazón.

Como cuando mi padre se había puesto sobre el pecho de mi madre. Me había desvelado toda la noche esperando que amaneciera y que mi padre cogiera su fiambrera de tres piezas y fuera a trabajar. Miraba el rostro y los movimientos de mi madre. Estaba distinta a otros días. Estaba lenta, confusa; y algo triste. Me esperé a que entrara a la habitación. Luego cogí la pala y fui delante de la puerta. Estaba nublado y una ligera neblina lo cubría todo. Miré el suelo. Tenía suficiente olfato policiaco como para darme cuenta de que el suelo cavado era diferente al suelo intacto. No costaría mucho trabajo encontrarlo. Apartaba la tierra pausadamente y miraba bien cualquier cosas sospechosa, aunque fuera tan pequeña como una piedrecilla. Llegué a algo sospechoso. Por tantas ovejas que habían sacrificado delante de mí, sabría reconocer un corazón. No, no era un corazón. Era pequeño; no era una piedrecilla; tampoco un trozo de madera. Pero había en él algo

como un perdido rastro humano. No era lo suficientemente duro para ser sólido ni tampoco lo suficientemente blando como para decir que alguna vez había sido parte del cuerpo de alguien. Lo dejé a un lado cautelosamente y seguí apartando la tierra. Ya había llegado a tierra más dura, al fondo del agujero. Lo volví a mirar. Se parecía a aquel trozo sobrante de mi cuerpo, ya seco y arrugado. Pero no tenía ni hilo ni agujero, o como diría Nane Doshanbé, feminidad. Mientras lo tenía en la mano, volví a buscar. Había visto que aquella noche mi padre estaba sentado justo frente a la puerta. Aun así, empecé a inspeccionar cada centímetro de la zona alrededor del agujero. Vi moverse una sombra detrás de mí. Volví la cabeza, asustado. Mi madre estaba allí mirándome. Había recargado el hombro en el marco de la puerta de una manera que supe con certeza que llevaba allí un tiempo. Preguntó con una voz débil y enfermiza: «¿Buscas algo?». Tenía en el rostro una borrosa sonrisa misteriosa.

Dije: «He perdido mi dinero».

Se dio la vuelta y se marchó. Ya era inútil buscar. Eché una mirada a aquel objeto misterioso y devolví la tierra al agujero, temiendo que mi padre fuera a darse cuenta. Miré las casas sumergidas en la neblina: una ambigua geometría carente de cualquier señal de vida. Si hubiera habido alguien allí fuera, si hubiese estado allí Dey Mammad, habría podido preguntarle. Pero las puertas de las casas estaban cerradas; los vidrios de las ventanas, a oscuras. No había nadie en la calle. Nada se movía. Ni siquiera las hojas de los tamarindos que estaban junto al canal; estaban parados inmóviles.

Me quedé mirando la neblina que bajaba. «¿Será que cuando se entierra, se desintegra tan rápido? ¿Se arruga así en una sola noche?».

35

Pájaros venideros de galaxias lejanas

«EL RACISTA no nace, se hace».

Eso dijo Bruno. No sé qué le habría dicho el doctor Pantier: retiró la cama del frente de la puerta del quirófano, se dio la vuelta y la llevó a una esquina de la sala de espera: «Hemos de esperar un poco».

Me preocupé. ¿Qué habrá pasado? ¿Será que han hecho impactar un avión contra la torre de Montparnasse? Miré sus brazos, su altura y su rostro que era una combinación de ira y tristeza.

—Hasta hace cuatro años votaba por los comunistas. Luego voté por los socialistas, ¡esta vez quiero votar por Le Pen!

—¿De veras?

Nunca había visto a alguien tan amargo.

Dijo: «¿Cuánto cree que me pagan como para pagar cada mes dos mil francos del préstamo del coche y gastar otros dos mil francos en gasolina y demás? Antes, con una tarjeta de trescientos francos viajaba en tren todo el mes para ir de casa al trabajo y viceversa. Mírame. No estoy hecho para vivir en ambientes hostiles. Además, soy una persona paranoica. Un día, dos negros se me sentaron en frente, y dos árabes al lado. Has visto que los asientos del tren son para dos personas. Dos a un lado y dos al frente. Sólo quedaba un asiento desocupado a mi lado, y ellos me empujaban hacia la ventanilla. Me dio miedo. El tren estaba vacío; y mi cartera llena de dinero. Me levanté para irme a otro lado y los cuatro estiraron las piernas y me cerraron el paso. Me preguntaron: ¿te disgustamos? ¿Eres racista? No tuve más remedio que volver a sentarme. Pensé que así se calmarían. Uno de ellos cogió mis gafas y se las puso. Me preguntó si le quedaban bien. Luego se las lanzó al

otro. Se las ponían y se reían. Temía que se rompieran, y ¡encima me pedían opinión! Luego cogieron mi sombrero. Jugaron con éste de igual manera. Luego cogieron mi bolso y repitieron lo mismo con mis documentos y papeles. Me decían que eran analfabetos, que les leyera lo que ponía en los papeles. No soportaba tanta humillación. Pensé olvidarme de mis gafas y mi sombrero. Me levanté de nuevo para irme y uno de ellos sacó una navaja. Una vez habían cogido todo mi dinero, me tiraron el bolso a la cara. ¿Volverías a subirte al tren, si fueras tú? Tuve que ir y comprar aquel Renault azul».

Cuando llegaba el mes de Ramadán, en la madrugada, cuando apenas estaba cogiendo el sueño, mi padre me llamaba. Estaba contento por la comida caliente y sabrosa que me esperaba. Pero sabía que se trataba del agua y la comida que le dan a una oveja que ha de ser sacrificada. Cuando se recogía el mantel, mi padre me mandaba a traer el libro de oraciones. Las chicas todavía no habían llegado a la pubertad. Y mis dos hermanos eran menores que yo. Quedábamos mis padres y yo. Tenía los ojos llenos de sueño, pero mi padre me decía que leyera. ¿Pero cuánto puede aguantar un ojo? Desde las diez de la noche cuando todos se dormían, encendía la lámpara silenciosamente y me sentaba a leer el libro que había escondido bajo la colcha. A veces, cuando, por cualquier razón, alguien seguía despierto, me metía bajo la colcha y en la oscuridad fijaba la mirada en las letras. Cerca de la tres, apenas me había quedado dormido cuando mi padre me despertaba para comer *saharí*[28]. ¡Son ojos! ¿Cuánto creen que pueden aguantar unos ojos? Y entonces tenía que leer la oración matinal. «¿Por qué no se compra una radio? ¡Si depende de uno mismo si quiere que siga o no funcionando! Puede apagarla cuando haya terminado la oración matinal». Pero parecía terco: «¡Lee!»; y no aceptaba una lectura ordinaria. Me decía: «¡Lee cantando! ¡Lee bien como los profesionales!», Odiaba mi propia voz y ¡encima tenía que cantar! Apenas empezar, me quedaba ronco y mi voz se rompía en la garganta. Me decía: «¿Qué manera de leer es ésa? ¡Lee bien!». Y yo leía; acongojado y con lágrimas en los ojos…

Bruno seguía: «Además me descuentan cuarenta por ciento del sueldo por los impuestos y no sé qué carajo más para que puedan darles a ellos ayudas económicas para la familia, los hijos, seguridad social y derecho de asilo y mil cosas más. Bueno, es cierto

que nuestros progenitores saquearon sus países, eso lo admito. ¿Pero qué culpa tengo yo? Yo que siempre me he manifestado por los derechos de ellos. Y ahora, ¡como si no bastara con tantos coches bomba, están estrellando aviones contra las torres de nuestra ciudad!».

Cuando habló de aviones y torres, me envolvió el miedo. «¿No será por eso que han retrasado nuestra entrada al quirófano?». Yo también soy una persona paranoica, como Bruno. Con una diferencia: no tengo ni coche, ni préstamos, ni gastos de gasolina. Pero sí tengo dos ojos cuyo destino está ahora en manos de Bruno y del doctor Pantier. Doctor Pantier ha sido comunista en su juventud. Al graduarse de la universidad ha ido directamente a los campamentos de Sabra y Shatila. Al principio votaba por los comunistas, luego por los socialistas, y ahora es partidario de los verdes. Oh Dios, ¿no habrás mandado a uno de tus locos a estrellar un avión contra la torre de Montparnasse? Además aunque me salve de las manos del doctor Pantier, ese Bruno, al volver, puede meter sus dedos y sacar mis ojos de su cuenca en el mismo ascensor.

¿Ves Helena? Hay una bufanda de medio metro que no me deja, vaya donde vaya. Yo, por el sueño de aquel *setar* mágico, arranqué todas las puertas de mi tierra. Y ahora resultaba que había personas que, por otro sueño, estaban dispuestos a arrancar todas las torres del mundo. ¿Acaso existe un mundo más seguro que el de la infancia? Y ese mundo también había sido arrancado de su lugar. ¿Pero qué había hecho el pobre Yom'é para qué le destrozaran de aquella manera? Ahora, cada vez que empiezo a fabricar un *setar* nuevo, hay un cuchillo que cae continuamente al suelo de la mano de Nane Doshanbé; junto a la bandeja de la sandía: «Le dije, "hijo, deja eso; ve y cruza el charco"». Dijo: «Madre, cada año muchos de los de Bandar Abbas se casan, no es justo que lloren también en sus bodas». Le dije: «Allí también hay gente de Bandar Abbas; todos esos puertos desde Dubai, Sharjah y no sé qué otro están llenos de jóvenes iraníes; vete allí. ¿Acaso no te importa tu vida?». Me dijo: «¿Entonces qué hago con esos sonidos? Esos sonidos son mi inspiración, los sonidos de los pájaros, de los árboles, del viento. ¿Por qué he de irme a una tierra extraña?»… ¿Habías oído cómo tocaba verdad, hijo? ¡Sacaba a las serpientes de sus nidos! Entonces un día, se lo llevaron a uno de los desiertos cercanos. El forense dijo

que primero le habían roto la columna y luego, con una cuchilla…. Secó sus lágrimas con su pañuelo. «Ya no puedo ni probar la carne. Estaba aquí —qué dios le aleje el mal de usted— justo donde está usted sentado ahora. Le dije: “hijo, hoy me apetece comer carne asada. Ve a comprar carne”. Se fue y todavía se sigue yendo… ahora todos mis días son *yom’é… mi shanbé es yom’é… mi yek shanbé es yom’é… mi yom’é es yom’e* [29] … ¡Ojalá me hubiese enmudecido aquel día!… no sabes lo que habían hecho con la garganta y la cara de mi hijo… querían que ya nadie tocara instrumentos por esta zona. ¡Oh… Mr. Hawking!».

Ahora hay un cuchillo que cae infinitamente al suelo; junto a la bandeja de la sandía. Y una voz que resuena en mi cabeza. En su instrumento se oía el canto de los pájaros. No de esos pájaros de la tierra, pájaros de ensueño. Pájaros que vienen de galaxias lejanas; pájaros que tienen sonidos extraños; como si fueran los sonidos del principio de la creación. Quería atrapar ese sonido en aquel *setar* mágico. El sonido de los chillidos de los pájaros del alma cuando todo quedaba por decir con Parvín. El sonido de tantas palabras que nacían muertas y nunca llegaban a mi garganta o la suya. Dos años de espera… y ¡sólo ocho palabras! ¡Sólo ocho! Nada más. Ahora, hace dieciséis años que intento alcanzar aquel *setar* mágico. Se puede fabricar cuarenta *setares* en un mes. Y así lo hacen los que se dedican a fabricar y vender instrumentos. Y yo había esperado dieciséis años. Ahora, apenas he alcanzado el trigésimo sexto. Y todavía he de esperar dos años más.

¡Dos años!

¡Y sólo ocho palabras!

¡Sólo ocho palabras!

36

Un cadáver y muchos tocadores de tambor

METE la aguja en una de las venas finas de mi mano. A lo mejor es por esta conducta que la morfina ha de llegar a los nervios ópticos. Antes me ha explicado: «Le va a doler un poco. Pero es un dolor soportable». Me gusta su delicadeza. Consideran su obligación explicarte qué te van a hacer. El doctor Pantier también me ha explicado anteriormente: «La anestesia es local. Usted seguirá oyendo lo que pasa a su alrededor, pero no sentirá nada».

Han atado mis manos a la cama con un cinturón. Y hay otro cinturón sobre mi frente que ha clavado mi cabeza a la cama. Me han impedido la posibilidad de poner cualquier tipo de resistencia. Sé que ahora meterán una aguja en una esquina de mi ojo. La angustia se propaga por mis venas como una ola. Cómo se parece esa situación a las descritas escenas de tortura en las cárceles. Con una diferencia: que allí meten la aguja bajo las uñas o en los genitales, sin usar ningún tipo de drogas o de morfina. El anestesista vuelve a explicar: «Estoy limpiando el contorno de su ojo».

Siento el tacto del algodón húmedo en la piel de mi párpado y de mi ceja. Sé que ahora llegará el turno de la aguja. Es terrible imaginarlo. Pero no hay otro remedio que rendirse. Me rindo. Cierro los ojos y me abandono al dulce letargo que recorre mis venas lentamente. Lo sé, aquí, en el quirófano, el primer principio es que el paciente no sienta dolor. Siento cómo la aguja atraviesa los tejidos. He de cuidarme de cometer locuras. Sé que si quiero, puedo restablecer con mi imaginación la cortada conexión entre los nervios. Lo he hecho antes. Volví loco al dentista. Me decía que me había puesto tres inyecciones anestésicas, se preguntaba cómo podía yo sentir dolor. Le respondí que si de verdad no me doliera

no se lo diría. No, no debo cometer locuras. He de abandonarme a ese dulce letargo que recorre las venas. Ya no veo nada. No cometo ninguna locura. Pero mi posición horizontal y la última imagen que se ha grabado en mi mente (el doctor Pantier a mi derecha y el médico anestesista a mi izquierda), me evocan la primera noche de la tumba. No siento el dolor. Pero siento cómo la cuchilla, el taladro, la gubia, o lo que sea, atraviesa los tejidos de mi ojo. Sé que ahora estos «Nakir» y «Munkar» modernos se están abriendo paso hacia las profundidades de mi ojo. Como si supieran que las palabras han muerto en mí; buscando el balance de mis actos, escarban y sacan todas las imágenes que se han convertido en cristales de sal en el cristalino de mi ojo. La imagen de Parvín en aquella bata azul marino y el cuello blanco… y las lágrimas que temblaban sobre sus labios inocentes. Un cadáver, que para que subiera a la superficie del agua, han estado esperando, tocando los tambores durante dos días y dos noches a la orilla del río. Y una carta… ningún cadáver podría aguantar tanto tiempo bajo el agua. Mucho deberían hacerle sufrir los sonidos de la tierra. Un grupo de mujeres enlutadas y hombres con sombreros, han ido todo el día, en un avergonzado silencio, y toda la noche, con apagados llantos, de un extremo al otro del río junto con los tocadores de tambor. Y Parvín, en las profundidades del agua ha querido que todavía toquen más: en un mundo donde el amor está destinado al ácido o a la navaja, estoy bien aquí con los peces del río y con estas piedras mojadas que puedo lanzar eternamente al aire, sin temer a Motayar y a todos los hombres de la familia. La cuchilla se mete a las profundidades. Un ambiguo dolor llena un punto de la cabeza. Han de sacar todos los cristales. Y he aquí mi Nane Habibé que anoche ha soñado de nuevo con Amir al-Mu'minin. No tiene donde dormir y sin embargo es anfitriona, cada noche, de sus imanes. Cuando cuenta sus sueños, lo hace como si se dirigiera a otra persona; a lo mejor a mi padre que está sentado en otro cuarto, leyendo Mafatih al-Yinan, Halliyat al-Muttaqin o Nahj al-Balaqa. Otro dolor ambiguo se expande en el fondo. Como si giraran un formón en mi cráneo. Y he aquí otro cristal: el doctor Hawking está sentado arrodillado junto al lecho de Nane Doshanbé de ocho años y mueve los puños hacia el cielo como si se dirigiera a todos los planetas del mundo:

Oh, Lord, I must forsake you! I must forsake you [30] !!

La pequeña Nane Doshanbé de ocho años tiene infección en todo el cuerpo. El doctor Hawking, de alta estatura, barba tupida y ojos grises, corre por los pasillos del hospital portuario y grita con espuma en la boca: «Yo me quedo aquí. ¡No iré a ninguna parte!». Ha llegado de Basra en barco para irse a Ispahán. «Me quedaré aquí hasta que esta niña vuelva a la vida». Con los puños le pega en el pecho al jefe del puerto, por que le ha dicho que no tienen medios para acomodarlo. El doctor Hawking, enloquecido, ha agarrado el cuello de la camisa del padre de esa niña de ocho años y mientras le tiene pegado a la pared, le sacude y grita: «¡Tú sí tienes medios, hijo de puta! ¡Di que sí! ¡Dilo!».

Siento que la luz cambia. No veo más que un círculo negro, y luego un ambiguo círculo rojo. Cuando la cuchilla, el taladro, la gubia, o lo que sea, se mete en el ojo, veo los cambios de luz. Y luego hay un ambiguo dolor en las profundidades de mi cabeza. Como si alguien raspara las imágenes que están al fondo. «Se quedó un mes en nuestra casa. Era verano. Cogía una esterilla y dormía en el patio. Me decía: *Di: this is the door*, lo decía; *di: that is the window*. A veces caminaba en el patio. Paseaba como locos y decía: *Oh Lord! Oh Lord!*».

Se escuchaban voces desde el ombligo. Voces desde el oído izquierdo, voces desde el oído derecho:

La madre es portadora del secreto del buscador [31]

Out, damned spot [32]

والعصر، ان الانسان لفى الخسر [33]

Mi padre me dice: ¡reza! He rezado ochocientas veces y ese hombre que es su conciudadano todavía no ha soltado ni una moneda. El orador está en el púlpito y yo empiezo la oración ochocientos uno. Es difícil abandonar un sueño. ¡Cuántos libros podría comprar con diez tomanes! Bueno, comprar no: si mi padre se entera, los romperá todos. Sólo me permite leer Mafatih al-Yinan y el Corán. Y no entiendo nada de ninguno de los dos. Pero pagando dos ríales por noche puedo pedir prestado un libro nuevo cada noche. «¿Por qué no rezas?». Miro de reojo a este hombre, conciudadano de mi padre, que es funcionario y lleva corbata, pero

tiene barba como mi padre y viene seguido a la mezquita; luego acerco la cabeza al oído de mi padre: «Dile que me pague por lo menos la mitad ahora. ¡Ya he rezado ochocientas oraciones!». Me ha comprado mil oraciones por diez tomanes para su padre recién fallecido. Pero no parece querer pagármelo. «Te pagará; tú sigue…». El tono de mi padre poco a poco me da la seguridad de que no habrá dinero. ¡Ambos han pactado para llevarme a fuerzas al paraíso! Empiezo la oración ochocientos uno. Pero ya sin estar atento a la oración. Siento que algo se ha desgarrado; ¡y en este lugar tan seguro! Fue así que mi mano llegó a escondidas al bolsillo de mi padre. Siento el ardor y el dolor en las profundidades. Como si un trozo de cristal de sal se haya quedado pegado al fondo. Suena el teléfono. Me levanto del lado de «E». La miro cuando levanto el auricular. Cubierta por la sábana, me mira con el rostro acongojado. Es la misma voz de todas la noches; llena de dolor y resentimiento: «¿No te da vergüenza? ¡Tiene la edad de tu hija!». Alejo el auricular de mi oído y aprieto las sienes con los dedos. Miro a «E». Un día de éstos se cansará y perderá los papeles. Vuelve su cara hacia la pared. Sabe que ahora he de escuchar durante horas a las miles de flechas envenenadas que atraviesan el cable. Digo: «Pero señora, ¡hace cuatro años que nos hemos separado!». Una congoja se rompe silenciosamente bajo la sábana blanca. El dolor punza la profundidad de mis ojos: ha de vaciarse, al parecer, de toda imagen; de todo cristal de sal. Para que quede el abismo y nada más. Ven Parvín. Rodemos en las profundidades del agua. Aquí hay peces hechos de sueños. Ven tú también, «E». Aquí en el fondo del agua no hay voces. Las voces pertenecen a las cúpulas; los chillidos a los tejados.

Ven gatito mimoso. Deja que no haga caso a los sonidos del tambor. Allí hay peces hechos de sueños. Deja que pasen los enlutados.

Ha tapado los oídos con conchas. Deja que ruede sobre las piedras del fondo del agua.

Ven gatito mimoso… ven gatito mimoso.

37.

37

Con el Mesías occidental

NO TENGO dolor. Pero…

Estoy acostado en la cama, mirando por la ventana de la habitación la mitad del día a las diez. Mirando fijamente el cielo blanco y las hojas de los robles. Siento que algo ha muerto en mí para siempre. Algo ambiguo. No sé qué. Pero algo ha muerto. Es un sentimiento como el de una chica enamorada que ha tenido que abortar contra su voluntad. Como lo que sentía «E». Cuando se fue al baño, volví al sofá; fijando la mirada en las dos palomas que estaban tras mi ventana. Giraban y metían la cabeza en el cuello del otro. Pensé que no había otro remedio. Que a lo mejor aquello era un mensaje del destino. Quizá fuera mejor, como ella misma lo había dicho una vez, recoger nuestras cosas e irnos a los Estados Unidos. A un lugar donde no nos cruzáramos con nadie conocido; liberados de estos compatriotas que parecen no tener nada mejor que hacer que pensar en nuestras partes inferiores del cuerpo. Sale del baño; entre sus dos dedos la prueba de embarazo, como la hoja de un examen. Su rostro parece dos diapositivas diferentes sobrepuestas: una sonriente, la otra preocupada. Su andar ya ha cambiado: es el andar de una mujer embarazada que cuando camina, con cada movimiento del cuerpo, parece recordar a sí misma y a los demás que lleva en su interior a la criatura más apreciada del mundo. Me digo a mi mismo: qué afortunado el niño cuya madre sea ella. No tiene más que veintidós años, pero es tan sabia como una mujer de cuarenta. Sabe qué hacer y qué no hacer y cuándo. Sabe qué decir y qué callar. Se sienta en mis piernas y apoya su cabeza en mi hombro. Tomo la prueba de embarazo, le echo una ojeada y apoyo mi cabeza en su hombro. Deja que el silencio hable. Ahora, cuando les toca hablar a los hombros, deja

que ellos decidan para nuestra vida. Digo: «Está bien, vamos a los Estados Unidos». Pone su dedo sobre mis labios y besa mi mejilla: «Mañana iré a sacarlo».

—No, no deberías arriesgarte.

—Todavía no es tiempo de tener hijos. Debo terminar mis estudios.

Miente. Esto no es lo que pasa por su cabeza. Aquí, a veces, hasta las mujeres cincuentonas van a la universidad. Ni los hijos ni los maridos, ninguno supone un problema. Eso lo dice sólo por mí. Es que el primer día le había dicho: «No soy ni de casarme ni de tener hijos». Había dicho: «Un padre que no pueda sentirse responsable de su hijo, es un criminal si tiene un hijo». Por la noche, al salir de la ducha, la veo tumbada en la cama con una mano sobre el vientre; sus ojos fijados en algún punto de un sueño. Me doy cuenta por la forma de su mano, por los dedos doblados, que ha estado acariciando a su hijo. Al verme, quita la mano. Pongo la cabeza sobre el vientre embarazado y lo beso. Pego el oído a la suave piel. Escucho los sonidos ambiguos del mundo invisible. Oculto la cabeza en la suavidad de la piel. Ojalá ese pequeño ombligo se convirtiera en la boca de un pozo y nos tragara a mí y el llanto…

Se abre la puerta. Entra Jessica, la enfermera de Martinica.

—¿Ha dormido bien?

—Sí, gracias.

—Dese la vuelta, quiero medirle la temperatura.

Me aterrorizo: lo que ella lleva en la mano no se parece a ninguno de los termómetros que he visto nunca. Es algo parecido a una pequeña linterna con un punto doblado y agudo. No sé hacia dónde girar. Cuando éramos bebés nos metían el termómetro en el ano. Al crecer un poco, lo ponían bajo la axila; luego cuando éramos mayores, bajo la lengua. Luego se convirtió en una banda que colocaban sobre la frente. Cuando coge mi mentón y gira mi cabeza hacia la izquierda, me quedo tranquilo al saber que no van a desgarrarme nada… «¡ahora lo meten a la oreja!». Es como si el termómetro fuera, como la fiambrera de tres piezas, un medidor del tiempo. Eso le digo. Sonríe como si me dijera: «¡No pienses tanto, corazón, te vas a cansar!»; me he cansado; pero no lo puedo remediar; parece que todavía quedan algunos cristales de sal

pegados allí al fondo. El martes a las ocho de la mañana le habían dado cita para ir y sacarlo. Le había dicho que me despertara para ir juntos (es que me sentaba tras el microscopio hasta al amanecer, observando los tejidos de la madera). Cuando me desperté eran las diez y ella se había marchado. Le había dado pena despertarme. Cuando volvió del hospital se sentía como me siento yo ahora.

Jessica saca el termómetro de mi oído: «Todo está bien». Al irse hacia la puerta, le pregunto: «¿Cuándo me dan el alta?».

—El doctor Pantier vendrá a verlo en un momento. Cuando haya examinado su ojo, le darán el alta.

Sé todo eso. He pasado por todo eso también la vez pasada cuando me operaron del otro ojo. Sé que no me darán el alta antes de las once. Hago esa pregunta estúpida por la presión de la soledad; como si quisiera retenerla un poco más en la habitación; aunque dure tanto como dura una respuesta. Es mejor esto que quedarse solo con ese sentimiento de haber perdido algo ambiguo. Instintivamente llevo la mano hacia la protección de plástico sobre el ojo que es transparente como cristal y tiene la forma de una concha. Una especie de picor se propaga bajo la piel de mi frente; allí donde han pegado con una cinta adhesiva la gasa sobre mi ojo izquierdo. «¿Dónde más falta? ¿A qué parte le toca la próxima vez? ¿Los pulmones?». Estos dos días en los que había tenido que fumar menos ¡cómo se había facilitado mi respiración! Todo lo contrario que los días anteriores que parecía estar introduciendo alquitrán a los pulmones.

La puerta se abre. La entrada del doctor Pantier significa la entrada de un elegante traje gris, cabellos grises elegantes y una sonrisa afectuosa. No. Al parecer ningún loco ha hecho estrellarse un avión contra la torre de Montparnasse. Aprieta mi mano cálidamente. Mientras me saluda, separa la banda adhesiva de la piel de mi frente. Quita la gasa y la concha. De repente el mundo se vuelve brillante a mi alrededor: todo transparente, limpio y nuevo.

Con su dedo pulgar sube mi párpado: «Por favor mire hacia abajo». Miro mi falda y la sábana que ha dejado mis piernas al descubierto. Me da vergüenza y tapo mis tobillos desnudos con una esquina de la ropa.

—¡Estupendo!

Escribe una prescripción y se va. Ahora me he quedado solo con

una mañana pulida por el milagro de ese Mesías occidental, y un ambiguo sentimiento que no sé descifrar; quizás sea el final de los ojos de un Edipo no premeditado. Ojos que ya no son mis ojos, sino obras del doctor Pantier.

38.

38

No sólo el ardor de las respiraciones

HACÍA tiempo que lo había dejado todo y me había dedicado sólo a las clases de música en casa. Y es que dar conciertos se había convertido para mí en una tortura que me superaba: me sentía impaciente por acabar y salir de la sala. Me asfixiaban los lugares cerrados y la multitud. Mi médico me decía que la mitad de los capilares de mis pulmones estaban obstruidos. Ahora, desde hace cinco años, en el verano o en el invierno, dejo la ventana de la habitación abierta. Y no participo en ninguna fiesta ni celebración. Las paredes y los techos me causan asfixia; me asfixia la multitud. No sólo el ardor de las respiraciones, sino también el ardor de las presencias. Estas mismas presencias venenosas eran las que nos llevaron a «E» y a mí al borde del abismo. Habíamos recorrido un largo camino para encontrarnos; y siempre por senderos torcidos. Yo de esta manera y ella de aquélla. Le habían puesto muchas inyecciones para que abortara: ¡no abortaba! Es que el señor Motamedí se había vuelto desconfiado. Durante cinco largos años habían estado en tratamiento para tener hijos, pero no resultaba. Los espermatozoides eran débiles para llegar a salvo al destino. Entonces, algunos años más tarde, cuando ya habían aceptado que no tendrían hijos, de repente la madre de «E» se había quedado embarazada. El señor Motamedí se había vuelto desconfiado. Decía: «¿Cómo puede ser posible?». Cada vez que la madre de «E» salía de casa, al volver el señor Motamedí le propinaba una paliza. Había escondido un cuchillo de cocina en el armario. Le ponía el cuchillo en el cuello: «¿Dónde estabas? ¿Con quién?».

Hicieron tantas cosas para que abortara; pero no resultaba. Fue así como «E» y yo llegamos a encontrarnos. Yo por senderos torcidos, y «E» también. Parece que los sueños se cumplen pero no

al tiempo adecuado ni en el lugar adecuado. La segunda sesión cuando vino a clase, no se sabía la lección. Le dije: «¡así no puede ser, señorita! Si no tiene tiempo para practicar, no malgaste su tiempo ni tampoco el mío».

La belleza es como una chispa. Aunque esté oculto bajo montones de polvo, a veces se deja descubrir de un vistazo; como un rostro salido del velo; basta con que la veas en el instante preciso. Al oír mi regaño bajó la cabeza. Fue entonces que de un vistazo le estremecieron los labios. Y yo pude ver aquella chispa. Como si, para no tener que dejar las clases, hubiese buscado en el fondo de su ser y dejado al descubierto, durante un instante, a la niña perdida de su interior; ¡aquella belleza pura! Eso fue suficiente para retorcer el camino. Y más porque también había visto aquella cicatriz: la primera sesión cuando acomodaba su mano en el *setar* para enseñarle la manera correcta de posarla; era como una cicatriz de cuchilla. Le dije: «¿usted se ha suicidado?». Se sorprendió. Bajó la cabeza. Era mi última alumna y no tenía nada especial que hacer. Le propuse: vamos a tomar un café. Fue así como encontré un trozo de oro hundido en el fango. Se tomaba una botella de vodka y un montón de calmantes cada día. Dijo: «Desde hace unas noches he estado soñando que mi padre ha muerto».

—Los sueños son sólo sueños.

—Yo me conozco. Cuando me preocupa algo significa…

—No piense cosas malas.

—Si ha muerto nunca me perdonaré.

—Bueno y ¿por qué no le llama?

—Me da vergüenza.

—¿Por qué?

—Hace diez años que no he respondido a ninguna de sus cartas. Anoche me puse a leerlas. Me dio pena. Me di cuenta de lo cariñoso que ha sido como padre… cómo suplicaba que le escribiera un par de líneas.

—¿Y usted no le escribía?

—Decía mi madre que si se entrara de dónde estábamos vendría a llevarme con él.

Dije: «Ven y llama ahora mismo a tu padre de mi casa».

Dijo: «He llamado; es inútil».

—¿Por qué?

—Se ha ido de allí.

—Pero tiene usted su dirección.

—La última dirección que tengo es de hace unos años.

—Déme la dirección.

—Ahora no la llevo encima. Cuando llegue al dormitorio le llamo y le doy la dirección.

Su padre había sido empresario. Después de la revolución, el gobierno había confiscado todas sus propiedades. Ahora trabajaba como funcionario en la empresa constructora de caminos «Sirat al-Mustaqim», cuyo jefe era uno de sus propios exempleados. Cuando «E» me dio la dirección, cogí el teléfono y puse manos a la obra. Yo que había recorrido mi país ciudad por ciudad en busca de madera para *setares*, hacía ya cuarenta y ocho horas que, por medio de la línea telefónica, recorría mi país desierto por desierto en busca del señor Motamedí. Y es que ese tipo de empresas no tienen una sede fija. Construyen una carretera y luego recogen su campamento y se trasladan a otra zona. Cuando «E» me mostró su foto, me dio mucha tristeza. ¡Qué hombre tan bello! Era alto y vestía ropa muy elegante. Pero ahora, en uno de los campamentos lejanos de una constructora, se había convertido en un viejo alcohólico que se hacía cada vez más y más pequeño en sus cartas: «Si dios quiere, con el poco dinero que he ahorrado abriré una tienda de electrodomésticos en Mamssaní».

Una noche, mientras estábamos acostados y yo estaba leyendo las cartas de su padre, sentí un débil estremecimiento en el colchón. Riendo, le di una palmada en la mano: «¡Vergüenza debería darte niña!».

—¿Por qué?

—¡¡¡Pero si acabas de…!!!

—No lo puedo remediar.

—¿Por qué?

—Es una vieja costumbre. Cuando mis padres se separaron, mi padre me llevó con mi abuela. Él estaba siempre de viaje o sino, intentando recuperar sus bienes confiscados. Me quedaba sola con una señora de sesenta años que no hablaba ni una palabra de farsi. Así que me aburría. Un día mi abuela sacó unas pinzas calientes de la fogata y las puso sobre mi sexo. Aun así todavía no he dejado ese hábito. ¿Qué culpa tenía yo? Me aburría en la casa y tampoco me

dejaban salir.

—¿Por qué no?

—Tenían miedo de que mi madre me secuestrara y me llevara con ella.

La puerta se abrió. Jessica me entregó una hoja: «Ya se puede marchar. Y por favor, entregue esa hoja a la sección de contabilidad».

Cuando me marchaba de la habitación, tenía un sentimiento extraño; como de estar en un cementerio. Era como si me estuviera despidiendo de los cadáveres de las imágenes que se habían quedado enterradas entre los objetos de la habitación, las sábanas y el blanco yeso de la pared.

En la planta baja, frente a la puerta de contabilidad, me encontré con los cadáveres móviles de los ancianos y ancianas, de unos setenta u ochenta años, sobre cuyo ojo derecho o izquierdo llevaba cada uno una redonda gasa blanca. Yo también, igual que ellos, tenía que sentarme en una de las sillas esperando que me llamaran para liquidar. Pero allí olía a muerte. Fui al patio. Con intervalos de unos minutos llegaban taxis vacíos, subían a algún anciano o alguna anciana cíclopes y se ponían en marcha. Encendí un cigarrillo. Echaba de menos mi casa. Me levanté de las escaleras de ladrillo del frente de la puerta y empecé a caminar por el jardín; mirando las ramas de los robles. Hace tiempo, cada vez que pasaba al lado de un árbol, si era baya, me dedicaba a buscar los sonidos atrapados en el árbol. Y ahora… estaba sólo a un paso de alcanzar el sueño. Es que en estos cinco años de quedarme en casa, cada vez que había necesitado dinero había fabricado un *setar*, lo había vendido y había tapado algún agujero de mi vida. Pero al marcharse «E» me había dejado tan confundido y triste que no me había dado cuenta de que estaba a un paso de aquel cuadragésimo escalón; por tanto que había soñado con que volvería. Y París se había vuelto un cementerio; un mapa que al parecer alguien había cogido una cuchilla y había cortado trozo a trozo su geografía para dejar sólo ese trozo que eran las cuatro paredes de mi apartamento. En cada punto de la ciudad, donde había algún rastro de ella, todo indicaba que se había marchado para siempre; que esos trozos se habían eliminado para siempre del mapa de la ciudad. Había sido culpa mía. Le había dicho: «¡No es que el cielo se haya abierto y que haya

caído yo! Ve y busca. Seguro que encontrarás a alguien que además de ser joven te comprenda». Se marchaba y mi dolor comenzaba. Pero apenas la herida empezaba a cicatrizar, volvía. Decía: «Nadie me comprende como tú». Y nadie me comprendía a mí como ella. Así que seguíamos adelante a escondidas. Pero siempre temía que alguien, algún conocido, nos viera. Luego, cuando esos miedos se volvían cuchilla y cortaban el alma a trozos, le volvía a animar a que se marchara. No aceptaba. Cuando nos cansábamos de ocultarlo y de tener miedo, se marchaba. Pero cada vez que se iba y volvía, un trozo de mi alma era saqueado. La última vez que se marchó, me di cuenta de que cualquier cosa tiene un precio. Pensé: esta vez cuando vuelva, pagaré el precio: casarnos y tener hijos; nos iremos a los Estados Unidos. Pero cuando pasó un año y no volvió, supe que había llegado al final del camino. Ahora hace cinco años que de vez en cuando llamó al señor Motamedí. Es que algo nos vincula.

El contable me hacía señas tras la ventana. Apagué el cigarrillo en el cenicero y subí las escaleras de ladrillo rojo. La puerta de la entrada se abrió automáticamente. Los muertos vivientes seguían mis movimientos con la mirada. Entré al cuarto de contabilidad.

—Tome asiento, por favor.

Era una mujer rubia. Sus ojos se veían exageradamente grandes tras las lentes de sus gafas marrones; se parecían a los ojos ridículos que dibujábamos con unos trazos sencillos sobre papel y los pegábamos sobre las lentes de nuestras gafas y cuando nos las poníamos, eran tan extrañamente ridículos que hacían reír a los presentes. Abrió mi expediente: «¿Desea extender un cheque o pagar en efectivo?».

Saqué mi chequera.

—No ha habido llamadas… trescientos francos.

Firmé el cheque.

—¿Tiene a alguien que venga a buscarlo o llamo un taxi?

—Por favor llame un taxi.

Le entregué el cheque. Cogió el teléfono y pasados unos segundos escribió unos números en un papel y me lo dio: «Es un Citroen gris. Ése es su matrícula».

Cogí el papely fui hacia el patio. Al ver los árboles del jardín, de repente aquella voz mágica empezó a resonar en mi cabeza. El doctor Pantier me había prohibido hacer actividades físicas en un

mes. Así que podría empezar dentro de un mes y en quince días alcanzar aquel *setar* mágico. Pero algo en el fondo de mi mente me aguijoneaba: «¿Cómo sabes que el cuadragésimo *setar* no será tan despreciable como todas las demás cosas?».

Un sol brillante iluminaba mi día. Se divisaba a lo lejos la torre de Montparnasse; con la misma grandeza de las torres del World Trade Centre. Mis ojos se habían quedado vacíos de todas aquellas imágenes grabadas en aquella membrana tenebrosa. Pero parecía que todavía, allí en el fondo, quedaban algunos cristales: mi padre estaba cortando la uña de su dedo pulgar del pie con una tijera. Una vez cortada, me puso la uña en la palma de la mano: «Ve y entiérrala en algún sitio en la calle».

Miré la grande uña en la palma de mi mano. Me resultaba familiar. Pregunté sorprendido: «¿que la entierre?».

Mi madre respondió: «Sí, hijo; que si no, atrae a los demonios».

Mi padre dijo: «coge la pala…».

Cogí la pala y salí. Fuera, en frente de la puerta, me senté en el suelo y metí la pala en la tierra. Una voz resonó en mi cabeza:

¡*Cccccccccccccccccccoooooooooooooooo-*
rrrrrrrrrrrrrrrraaaaaaaaaaaaaaaaazzzzzzzzzzzz-
zóoooooooooooooooonnnnnnnnnnnnnnnnnnnn-
nnnnnnnnnnnnnnnnnnnn!

39

Montparnasse y la huelga de los sueños

HACÍA una hora que estaba parado, confuso, junto al cepillo que había colocado del revés en la prensa metálica, llevando en la mano una de las maderas que había dejado en remojo estos días y había fijado en el molde para que tomaran la forma de un signo de interrogación. No tenía ganas de trabajar. No tenía que ver con el advertimiento del doctor Pantier. Es cierto que no habían pasado ni dos semanas desde la operación, pero bueno fabricar un *setar* no es una actividad física. Se trata de un trabajo muy delicado. No, tampoco tenía que ver con aquel extraño acontecimiento de último momento. Había otra cosa aguijoneándome en el fondo de mi mente. Aunque aquella escena tampoco me había dejado en paz durante esas dos semanas: cuando el Citroen gris entró por la puerta del patio del hospital, yo estaba al otro lado del patio. Cuando se detuvo frente las escaleras de la entrada del edificio, un joven de unos treinta años se acercó de entre los pocos muertos vivientes cíclopes que estaban sentados en las escaleras de ladrillo, llegó al taxi antes que yo, abrió la puerta del taxi y se paró frente a una anciana cíclope que iba tras él; ella llevaba muletas y le faltaba una pierna. A lo mejor había habido algún malentendido. No me preguntó por qué no había protestado. Seguro que no era por compasión. Y que mi ojo sano llorara no tenía nada que ver con el afligimiento. Hay cosas que es mejor no decir. La señora contable resolvió el problema y poco después llegó mi taxi, un Renault negro. Cuando abrí la puerta trasera, el conductor negro volvió hacia mí: «¿A dónde va?».

Respondí: «A la torre de Montparnasse», y cerré la puerta.

—¿Va a coger un tren?

Me di cuenta de mi error. Dije: «No, perdone. Voy a la rué de la

Roquette, me confundí».

Se rió: «Sabe, los conductores de los trenes hoy están de huelga».

¡Huelga! ¡Qué palabra tan bella! ¿Por qué no se ponen de huelga los sueños? Entre tantas casas vacías, ¿por qué debe un obús caer directamente en la casa de ellos? Tanto se había esforzado el señor Ebadí para ascender a funcionario y mudarse a un barrio donde no hubiera ni chillidos ni dolor ni convulsión de cuchillas. Cuando obtuvo su graduado escolar les destinaron a Abadán; a un barrio bonito y verde de Bovardeh del norte. Y entonces…

Como en aquel entonces, se había puesto la raya del pelo a un lado y se había peinado hacia la derecha. Tenía el pelo igual de corto, pero ahora totalmente canoso. Aquel día también vestía falda y blusa, como entonces. No nos decíamos nada. Estábamos parados frente a la puerta del taxi. El hijo no sabía por qué su madre y yo nos mirábamos fijamente en absoluto silencio. «*¿Porqué es el amor una copulación colectiva en la que todos joden a todos, excepto yo que siempre acabo jodido?*».

Cuando «E» volvió por última vez, se había operado los pechos. Me di cuenta de ello desde el principio, aun vestida. Vi que algo no estaba en su sitito. Parecía que le habían cortado parte del cuerpo. Luego, en la cama, cuando se desnudó y quitó el vendaje, quedé extrañado. No es que no fueran bellos; sí lo eran: dos pechos grandes pero bien puestos. Pero eran los pechos de otra persona; obras del doctor Blanc. Cómo me había esforzado para hacernos creer a ella y a mí mismo que aquéllos eran unos pechos bonitos; pechos tan grandes que estorbaban a la hora de dormir, y a veces, al moverme en la cama, quedaban aplastados bajo mi cuerpo y le hacían gritar. Al caminar encorvaba la espalda para esconderlos. Cuánto me esforcé para hacernos creer a ambos que aquellos pechos eran bellos. Lo repetí tantas veces que acabó creyéndolo. Alzó la cabeza, sacó pecho y se multiplicó la exuberante belleza de su rostro. Y entonces…

Pasamos aquella noche hablando (¿acaso se podía ir a la cama con otra persona? ¿Y más cuando en vez del fragante olor de su cuerpo, olía todo el tiempo a antisépticos, a la muerte?). Me habló de un estúpido chico con quien se había ido esa vez. Él le había insistido: «Tus pechos son demasiado largos». Luego nos dormimos sin hacer el amor. «No pasa nada; si me parecieron bellos aquellos

pechos, también podré hacerlo con estos nuevos». Pero era inútil. Como si el pesar que había en mis ojos y el abatimiento que se había roto en mi voz le dijeran que algo se había perdido para siempre. A la mañana siguiente tenía una cita con el kinesiterapeuta. Habíamos quedado que al terminar volvería a casa. Pero el kinesiterapeuta que tenía que darle un masaje terapéutico, le frotó y frotó los senos: ¡Qué senos tan bellos! ¡Qué ojos! ¡Qué cejas, qué senos tan bellos! Frotó tanto que la chica se mojó, y cuando el «olor del paraíso» conquistó la habitación, allí mismo sobre la cama, por delante, por detrás; por delante, por detrás.

Yo seguí esperando. Seguí esperando. Pero ahora, ella tenía que recordar no apagar la luz de la habitación las noches de sábado. Tenía que convertirse al judaismo para poder casarse con su kinesiterapeuta.

Saqué el cepillo de la prensa: «¿Y si el cuadragésimo *setar* resulta ser algo despreciable como las demás cosas?». Recojo las maderas, las meto en una bolsa de plástico y las devuelvo al armario donde almacenaba los trastos. «*Deja que crea que hay un setar mágico que está allí; a un paso. Basta con poner manos a la obra y a pocos días lo tendría en mis* brazos». También quito la prensa. Ya mañana puedo ir a visitar a la señora Ebadí tranquilamente. Vive en la casa de su hijo, en el barrio número quince. Le he prometido acompañarla a recoger su nueva pierna (su antigua pierna se había roto unos días antes de la operación). Y luego hemos quedado en pasear por los barrios bonitos de París.

Me lavo las manos y quito la concha y la gasa que había colocado sobre mi ojo izquierdo para protegerlo del polvo (el doctor Pantier me había dicho que las usara sólo para dormir; durante el día ha de estar abierto para que le dé el aire). Me acerco a la ventana. Miro el lejano cielo azul. La torre de Montparnasse se divisa a lo lejos; con la misma grandeza de las torres del World Trade Centre. Mirando la torre fijamente, pienso en el sangriento vuelo de una resplandeciente pierna blanca en el aire.

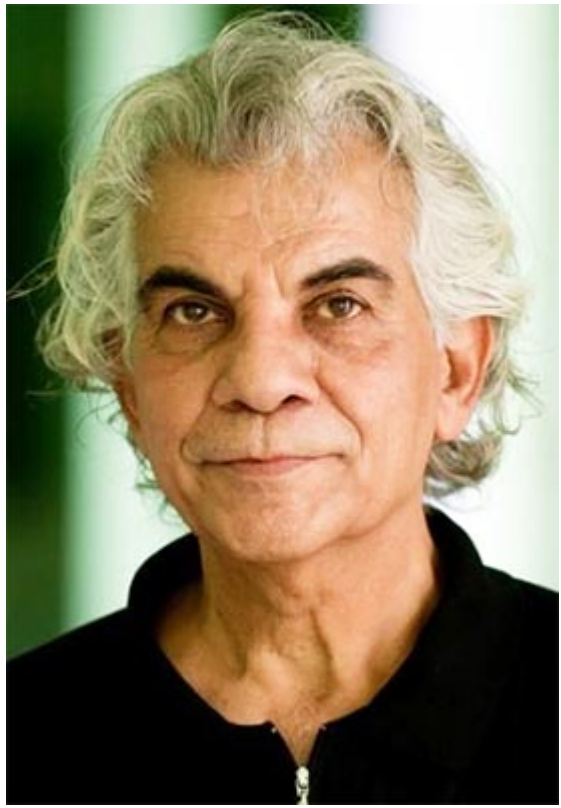
Todo empieza siempre mucho antes de lo que piensas. Por más que retrocedí, vi que aquél tampoco había sido el primer trozo que habían cortado de mi cuerpo; la señora Ebadí, citando a mi madre, decía: «Cuando naciste, estabas en una bolsa llena de agua. Cortaron la bolsa con tijeras para sacarte».

—Entonces ¿es por eso que no tengo piel?

Se rió.

Miro por la ventana de la habitación hacia el otro lado del cielo; allí donde un trozo de nube gris se ha detenido al fondo del horizonte. Un avión silencioso pasa al lado de la nube. Va hacia la izquierda; hacia la torre de Montparnasse. Vuelvo y me siento, dando la espalda a la ventana, sobre un desgastado sofá negro. Y empiezo a recitar un encantamiento; el mismo encantamiento que recitan los corderos cuando brilla en la pupila de los ojos la hoja de la cuchilla.

París abril 2002-abril 2007.



REZA GHASSEMI, reconocido escritor, dramaturgo y músico iraní nació en 1949 en la ciudad de Ispahán. Cursó sus estudios en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Teherán, y paralelamente empezó su actividad literaria escribiendo y dirigiendo admiradas obras de teatro como *Cuando Zahak fue el rey del mundo, Eclipse, El pozo, Mahan-e Kushyar, El dilema del arquitecto Mahyar*, etc.

Algunos años después de la revolución islámica de Irán, debido a las complicadas condiciones de trabajo, tuvo que abandonar su país y se marchó a París en 1986, donde reside y trabaja actualmente. Entre sus obras literarias de mayor renombre se encuentra la novela *Armonía Nocturno*, que fue publicada en 1996 en los Estados Unidos y en 2002 en Irán, y galardonada por diversos premios como

el Premio a la mejor novela de la década, por los escritores y críticos literarios, *Mejor obra novelística* por la Asociación Golshirí, y *la Novela más Admirada*, por Mehregan Adab, entre otros. Otras de sus novelas de éxito son *El pozo de Babel* y *El encantamiento de los corderos*. Todas las novelas y algunos de los cuentos y obras teatrales de Reza Ghassemi se han traducido al francés y han sido publicados o puestos en escena en París.

Además de sus obras literarias, sus artículos y obras de investigación en torno a la música persa, Ghassemi es un músico y compositor de renombre quien ha ofrecido varios conciertos en compañía de los mejores músicos y cantantes iraníes de la música tradicional persa.

Notas

[1] Nimá Yushij, padre de la poesía moderna persa. < <

[2] Instrumento persa. Es un instrumento de cuerda pulsada, de cuatro cuerdas y con 25 - 27 trastes movibles. Desciende del *tanbur*. El setar no debe ser confundido con el *sitar* de la India, que es un instrumento diferente. (*N. del Ed.* < <

[3] Mamá, en el dialecto local. < <

[4] El verbo auxiliar *kardan* significa hacer y fornicar es otro de sus matices. < <

[5] Referencia a Hadad Adel, político iraní extremista. < <

[6] Una de las etnias de Irán. < <

[7] Un pañuelo decorativo. < <

[8] El Libro de Los Reyes, célebre libro de poesía épica escrito por Ferdowsi, poeta iraní del siglo XI. < <

[9] Héroes míticos persas. < <

[10] ¡Oh Dios mio, finalmente llegaste! (*N. del Ed.*) < <

[11] Se refiere a Abul Fazl al-Abbas, uno de los personajes santos del chiísmo. < <

[12] Punto hacia el cual deben rezar los musulmanes. < <

[13] En el Islam, el ritual del rezo diario comienza elevando las manos hasta las orejas y diciendo Allahu Akbar. < <

[14] No llores mi niña, no llores (*N. del Ed.*. < <

[15] La llamada a la oración. < <

[16] La versión abreviada de la llamada a la oración. < <

[17] Juro por la época que, en verdad el ser humano va hacia su perdición (el Corán). < <

[18] Shahnamé. < <

[19] T. S. Eliot, Ash Wednesday. < <

[20] Viernes. < <

[21] Antigua moneda iraní. < <

[22] Haft Jan-e-Rostam se refiere a siete desafíos que Rostam, el héroe mítico de Shahnamé, ha de superar para poder salvar al rey Keykavus. < <

[23] Héroes épicos del Shahnamé. < <

[24] Los hombres son los encargados de proteger y atender a las mujeres por aquello con lo que Dios ha favorecido a unos sobre otros y por lo que gastan de sus bienes. Y las casadas virtuosas son discretas y protegen en ausencia [de sus esposos] lo que Dios ha encargado proteger. Y a aquellas de las que temáis una conducta rebelde y obstinada, amonestadlas [primero], y [si no surte efecto] abandonadlas en el lecho y [en última instancia] golpeadlas. Pero si os obedecen, no hagáis nada contra ellas. Dios es Excelso, Grande. (Corán, 4:34). < <

[25] ¡Ayúdenos Señor, ayúdenos, sálvanos del fuego, Señor!, el Corán. < <

[26] Viejo cuento infantil sin un final determinado. < <

[27] ¡Me comería tu corazón! (es un piropo de mal gusto). < <

[28] Comida matinal. < <

[29] *Yom'é* es el nombre del día viernes en el calendario iraní; *shanbé y yek shanbé* son respectivamente sábado y domingo. < <

[30] ¡Oh señor, debería abandonarte… debería renunciar a ti! Referencia inversa a la frase de Jesús: «Oh señor, ¿por qué me has abandonado?». < <

[31] Ferdowsi, Shahnamé. < <

[32] Shakespeare, Macbeth. < <

[33] El Corán. < <